

Suzanne McMinn

A person is sitting on a wooden pier, holding a large, bright pink umbrella. The umbrella is open and has the words "RECUERDOS IMBORRABLES" written on it in a bold, black, hand-drawn font. The person is wearing a dark, long-sleeved garment. The background is a body of water with gentle ripples. The pier is made of weathered wooden planks.

**RECUERDOS
IMBORRABLES**

eLit

Recuerdos imborrables

Suzanne McMinn

Recuerdos imborrables (2005)

**Título original: Her man to remember
(2004)**

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Sensaciones 515

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Roman Bradshaw y

Leah Well Bradshaw

Reeditado por eLit Septiembre 2018

Argumento

Su esposa estaba viva... pero no se acordaba de él

Leah Bradshaw, ahora Leah Wells, no recordaba los papeles de divorcio que llevaba encima la noche en la que cayó al río con el coche y desapareció. Ahora, dieciocho meses después, Roman tenía la oportunidad de volver a seducirla y de despertar la pasión que había habido entre ellos. Tendría que volver a conquistar su corazón...

Pero la nueva Leah era muy diferente a la mujer espontánea con la que él se había casado; ahora era cauta y asustadiza. ¿Habría algo detrás de aquel accidente que él no sabía?

La respuesta estaba en lo que Leah no recordaba, pero si la ayudaba a recordar, se arriesgaba a perderla para siempre...

Capítulo 1

Llevaba en Thunder Key exactamente cuatro horas y treinta y dos minutos cuando la vio.

Aquel primer día en el Aleta de Tiburón no había dado crédito a sus ojos. Había abandonado el bar de la playa sin haber tocado su copa. Se había vuelto directamente a su bungalow alquilado, el mismo en el que habían pasado su luna de miel más de dos años atrás, y casi se había convencido a sí mismo de que se estaba volviendo loco.

El segundo día pudo observarla con mayor detenimiento. Estaba detrás de la barra. Rubia, llevaba el pelo corto, como siempre. Alzó los ojos por debajo de su flequillo y lo miró. No hubo brillo alguno de reconocimiento. Nada.

Una cicatriz que se perdía en la línea del pelo, por encima de una sien, resultaba apenas visible aunque familiar. La misma pulsera de plata en la muñeca, la que llevaba desde que se la regaló durante su luna de miel. Con su nombre grabado en ella: Leah.

Se hallaba al fondo del bar, cerca de la puerta. Temía acercarse más, no fuera a desaparecer. Así que se quedó observándola.

Cuando sus ojos se encontraron de uno al otro extremo del bar, se lo quedó mirando durante largo rato. Luego se volvió hacia la chica que en aquel momento se acercaba a la barra, le dijo algo y lo señaló con el dedo.

La chica se dirigió a su mesa.

—¿Desea algo? ¿Quiere otra cerveza?

Movió la cabeza. En aquel instante era incapaz de pronunciar palabra. Leah seguía mirándolo como si no lo reconociera. Tenía una expresión preocupada.

—No, gracias —respondió al fin, y se marchó poco después.

No sabía qué pensar. ¿Cómo podía no haberlo reconocido? Su aspecto no había cambiado. Llevaba los pantalones caqui y la camisa tropical que había comprado en una de las tiendas para turistas de Thunder Key, pero aparte de eso, era el mismo Roman de siempre. El hombre con quien se había casado. Si había cambiado, sólo era por dentro.

¿Sería realmente Leah? Temía averiguarlo, temía volverla a perder. Pasó horas paseando por la playa, con la mente acribillada a preguntas.

¿Estaría perdiendo la cabeza? ¿Sería aquella mujer un producto de su imaginación, un fantasma procedente de la pesadilla en que se había convertido su vida desde aquella noche de tormenta, cuando su coche se desplomó por un puente?

Si aquella mujer era realmente Leah... ¿cómo había podido llegar hasta allí? ¿Por qué había desaparecido? ¿Cómo podía haberle hecho eso a él, a sus propios amigos?

Soñó con ella aquella segunda noche. En el sueño atravesaban en coche un hermoso bosque otoñal, al norte del estado de Nueva York, admirando el color de las hojas caídas. Lo mismo que habían hecho al sexto mes de casados, antes de que todo se estropeará para siempre. Sólo que, en el sueño, cuando retiró la vista de la carretera para mirar a su hermosa y risueña esposa... se encontró con que el asiento estaba vacío. Se había evaporado delante de sus ojos. Se despertó jadeante, sudando.

Al día siguiente llegó al Aleta de Tiburón antes que de costumbre. El bar estaba casi vacío. Ella no estaba allí. Era poco después de mediodía, y el sol de agosto abrasaba la playa de un blanco cegador. Los turistas se dispersaban por la costa, cargados con sus toallas, sus sombrillas y sus cremas bronceadoras. La pequeña isla de Thunder Key era una de las menos visitadas de los Cayos de Florida, ninguneada a favor de sus hermanas mayores: Cayo Largo y Cayo Oeste. Contaba con el pintoresco rasgo de una carretera que enlazaba la cadena de arrecifes de coral con tierra firme, la llamada Autopista del Mar. Su relativa tranquilidad, comparada con otros destinos más turísticos, era lo que más había atraído a Leah a la hora de elegir el destino de su luna de miel.

Thunder Key era una isla tan pequeña como encantadora. Sólo había un hotel, y era una de las pocas que tenían más residentes permanentes que turistas. El Aleta de Tiburón era una nota pintoresca más, en el extremo más alejado. El edificio de estilo Bahamas se levantaba solitario en la playa, como si hubiera sido arrojado por el mar. Dibujos de peces de colores y lunas brillantes decoraban sus paredes. La gente no necesitaba calzarse para entrar.

Leah lo había descubierto el último día de su luna de miel y se había enamorado al instante. «Debe de ser un efecto de los Cayos de Florida», le había dicho. «Te entran ganas de mandarlo todo al diablo y abrir un bar como éste. Aquí podríamos ser muy felices. Sin estrés, sin contaminación,

sin móviles, sin ordenadores, sin faxes... Sólo tú y yo».

Y ahora allí estaba él. Sin móvil, sin ordenador. E, increíblemente, Leah también estaba.

—¿Qué le apetece tomar?

Arrancado bruscamente de sus reflexiones, Roman alzó la vista hacia el propietario de aquella voz. Era un joven rubio, de melena, con un delantal a la cintura. Lo había visto entrar y salir de la cocina durante las últimas noches. Debía de ser el cocinero.

Pidió una cerveza. Pero cuando el joven se disponía a volverse, lo detuvo.

—Sólo por curiosidad... ¿quién es el dueño del local?

—Morrie Sanders —lo miró desconfiado—. ¿Hay algún problema? ¿Necesita hablar con Morrie? Está fuera, al este de la isla, con su hija. Leah está al mando mientras tanto, pero todavía no ha bajado.

—¿Vive encima del bar? —no se había dado cuenta de que había un apartamento en el piso superior. Sólo entonces tomó conciencia de lo que acababa de decir el chico—. ¿Leah? ¿Se llama Leah?

Oyó un estruendo en su cabeza: era la sangre atronándole los oídos. No, no se lo había imaginado. Era Leah, con su pequeña cicatriz, su pulsera de plata, su maliciosa y sesgada sonrisa...

El cocinero frunció el ceño. Cuando volvió a hablar, Roman lo oyó como si estuviera a kilómetros de distancia.

—Efectivamente —se cruzó de brazos—. ¿Pasa algo?

—No, no pasa nada —mintió. Pasaba todo. La cabeza le daba vueltas—. Leah... ella... ¿cuánto tiempo lleva aquí? ¿Sabe de dónde viene? ¿Sabe si...?

Pero el joven lo interrumpió.

—Eh, ¿la conoce usted de algo? —su tono era decididamente protector. Se había puesto muy serio.

Roman dio marcha atrás.

—Era simple curiosidad —tenía que pensar con rapidez. Leah no lo había reconocido... o al menos no parecía haberlo hecho. Debería aparentar naturalidad, pero le costaba tanto...—. Yo... Bueno, es una mujer muy atractiva. Y yo estoy de vacaciones. Pensé que...

—Pues pensó mal.

—¿Puede al menos decirme su apellido? —todavía no podía creerlo. Leah viva, allí...

—No le daré ninguna información personal sobre ella —y tras lanzarle una última mirada, dio media vuelta y se marchó.

Consciente de que había llegado a un punto muerto, Roman se dirigió al pueblo. Bloques de apartamentos rodeaban la espina dorsal del pequeño Thunder Key, la carretera principal que llevaba a la Autopista del Mar. Hizo algunas preguntas en la tienda de comestibles, en la oficina de correos, en la oficina turística, en la biblioteca y en el bar cubano. Se enteró de que se llamaba Leah Wells, de que Morrie Sanders tenía intención de vender el local para poder trasladarse a Nuevo México con sus nietos y de que Leah llevaba trabajando más de un año para él. Al parecer se había acostumbrado muy rápidamente a Thunder Key.

Por lo demás, la gente no acogió de buen grado aquel tipo de preguntas personales, así que tuvo que fingirse interesado por el Aleta de Tiburón. Les dijo que era un empresario de Chicago y que tenía intención de invertir en los Cayos. «Hable con Leah», le decían. Ella lo pondría en contacto con Morrie.

Todavía no estaba preparado para hablar con Leah. Tenía miedo de hablarle, de que volviera a desaparecer de repente. Pero tenía que saber más sobre ella, así que la siguió. Descubrió que por las mañanas solía correr por la playa. Como la mayor parte de los residentes, se movía a pie por la isla, de unos tres kilómetros de ancho. Solía meterse en el bar cubano a tomar un café con leche. Una mañana la vio entrar en una boutique del paseo marítimo y descubrió que vendía allí algunos de sus diseños. Seguía diseñando ropa: vestidos sensuales, tops diminutos, pantalones cortos y ropa interior. Se enteró de que también hacía bisutería. Collares de veneras¹ y pulseras de cuentas. Según le dijeron en el pueblo, sus obras eran muy valoradas por los turistas.

El resto del tiempo se lo pasaba en el Aleta de Tiburón. Se había construido una nueva vida, después de caerse por un puente año y medio atrás, a bordo de su coche. Ahora se llamaba Leah Wells, y no lo había reconocido.

Dejó el pueblo y volvió al local. Había mucha gente, pero esa vez no se

sentó al fondo, como tenía por costumbre. Encontró una banqueta vacía en la barra. Cuando el cocinero salió de la cocina, se limpió las manos en el delantal y le dijo algo a Leah que Roman no pudo escuchar. Fue entonces cuando lo miró.

Aquella noche llevaba una blusa sin mangas y unos pantalones anchos de algodón, con dibujos azules y amarillos. A Leah siempre le había gustado la ropa vistosa, colorida. Probablemente los habría diseñado ella misma. Se dirigió directamente hacia él.

—¿Quieres algo?

La boca se le quedó seca, el corazón comprimido, apretado en un puño. Su voz. Ronca, baja, dulce. Leah. Tenía que obligarse a hablar, arriesgarse a romper el mágico hechizo de sueño o fantasía que parecía haberle devuelto la vida. Tenía que asegurarse de que era real.

—Hola, Leah —logró articular con voz firme.

No desapareció.

—¿Te apetece una cerveza?

Al igual que antes, no lo había reconocido. Pero tenía que asegurarse...

—¿Te acuerdas... —se interrumpió, con el corazón en la garganta— te acuerdas de mí?

—Creo que te vi aquí la otra noche —respondió, algo desconfiada—. O quizá hace un par de noches.

O era la mejor actriz del mundo o realmente no sabía quién era él. Se sintió como si acabara de recibir una patada en el estómago.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó de nuevo.

—No.

Se dispuso a retirarse.

—Espera.

Vio que se tensaba. Se volvió. El rumor de la gente hablando, el tintineo de los vasos, todo a su alrededor pareció desvanecerse.

—Yo sólo quiero... hablar contigo.

—No tengo tiempo para hablar —miró a su alrededor, cómo recordándole dónde estaban.

—Entonces tal vez podamos hacerlo después de que cierres. ¿A qué hora será eso?

—No puedo. Me acuesto enseguida.

—Entonces por la mañana. Correré contigo.

Leah entornó los ojos.

—¿Cómo sabes que corro por las mañanas?

—Te he visto.

—Mira, no sé qué es lo que estás pensando —le dijo con tono tranquilo—, pero no estoy interesada.

—Si no sabes lo que estoy pensando, ¿cómo puedes saber que no estás interesada?

—Joey me dijo... que estabas haciendo preguntas sobre mí. Y que te parecía...

—Atractiva —completó Roman la frase.

Vio que se encogía de hombros. Tenía que hablar con ella.

—Dame cinco minutos, nada más. Necesito hablar contigo —insistió.

—No puedo.

—¿Por qué no?

En Manhattan, se habría resignado mucho antes. Nunca le pedía a una mujer dos veces que saliera con él. No era ningún pelmazo. Pero estaba hablando con Leah, y no podía apartarse de ella.

Sabía muy poco, en realidad nada, sobre pérdidas de memoria. El día anterior había llamado al marido de su hermana Gen, Mark Davison. Era médico. Lo habían sorprendido sus preguntas, pero las había respondido a grandes rasgos. La amnesia podía ser física o psicológica. De corto o largo plazo. Permanente o temporal. Facilitar de golpe demasiada información al paciente podía ser peligroso. Pero Mark era un especialista en medicina del dolor, no un psiquiatra, según se había ocupado de recordarle. No era un experto en amnesias.

Colgó el teléfono cuando su cuñado le preguntó por el motivo de ese interés. Todavía no estaba preparado para hablar con nadie de Leah.

—Yo no salgo con nadie —sentenció al fin ella.

—¿Por qué? —procuraba adoptar un tono ligero. Vio que se recogía un mechón detrás de la oreja. Reconocía aquel gesto tan familiar. La estaba poniendo nerviosa.

—Soy lesbiana, ¿vale?

Roman estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No lo creo —diversas imágenes asaltaron su mente. Leah jugueteando con él frente al fuego de la chimenea... vestida únicamente con unos calcetines. Leah apareciendo por sorpresa en el granero para darle un revolcón por el heno. Leah gritando de placer mientras hacían el amor... en la casa de sus padres. Era la pareja sexual más desinhibida y apasionada que había tenido nunca.

—¿Quién eres? —le preguntó en aquel instante.

Lo miró de una forma que se quedó sin habla. Miedo. Tenía miedo... ¿de qué? ¿Qué diablos habría sucedido aquella noche, cuando se cayó por aquel puente? ¿Qué diablos había estado haciendo allí? Eso nunca había llegado a entenderlo. Se había metido por una autopista que rara vez frecuentaba, en un viaje del que no le había hablado a nadie, llevando en su maletín los papeles de divorcio que Roman no había llegado a firmar.

Habían tardado dos angustiosos días en encontrar el coche. En el interior habían descubierto su bolso, con la alianza de matrimonio guardada en un bolsillo lateral, y los papeles del divorcio en un maletín... pero no el cuerpo. Según la policía, la crecida del río debía de haber arrastrado el cadáver. La búsqueda se prolongó de manera interminable, pero los buceadores no encontraron nada.

Leah no tenía familia. Los compañeros de su estudio de diseño, ya destrozados por el reciente fallecimiento de un artista de la cooperativa, celebraron un modesto funeral. Roman no le habló a nadie de los papeles de divorcio. Su relación con Leah ya había sido suficientemente difícil en vida. No tenía sentido empeorar las cosas tras su muerte.

Pero ahora resultaba que no estaba muerta.

—Me llamo Roman —respondió, observándola con detenimiento. Nada. Seguía sin reconocerlo—. Roman Bradshaw.

—Bueno, encantada de conocerte, Roman Bradshaw. Pero si no te importa, esta noche estamos muy ocupados —y se marchó.

La dejó ir porque no tenía otra elección. Todavía no podía revelarle la verdad. Ni lo conocía ni quería conocerlo. Y él no podía agarrarla del pelo y llevársela a su caverna como un troglodita.

Pero tampoco estaba dispuesto a renunciar.

Leah se estaba atando los cordones de sus deportivos sentada en un taburete de la parte trasera del Aleta de Tiburón. El sol teñía las nubes de una pálida luz dorada. Hacía fresco, pero no tardaría en subir la temperatura.

La playa estaba vacía y silenciosa. Amaba aquella hora del día, aquella playa, la vida que llevaba en Thunder Key. No quería marcharse jamás. De hecho, a veces se preguntaba por qué había tardado tanto en llegar allí. Thunder Key era su hogar, y sus pobladores su familia. Como un sediento en el desierto, apuraba todo lo que aquella pintoresca isla le ofrecía. No había un solo segundo de aquel último año y medio en Thunder Key que no hubiera atesorado amorosamente en su memoria.

Lo cual hacía aún más sobrecogedor el hecho de que no pudiera recordar nada de lo sucedido hasta entonces.

«¿Te acuerdas de mí?». El rostro del hombre que le había hecho esa pregunta asaltó su mente. ¿Lo recordaba? No. ¿Cómo había podido olvidarlo? Ojos de un azul intenso, pelo oscuro y espeso, mandíbula cuadrada, pómulos altos y unos maravillosos y sensuales hoyuelos en las mejillas. Alto, de hombros anchos. Y rico también, al parecer. Tenía el aspecto de un hombre acostumbrado a ordenar el mundo a su antojo. Se había enterado de que residía en un bungalow del Hotel White Seas, de manera indefinida.

La atracción había sido instantánea, como si la hubiera barrido una marea. Lo había visto al otro lado de la barra y el corazón había empezado a latirle desbocado. Había sentido el desquiciado impulso de saltar la barra, lanzarse a sus brazos y...

¿Qué? De la misma manera que había experimentado una instantánea atracción, había sentido un repentino miedo, sin saber por qué. Pero si había aprendido algo durante aquel último año y medio, era precisamente a confiar en sus intuiciones. Porque era lo único que tenía.

Por ejemplo, no le gustaban los guisantes. Los gatos le daban alergia. Y

aquel hombre tan sensual del White Seas era peligroso. Así que había adoptado una expresión fría e indiferente, procurando guardar la mayor distancia posible.

Rápidamente miró a su alrededor y se alegró de no ver a nadie. Aquel hombre sabía que solía correr por las mañanas, se lo había dicho. Volvió a recordar sus palabras: «Necesito hablar contigo».

Pero ella no quería hablar con él. No debía hablar con él. Terminó de atarse los cordones y se incorporó, asaltada por mil imágenes. Aquel hombre de la víspera, sonriendo, observándola, se mezclaba con otras imágenes, más extrañas, del mismo hombre pero en otro tiempo y en otro lugar. Hasta que desaparecían las imágenes y sólo quedaban sensaciones, sonidos. Los inequívocos indicadores de sus ataques de pánico. Todos empezaban igual.

Ya había tenido ataques como ése antes, tanto durmiendo como despierta, pero hacía tiempo que no sufría uno. Habían sido tan horribles, tan aterradores, que incluso le habían entrado ganas de vomitar. Con el tiempo había aprendido a dominarlos. Había dejado de intentar recordar el pasado. Y los ataques de pánico habían desaparecido.

Pero ahora volvían.

Un fuerte viento. Frío. Oscuridad. Gritos... los suyos. Una fuerte punzada en las sienes casi la hizo doblarse de dolor. No podía ceder. Se obligó a erguirse, a caminar. Y empezó a correr. Correr, respirar, correr.

Sabía que había sido corredora antes de llegar a Thunder Key. Lo sabía porque era capaz de correr kilómetros y kilómetros. Era su tabla de salvación del dolor, del pasado. Llegó a la compacta arena de la playa y el contacto la reconfortó. Le encantaba correr por la playa. Cuanto más rápido corría, más rápido dejaba atrás las piezas de aquel pasado que nunca llegaba a recomponer, y que tanto la torturaban...

De alguna manera, el hombre de la víspera le había evocado aquel pasado. ¿Sería por eso por lo que le parecía tan peligroso? ¿Le recordaría a alguien de su pasado?

¿O acaso él formaba precisamente parte de su pasado?

Las gaviotas daban vueltas sobre su cabeza, turbando el silencio de la mañana con sus gritos. Estaba sola, completamente sola, pero su cerebro seguía oyendo el ulular del viento y sus propios chillidos de terror. A veces

tenía miedo de volverse loca...

«Sé quién eres», decía una voz. ¿Quién era ella? Tenía que correr, correr, correr... Antes de que la cabeza le explotara. «Y sé lo que has hecho». ¿Qué cosa tan terrible habría hecho? ¿Por qué? ¿Qué clase de persona era ella? ¿Quería saberlo realmente?

Corrió cada vez más rápido. Correr era lo primero que recordaba.

Una noche negra y cerrada, luces fugaces, aire, sólo aire. Y ella cayendo, cayendo, cayendo... Agua. Dolor. Pero no un dolor insoportable. No, podía moverse. Podía correr.

El camionero que la había recogido al borde de la autopista llevaba una camisa de cuadros verdes y unos viejos vaqueros, con un roto en una rodilla. Tenía una cara redonda y bonachona, y una mirada amable, cariñosa.

—Voy hacia el sur —le había dicho.

—Yo también —había respondido ella—. A Thunder Key.

¿Por qué había respondido eso? En aquel entonces ni siquiera sabía dónde estaba Thunder Key. Aquella respuesta había surgido de la nada, lo cual la asustaba. Pero aquella noche todo la había asustado, de modo que no se había parado a pensarlo.

Estaba empapada, magullada, estremecida. Apenas había amanecido. No sabía durante cuánto tiempo había estado corriendo.

—¿Cómo te llamas? —le había preguntado el camionero.

No había sabido qué decir. A la luz del tablero de mandos, el hombre extendió un brazo y le tocó la pulsera que llevaba en la muñeca.

—Leah —leyó las letras grabadas—. ¿Y de apellido?

En aquel momento vio un cartel de autopista: Wells, dos kilómetros.

—Leah... Wells —pronunció, estremecida, aunque hacía calor en la cabina del camión.

El camionero tenía una guía de carreteras. En el índice había encontrado Thunder Key, parte de la cadena de islas que prolongaban la península de Florida. La había llevado hasta Carolina del Sur. Y luego, generosamente, le había dado dinero para que se comprara un billete de autobús hasta Charleston. Había insistido en que lo aceptara.

—Una damita como tú no debería andar por ahí haciendo autoestop.

Ella le había pedido su dirección, con la promesa de enviarle el dinero. Y así lo hizo un mes después, nada más cobrar su primera paga en el Aleta de Tiburón.

Había conocido a Morrie en la playa, el mismo día que llegó a Thunder Key. La había visto sentada en un banco, contemplando admirada el inmenso océano.

—¿Estás perdida?

—No, creo que me he encontrado —estaba donde había querido estar. Era lo único que sabía.

Luego Morrie le había preguntado si necesitaba un trabajo y un lugar donde vivir. No volvió a hacerle más preguntas. No le importaba de dónde venía. Con sus sesenta años muy bien llevados, al propietario del Aleta de Tiburón no le gustaba hablar de su propio pasado, pero ella sabía que había estado en prisión. Se había rehabilitado, según le había dicho. Y se había construido una nueva vida en Thunder Key.

Leah sabía que aún conservaba contactos de su vida anterior. Una vez que le confesó que había perdido la memoria, se ofreció a ayudarla en todo lo posible. Y un día se presentó con una identificación falsificada a nombre de Leah Wells.

—Por si algún día la necesitas.

Habría preferido no aceptarla, pero por otra parte no había querido herir sus sentimientos. Morrie había hecho tantas cosas por ella... Recientemente se había reconciliado con su familia, de la que había estado demasiado tiempo separado. Lo estaba echando muchísimo de menos.

Durante año y medio había sido feliz allí. Pero las cosas habían cambiado. Morrie había puesto en venta el bar. Un extraño la estaba vigilando. Y los ataques de pánico habían vuelto.

Dejó de correr cuando llegó a la playa pública y al aparcamiento del centro comunal. Desde allí fue andando hasta la calle principal de Thunder Key y se dirigió a la cafetería. Por la mañana temprano el pueblo estaba muy tranquilo. A lo lejos se distinguía algún coche que otro en la Autopista del Mar, de camino hacia islas más turísticas y conocidas.

Leah, en cambio, no habría cambiado Thunder Key por nada. Eso

siempre lo había sabido. Para cuando entró en la cafetería, ya se había tranquilizado del todo.

—Hola, Viv, ¿ya está listo mi café con leche?

—Por supuesto —respondió Vivien Ramón, con su ronca voz de fumadora suavizada por una sonrisa de oreja a oreja. El juvenil brillo de sus ojos desmentía las hebras grises que salpicaban su espesa melena negra. Su marido fabricaba velas para barcos, y ella llevaba La Greca, única cafetería de la isla. Si Morrie era como un padre para Leah, Viv hacía el papel de madre.

Porque sus padres biológicos estaban muertos. Eso lo sabía sin lugar a dudas. Era otra de sus intuiciones.

Como Morrie, Viv no hacía demasiadas preguntas. Pero Leah sabía que se preocupaba mucho por ella. De hecho, había querido que fuera a ver a un médico. Y, también al igual que Morrie, se había ofrecido a ayudarla a investigar en su pasado. Hasta el momento, Leah se había resistido... por miedo. Ignoraba el origen de ese miedo, pero lo que sí sabía era que su pasado estaba cargado de dolor, lo suficiente para prevenirla de buscar respuestas. Todavía no estaba preparada, y eso se lo había dicho a los dos.

Quizá nunca lo estaría.

—Aquí tienes, cariño —le dijo Viv, sirviéndole el café en la barra. De repente miró a alguien detrás de ella.

—Tomaré lo mismo que ella.

El corazón de Leah dio un vuelco, pero se las arregló para permanecer quieta. Luego, muy lentamente, se volvió.

—Buenos días —la saludó el desconocido de la víspera, sonriendo con expresión despreocupada.

Pensó que debía de haberla seguido, aunque no lo había visto afuera. Volvió a experimentar la misma atracción del día anterior. Pero al mismo tiempo deseaba odiarlo. La reacción era poderosa, visceral. No podía explicárselo. Quería decirle algo duro, grosero, gritarle que se marchara de una vez y la dejara en paz.

—Me alegro de verte. Soy Roman. Roman Bradley. Me presenté ayer, en el bar —le explicó de manera innecesaria.

Leah logró finalmente despegar los labios.

—Sí, claro. Roman —sintió una sensación muy extraña al pronunciar su nombre, como un escalofrío. Levantó su taza y evitó mirar a Viv, aunque no le pasó desapercibida su expresión de expectante curiosidad.

Porque cuando Viv no le recomendaba un psicólogo, era porque le estaba ofreciendo una cita, un hombre atractivo y decente con quien salir. Y Leah tampoco estaba preparada para eso. Había rechazado todas sus bienintencionadas propuestas. Sin remordimiento alguno.

Durante todo ese tiempo, había tenido el corazón como muerto. Y sin embargo, en aquel preciso instante, se había puesto a latir como un poseso...

—Necesito hablar contigo —le espetó—. Gracias —añadió dirigiéndose a Viv mientras recogía su taza de la barra.

—No veo de qué tenemos que hablar tú y yo... —empezó Leah, pero se interrumpió de pronto al ver que estaba pagando su consumición y la suya —. No, no quiero que pagues la...

—Olvídalo. No tiene importancia.

Leah sacó entonces de un bolsillo el importe exacto de su café y lo dejó en el mostrador. Acto seguido, pasando de largo por delante de él, se dirigió hacia la salida.

Una mujer entraba en aquel momento en el minúsculo local, llevando un perrito de lanas de una correa. Leah, con las piernas temblorosas, no la vio de la prisa ciega que le había entrado por salir de allí. Y tropezó con el perro.

El animal se quejó, Leah cayó al suelo y el café se derramó por todas partes. Maldijo entre dientes y se disculpó, disimulando que se había quemado los dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó Roman, acudiendo al instante a su lado.

Viv, con una fregona en la mano, le entregó un manojito de servilletas. La mujer del perro se estaba limpiando una mancha de café de la manga.

—Sí, no pasa nada. Lo siento —le dijo a Viv y se volvió de inmediato hacia la mujer—. Le pagaré la factura de la tintorería. ¿Podría enviármela al Aleta de Tiburón? Lo lamento mucho, de verdad...

Fueron sus últimas palabras, porque se levantó de un salto y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Antes de que Roman se hubiera dado cuenta, ya

estaba en la acera.

—Espera.

«Ni hablar», pronunció Leah para sus adentros.

—Deberías echarte algo en los dedos. Te saldrán ampollas.

No tardó en alcanzarla.

—No es nada, estoy bien —se negaba a mirarlo. Ya era bastante consciente de su presencia. Olía condenadamente bien. Peligrosamente masculino. Tenía que alejarse a toda costa.

—¿Podrías caminar menos rápido?

Se giró hacia él, indignada.

—¿Y tú podrías dejar de seguirme? ¿No te dejé suficientemente claro anoche que no quería hablar contigo?

—Si te niegas a hablar conmigo, entonces... ¿cómo va a poder Morrie venderme el bar?

Durante unos segundos se lo quedó mirando fijamente en silencio, incrédula.

—¿Tú... estás... interesado en el bar?

No había estado interesado en ella, sino en el bar. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Pensó en el comportamiento que había tenido en la cafetería, en lo rápido que había salido de allí. Se había puesto frenética...

—Lo siento. Es sólo que... —¿cómo explicárselo? Aquel hombre era un desconocido. Ella ni siquiera había contado la... breve historia de su vida a la gente con la que se veía todos los días. Viv y Morrie eran los únicos que la conocían. Incluso Joey, el cocinero del Aleta de Tiburón, conocía solamente una parte.

—¿Qué? —la animó a explicarse.

—Tú me recuerdas a alguien —le confesó al fin—. Yo no... —la pregunta la aterraba. ¿Y si era alguien que había conocido antes? Incapaz de contenerse por más tiempo, le preguntó—: Yo no te conozco, ¿verdad?

Y esperó su respuesta, con el estómago encogido.

Capítulo 2

—No —respondió casi en un susurro, observándola—. No me conoces.
Leah tragó saliva.

—Lo siento —pronunció por enésima vez durante los cinco últimos minutos—. Supongo que... no lo sé.

—No tienes porqué disculparte. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —le tendió la mano.

Dios, ¿por qué parecía tan tranquilo, tan seguro de sí mismo... y al mismo tiempo tan endiabladamente guapo? «Peligro, peligro», volvió a advertirle una voz interior.

—¿Empezar de nuevo? —intentó ordenar sus pensamientos.

—Me llamo Roman Bradshaw —se presentó por segunda vez, con la mano todavía tendida—. Soy de Nueva York. Tengo intención de invertir en un negocio en los Cayos. Y estoy interesado en el bar de Morrie.

Leah le estrechó la mano y una especie de descarga eléctrica le recorrió el brazo. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no retirarla bruscamente.

—Yo me llamo Leah. Leah Wells. Llevo el bar de Morrie durante su ausencia. Estaré encantada de facilitarte toda la información que necesites...

No le había soltado la mano. Y aquella extraña sensación eléctrica tampoco había cesado. De hecho, las rodillas habían empezado a temblarle...

—Estupendo. Estoy libre esta mañana, si tienes algún tiempo que dedicarme.

Había algo extraño en su expresión. Su mirada era terriblemente penetrante, pero Leah creyó distinguir en ella una cierta vulnerabilidad.

—El bar abre a las diez —le informó, temblando por dentro—. Nos veremos a esa hora allí si quieres —retiró la mano y se marchó.

Dirigió sus pasos a la playa. Sabía, sin embargo, que él se había quedado inmóvil, contemplándola.

El agua brillaba en un caleidoscopio de tonos grises y azules. Las gaviotas se zambullían ocasionalmente para pescar. Era un paisaje que

amaba, del que necesitaba disfrutar cada mañana. Pero, por primera vez, necesitaba llegar al local cuanto antes.

Sintió el impacto de su mirada mucho después de que se hubiera perdido de vista. Subió las escaleras de la fachada trasera del local de dos en dos y fue directamente a ducharse. Mientras el agua resbalaba por su cara, se puso a llorar sin saber por qué.

—Querido, sigo rezando para que seas tan feliz como Genevieve y Mark. Sabes que es lo único que me importa. Es lo único en lo que pienso: tu felicidad. Tienes que volver a casa...

En el bungalow, Roman apretó con gesto impaciente el auricular del teléfono, escuchando a su madre mientras intentaba convencerlo de que regresara a Nueva York. Había vuelto al White Seas con la intención de esperar allí hasta la hora de su cita en el Aleta de Tiburón. Necesitaba estar tranquilo por unos momentos, sosegar su corazón acelerado.

Y no necesitaba para nada tener esa conversación con su madre.

—Te echamos de menos —añadió Barbara Bradshaw—. Nos necesitas.

—Necesito estar en Thunder Key —afirmó, rotundo—. Aquí es donde quiero y tengo que estar, al menos por el momento.

—¿Qué sentido tiene que sigas sufriendo por la muerte de esa chica? —le preguntó su madre. A punto estuvo de quebrársele la voz.

—«Esa chica» era mi esposa, madre. Leah. Tenía un nombre —«es mi esposa», se corrigió para sus adentros. «Y tiene un nombre».

No le había dicho que la había visto. Ni siquiera año y medio después de recibir la noticia de su muerte, la familia de Roman había suavizado su actitud hacia ella. No aceptarían de buen grado su retorno al mundo de los vivos, y tenía el presentimiento de que incluso intentarían convencerlo de que su amnesia era una especie de fraude. ¿Acaso no se habían esforzado, una y otra vez, por encontrar una manera de separarlos? Nunca lo habían conseguido.

Él solo había destrozado su matrimonio.

Después de que Leah fuera declarada oficialmente muerta, Roman volvió a su trabajo. Su trabajo, que siempre había sido tan importante para él. Su abuelo había sido el fundador de Bradshaw Securities, una gran

empresa comercial. Era el negocio de la familia, en el que participaban su padre, sus tíos, sus primos, su hermana... Siempre se había dado por supuesto que Roman ocuparía el lugar de su padre en la presidencia del consejo de administración. Pero ahora ese sillón estaba vacío. Bonos, acciones, opciones de compra... ¿a quién le importaba eso? A él ya no, desde luego.

Su apartamento con vistas a Central Park también se hallaba vacío. Ya no estaba Leah, atándose al amanecer los cordones de sus deportivas, dispuesta a desafiarlo con una carrera. O cocinando una pésima comida destinada a ser arrojada a la basura en el último momento. O bailando en ropa interior delante de él, hasta que conseguía que cerrara su ordenador portátil y se dignara prestarle atención.

Al menos, así habían empezado las cosas. Porque poco a poco Leah se había ido dando cuenta de que no estaba dispuesto a cambiar, y de que precisamente el mismo hecho que los había atraído desde un principio, su divergencia absoluta de caracteres y modos de vida, también podía separarlos. En realidad no supo cómo sucedió. Un día levantó la mirada de su agenda de trabajo semanal y se encontró con que la había perdido y que ni siquiera sabía cómo hacerla volver...

Y luego ya no hubo manera de averiguarlo porque estaba muerta.

Se pasó los primeros tres meses fingiendo que nada había sucedido. Y otro mes más pensando que podría llegar a superarlo.

Durante los tres últimos meses, sin embargo, renunció a la farsa. Dejó de ir a la oficina. Su familia se quedó consternada. Su padre lo había educado desde que nació para que se hiciera cargo de la empresa. El primer recuerdo que Roman tenía de su padre fue cuando se lo llevó a Wall Street para que escuchara la campana de salida: tenía por aquel entonces cuatro años. Se licenció en Ciencias Empresariales por Yale y en Administración de Empresas por Harvard.

Dio la espalda a un legado multimillonario, y todavía no sabía por qué. Cerró su apartamento de Central Park. Puso fundas a los muebles, bolsas protectoras a sus trajes de ejecutivo. Borró todos los compromisos de su agenda, de ordinario tan apretada.

Le llevó tres meses dismantelar la vida que se había hecho en Nueva York. Una vida que había antepuesto a todo, incluida su esposa.

—Madre, tengo que dejarte —dijo, volviendo a la realidad.

—Pero ¿cuándo volverás a Nueva York?

—No lo sé. De hecho, estoy pensando en hacer alguna inversión aquí, en un bar llamado Aleta de Tiburón. Así que no esperes que regrese pronto ni te preocupes por mí. Estoy bien. Y estoy haciendo negocios —si algo podía convencer a su familia de que se encontraba bien, era precisamente la idea de que estuviera realizando una inversión. Aunque se llevarían un buen chasco cuando se enteraran de que el negocio estaba en Thunder Key. Se despidió y colgó antes de que su madre pudiera añadir otra palabra.

Se quedó mirando el jardín del bungalow. Detrás se divisaba un mundo perfecto, como de tarjeta postal. Playas de arena blanca, un mar azul, un cielo limpio y despejado... Cerró los ojos, dejando que el rumor de las hojas de palmera mecidas por la brisa lo transportara a otro tiempo...

Leah bailaba en el jardín, con su silueta recortada contra el cielo del amanecer.

—¡Vamos, estás tardando demasiado!

Le dijo que esperara. Se estaba afeitando. Ella le hizo cosquillas. Se echó a reír, pero continuó afeitándose.

—No puedo esperar... Espero que me atrapes... ¡antes de que lo haga otro! —y desapareció.

Roman soltó su maquinilla y corrió fuera del bungalow cubierto solamente con una toalla. Leah tenía ese efecto sobre él. Le hacía hacer cosas que no encajaban para nada con su personalidad conservadora, formal. Corrió por la playa desierta, con la toalla cubriendo apenas sus partes íntimas, y la atrapó en el agua. O tal vez lo atrapó ella, porque de repente estaba en sus brazos, con sus piernas enredadas en torno a su cintura...

Cayeron juntos en el agua, con sus relampagueantes ojos verdes como único contacto con el mundo, y de alguna manera desapareció tanto su toalla como la parte inferior de su biquini...

Abrió los ojos, sin aliento. ¿Cómo podía dolerle tanto aquel recuerdo? ¿Cómo podía echarla tanto de menos? ¿Cómo podía sentirla todavía en sus brazos? Incapaz de dejar de pensar en ella, se fue directamente al Aleta de Tiburón. Era demasiado temprano, pero no podía esperar por más tiempo. Caminó por el sendero entablado que atravesaba la laguna rodeada de

manglares, entre el complejo turístico y el pueblo. Había alquilado un coche nada más llegar al aeropuerto de Cayo Oeste, pero no lo había tocado desde que puso los pies en Thunder Key.

Cuando ya estaba entrando en el pueblo, giró por la estrecha carretera que llevaba al Aleta de Tiburón. Más allá de la barra de la playa, con su barbacoa, podía ver saltar a los delfines en las aguas de un azul cristalino. «Los delfines dan buena suerte». Leah se lo había dicho cuando vio docenas de ellos cabalgando sobre las olas en una excursión por los Cayos. Esperaba que tuviera razón. Él, desde luego, iba a necesitar mucha.

El Aleta de Tiburón se preparaba para su jornada diaria. La puerta principal estaba abierta al aire de la mañana, cada vez más cálido. Los ventiladores ya estaban funcionando. Y Leah se hallaba sentada ante una vieja mesa de roble, al lado de un amplio ventanal, dibujando algo en un cuaderno. Parecía absolutamente concentrada en su obra.

Roman se detuvo en el umbral, bebiéndosela con los ojos, con el corazón. ¿Cuántas veces la había sorprendido en aquella misma postura, trabajando con alguno de sus diseños en su apartamento de Nueva York? Los recuerdos lo anegaron como una marea, cortándole el aliento.

Se había duchado después de su carrera matutina y todavía tenía el pelo húmedo. No se había molestado en utilizar el secador. Su maquillaje era mínimo, como de costumbre, lo suficiente para destacar el brillo de sus labios, sus pómulos altos, la rasgada línea de sus ojos. Llevaba una camiseta sin mangas color rosa fuerte y unos pantalones de lino blanco. Balanceaba una sandalia en la punta del pie mientras trabajaba. Roman advirtió que se había pintado las uñas. Estaba totalmente ajena a lo que la rodeaba, ensimismada en su trabajo. Totalmente ajena a él.

Pero a Roman no le ocurría lo mismo. El pulso se le había acelerado nada más verla y el pasado lo estaba ahogando de nuevo, con toda su carga de recuerdos. «No te conozco, ¿verdad?». A duras penas se había contenido para no confesárselo todo de golpe cuando la oyó pronunciar esas palabras. Había ansiado estrecharla en sus brazos y decirle que le pertenecía, que eran marido y mujer, que era su esposa Leah...

Pero, en lugar de ello, le había respondido otra cosa. «No. No me conoces». Y era verdad: no lo conocía. Por el momento.

Porque lo conocería. Lo reconocería a su debido tiempo. «Calma, mucha calma», era lo que continuamente se decía. Aquello lo estaba matando.

Pero estaba tan sumamente asustado de perderla otra vez...

¿Y si se acordaba... pero no quería volver con él? Era ella quien había preparado los papeles del divorcio, no Roman. ¿Habría sido un último y desesperado intento por obligarlo a cambiar, a que la tuviera en cuenta en su vida, a que la antepusiera a todo lo demás?

—Hola —la saludó en voz baja mientras se acercaba a la barra.

Sobresaltada, alzó la vista. Cuando sus miradas se encontraron, fue como si las olas de la playa hubieran entrado en el local, barriéndolo todo a su paso. Incluido al propio Roman.

—Oh, hola —respondió, levantándose. Soltó el cuaderno y el lápiz para tenderle la mano de una manera distante, excesivamente formal.

No le pasó desapercibido su gesto nervioso cuando se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja. A continuación esbozó una media sonrisa, demasiado familiar, que le aceleró el corazón. Pero lo verdaderamente sorprendente fue su rubor mientras se estrechaban las manos. Era una timidez absolutamente insólita en ella, como si se tratara de una nueva Leah. Tenía que saberlo todo sobre su nueva vida...

—Me he puesto en contacto con Morrie —le dijo ella, yendo directamente al grano—. Me sugirió que te enseñase el bar, si es que aún sigues interesado. Lo llamaré luego para que podáis discutir de los detalles.

—Estupendo —aprobó Roman. Ya había decidido comprar el bar. No necesitaba conocer los detalles. Diablos, si hasta habría comprado la isla entera si hubiera sido necesario...

El recorrido por el local no llevó demasiado tiempo. Había una zona cubierta con una mesa de billar, y la pequeña cocina donde el cocinero preparaba el menú de cada día.

—¿Puedo subir? —preguntó.

Era una petición comprometida, ya que sabía que ella vivía en el apartamento del piso superior. Pero, por otro lado, el local sería suyo si al final llegaba a comprarlo. Tenía todo el derecho a verlo.

Quería ver dónde vivía.

—Claro —contestó tras una ligera vacilación.

Un nuevo rubor tiñó sus mejillas. Lo guió por la vieja y estrecha escalera. Una vez arriba, abrió una puerta y se hizo a un lado.

Roman entró en la habitación. La cocina se componía de un mostrador, una pila y un fogón, todo en una sola pared. La cama ocupaba otra pared. No estaba hecha, y la vista de aquellas sábanas revueltas le oprimió el corazón. El apartamento entero reflejaba el característico desorden de Leah.

Vio que se había alejado hasta el ventanal. Se había quedado allí de pie, su figura recortada contra el mar azul. También había un comedor con dos sillas, con una butaca y una mesa redonda al otro extremo. En el centro de la mesa, una maceta de buganvilla. Alrededor, cuadernos de dibujo, lápices, un par de libros, una caja de veneras y bobinas de hilo para collares.

—¿Eres artista? —le preguntó, simulando el tono más natural posible.

Leah se volvió para mirarlo.

—Diseño algunas cosas. Ropa, bisutería...

Sus diseños se habían vendido en las boutiques más lujosas de Manhattan. Pero Leah nunca se había tomado a sí misma en serio, y eso que habría podido ganar una fortuna. Nunca había querido trabajar de esa manera. La demanda de sus obras siempre había sido muy superior a su producción. No por pereza, ya que había trabajado muy duro. Simplemente no había querido dejar que el trabajo le absorbiera la vida.

Ésa era otra de las diferencias que los había separado.

—Eres una persona muy creativa —comentó Roman, adoptando también un tono formal, distanciado. «Quizá nunca debimos relacionarnos», recordaba que le había comentado un día, en medio de una discusión. «Somos demasiado distintos».

—No has visto mi trabajo.

—Me gustaría verlo —se apresuró a asegurarle—. ¿Lo tienes expuesto aquí en la isla?

Por supuesto, había visto sus últimas obras expuestas en el paseo marítimo. El día que estuvo allí, una banda de reggae estaba tocando gratis en el jardín. Detrás, los locales de la playa alquilaban equipos de buceo y ofertaban actividades subacuáticas. Un cartel delante de la marina ofrecía un cubo de pescado por un dólar a los turistas que quisiesen alimentar a los pelícanos o a las morenas. Fue entonces cuando vio a Leah a lo lejos, entrando en una boutique.

—En Rum Beach hay un pequeño centro comercial: se llama Aldea de Los Contrabandistas y ocupa buena parte del paseo marítimo. Allí podrás ver mis obras, en la boutique Cala Artesana.

—Quizá podrías enseñármelas tú —le sugirió—. No he tenido oportunidad de ver gran cosa de Thunder Key, y si quiero invertir en una propiedad de la isla, me gustaría conocerla algo más. No sería una cita —añadió para desactivar por adelantado cualquier objeción.

Nuevamente la sorprendió ruborizándose.

—Siento haberme puesto como me puse —le dijo—. Sé que debió de parecerte una estupidez. Todavía no estoy preparada para salir con nadie, eso es todo.

—¿Y eso por qué?

Se quedó muy quieta. Finalmente respondió en voz baja:

—No estoy segura. En realidad, no sé por qué te estoy contando todas estas cosas.

La confusión que veía reflejada en sus ojos no podía dolerle más.

—Sé cómo debes de sentirte —repuso con tono suave—. Yo estuve casado, pero... —empezó, y se interrumpió a propósito. Esperando una reacción, cualquier cosa...

—¿Pero qué? —lo animó a continuar, con los ojos muy abiertos.

—La perdí. En un accidente.

—Lo siento.

Un brillo de compasión asomó a su mirada. Roman reconoció el brillo de las lágrimas. Estaba a punto de llorar... por él.

Leah siempre había tenido una especial sensibilidad para el dolor de los demás. Poco después de su boda, una de sus compañeras de trabajo del estudio había sufrido una irreversible lesión en la espalda de resultas de un accidente de coche. Al igual que Leah, Nikki Bates carecía de familia, y fue ella quien se quedó a su lado en el hospital, ayudándola en todo lo posible hasta que finalmente la enviaron a casa. Y nadie lo sintió tanto como Leah cuando, pocas semanas antes de desaparecer, se enteró de que Nikki se había suicidado con una sobredosis de medicamentos.

El suicidio de alguien tan cercano a ella la había destrozado. Era

precisamente por esa razón por la que algunos investigadores habían apuntado la posibilidad de que se arrojara por el puente a propósito: una posibilidad que Roman había descartado con energía. Leah había sufrido demasiado con la muerte de Nikki para cargar a otra persona, en ese caso al propio Roman, con la culpa de su presunto suicidio.

Roman prefirió cambiar de tema; todavía no estaba preparado para hablar de su pasado. Ni para arriesgarse a que Leah lo recordara antes de que tuviera la oportunidad de convencerla de que ahora era un hombre distinto.

—¿Qué es esto? —le preguntó, extendiendo una mano hacia la artística creación de cuentas, plumas, ramitas y cordones de ante que decoraba una ventana. No tenía muchas obras en su apartamento, así que sentía una especial curiosidad por la que había elegido poner. Tenía que concentrarse en llegar a conocer a aquella nueva Leah.

—Un cazador de sueños.

—¿Qué? —nunca había visto nada parecido.

—Está inspirado en una antigua leyenda de los indígenas norteamericanos —le explicó, tocando los cordones de ante con cuentas que componían una red—. La red atrapa los buenos sueños, y el agujero del centro —deslizó los dedos por la abertura— sirve para que se escapen los malos.

—¿Tienes malos sueños? —se acercó a ella. Ansiaba tanto tocarla... Tuvo que cerrar los puños a los lados para dominar el impulso.

—Sí —asintió—. A veces.

—¿Sobre qué? —no pudo evitar preguntarle.

—No lo sé exactamente —repuso en voz baja, desviando la mirada—. Nunca me acuerdo muy bien de ellos —esa vez fue ella quien cambió de tema. Aspiró profundamente y lo miró de nuevo a los ojos—. ¿Por qué no bajamos a la oficina de Morrie para que puedas hablar con él por teléfono? Luego yo... —se encogió levemente de hombros, esbozando aquella sonrisa suya tan conmovedora— bueno, quizá te apetezca dar una vuelta por el paseo marítimo. Joey se quedará aquí con un par de camareras, así que podré estar un rato fuera. Si todavía tienes ganas, puedo enseñarte algo del pueblo.

—Me parece perfecto —dijo Roman. Forzó una sonrisa, sintiéndose

como un maldito mentiroso a pesar de sus buenas intenciones. Pero estaba dispuesto a seguir mintiendo, siempre que fuera necesario.

Necesitaba tiempo. Necesitaba volver a seducirla... y en esa ocasión necesitaba hacerlo bien.

Había perdido a Leah una vez, y no estaba dispuesto a perderla de nuevo.

Capítulo 3

¿Qué droga se habría tomado cuando decidió que ése podría ser un buen plan? Cierto, no tomaba drogas. Pero estaba segura de que cuando pronunció las palabras «si todavía tienes ganas, puedo enseñarte algo del pueblo», su estado no era del todo normal.

Morrie le había pedido que averiguara más cosas sobre el potencial comprador del Aleta de Tiburón. Quería vender el bar, pero no a cualquiera. Quería asegurarse de que no sería demolido, o despedida la plantilla. Pero se recordó que no debería haberle propuesto aquel plan a Roman: había sido una idea absurda, impulsiva. Y ella no era una mujer impulsiva. O al menos, si lo había sido antes, ya no lo era. Era cauta, cuidadosa, desconfiada.

Por lo demás, sabía perfectamente a qué se había debido su anormal estado de... excitación. Los hoyuelos que se dibujaban en las mejillas de Roman Bradshaw, al sonreír, le hacían pensar que no era tan peligroso como parecía. Pero se trataba de una ilusión. Era peligroso. Su exaltada reacción ante él era la prueba.

Y ahora estaba comprometida a pasar la mañana en su compañía. Gracias a Dios que no estaban solos.

La Aldea de los Contrabandistas hervía de actividad. En el paseo marítimo había una librería, una tienda de sandalias, otra de deporte, el típico tenderete de camisetas de recuerdo y un acogedor restaurante de comida tradicional. En la Cala Artesana artistas de toda clase y condición exponían sus obras y a veces incluso trabajaban por turnos en la tienda. A Leah le tocaba atender a los clientes una mañana a la semana.

—Así que éstas son tus obras —comentó Roman, señalando un muestrario de pulseras de cuentas.

Llevaba unos vaqueros azules con una camiseta que resaltaba su torso musculoso. Era un hombre muy atractivo, y Leah no era la única que lo había notado. La artista que estaba de turno en el mostrador había arqueado significativamente las cejas al verla entrar. Afortunadamente en aquel momento Marian estaba demasiado ocupada con un cliente para hacer otra cosa. Leah no pudo evitar sentirse incómoda. Había dejado claro a todo el mundo que no estaba interesada en salir con nadie, y no quería que ahora se llevaran una idea equivocada...

—Sí —respondió. Sólo entonces se dio cuenta de que las había señalado antes de que ella se lo dijera—. ¿Cómo lo has sabido?

—Oh, simplemente lo he adivinado. Me recuerdan la obra que vi en tu apartamento.

—Estos collares también son míos —le indicó unos que estaban expuestos cerca, de piedras y cristales—. Y los diseños de esa ventana —señaló un rincón de ropa, al lado de la puerta—. Siempre uso telas estampadas a mano de un estudio de Cayo Oeste.

—Son preciosas. Estoy impresionado.

Leah se fijó en sus manos, fuertes, de dedos largos. Se las quedó mirando sin darse cuenta. Ansiaba tocarlas, acariciarlas...

—Oh, no es para tanto. Sólo lo hago para divertirme —se obligó a desviar la vista de sus manos, disgustada por su propia reacción.

Roman se apartó del mostrador de joyería y se volvió hacia ella, mirándola intensamente a los ojos.

—Siempre haces eso.

—¿El qué? —inquirió, estremecida. Le había preguntado si la conocía de algo, y él había respondido que no. ¿Le habría mentado? ¿Cómo y dónde podía haberla conocido?

—Concederte poca importancia a ti misma. Tú nunca...

—Pero si no me conoces. ¿Cómo puedes decir eso?

—Tienes razón —bajó los ojos—. No sé por qué lo he dicho. Tus obras son estupendas, eso es todo. Era un cumplido. Sólo tienes que responderme «gracias» —estaba intentando bromear, pero Leah distinguió una extraña sombra de tristeza en su expresión.

—Gracias...

Sonó la campanilla de la puerta. El cliente acababa de abandonar la tienda. Marian se apresuró a acercarse, obviamente interesada en Roman...

Y Leah sintió una dolorosa punzada en el pecho.

—Hola, Leah —la saludó, aunque a quien estaba mirando era a él.

—Marian, te presento a Roman Bradshaw. Es de Nueva York. Está pensando en comprar el Aleta de Tiburón, y yo le estaba enseñando un poco el pueblo. Marian es ceramista —le explicó a Roman.

—Bienvenido a Thunder Key, Roman Bradshaw —le tendió la mano, sonriendo de oreja a oreja.

Roman se la estrechó. Marian era alta, rubia, con aspecto de segura de sí misma... Leah se dijo que, en resumidas cuentas, era todo lo que no era ella... Maldijo para sus adentros. ¿Estaría celosa? Nunca se había sentido así antes y no le gustaba nada. Marian era un encanto de persona, además de una buena amiga. Había sido ella quien la había invitado a incorporarse al grupo de la Cala Artesana. Estaba soltera y andaba a la «caza de hombres», como ella misma lo denominaba, mientras que la propia Leah se había ocupado de dejar muy claro que ése no era su caso...

De cualquier forma, odiaba la manera que tenía de mirar a Roman. La hacía sentirse posesiva, infantil, ridícula.

—Gracias —repuso él.

Leah le enseñó los trabajos de Marian, y Roman hizo algún comentario elogioso. Poco después éste le sugirió:

—He visto que venden cubos de pescado en la marina, para dar de comer a las morenas. ¿Qué te parece si damos un paseo por allí? Me gustaría tratar contigo de algunas cuestiones que Morrie me comentó por teléfono.

Una mezcla de sentimientos hizo presa en Leah. Por un lado, se sentía estúpidamente halagada de que no hubiera mostrado interés alguno por Marian. Era a ella a quien no dejaba de mirar. Razón por la cual, al mismo tiempo, se sentía tan terriblemente incómoda...

—De acuerdo —¿qué más podía decirle? Siempre y cuando hablaran de negocios, todo iría bien.

Aunque ésa no parecía la idea que tenía en mente mientras le abría galantemente la puerta y la guiaba del codo, saliendo al paseo.

—Adiós —se despidió Marian.

La campanilla sonó de nuevo cuando la puerta se cerró tras ellos.

—Creo que le has gustado —le comentó Leah minutos después—. Si tú... bueno, ya sabes, si estás interesado en divertirte un poco, en conocer la vida nocturna del pueblo... Marian es la persona más indicada. Es muy divertida y...

Se dio cuenta de que se había detenido en seco. Se volvió hacia él,

sorprendida.

—¿Estás intentando emparejarme? —parecía divertido.

La banda de reggae seguía tocando. El sol se derramaba sobre el paseo marítimo, rebosante de turistas, en el aire todavía levemente fresco de la mañana. Se avecinaba otro mediodía tórrido, característico de Thunder Key.

—No, yo... —no sabía qué decir. Se sentía como una idiota cada vez que abría la boca delante de aquel hombre—. Estás de vacaciones. Supongo que de alguna manera también estás trabajando, pero aun así... estoy segura de que querrás divertirte un poco y Marian...

—Mira, no estoy interesado en Marian. Y tampoco pienso intentarlo contigo. Pero si compro el bar, vamos a tener que trabajar juntos. Tú no estás interesada en mí. Eres lesbiana, lo entiendo. No tienes por qué decírmelo más veces. Quizá deberías salir tú con Marian...

Se sentía cada vez más estúpida, efectivamente... pero a pesar de todo no pudo evitar una carcajada.

—No lo creo.

—¿Sabes una cosa? Estás empezando a destrozarme la autoestima —se quejó, burlón—. Voy a necesitar una terapia si sigues recordándome lo mucho que no quieres salir conmigo —le tendió una mano—. ¿Amigos?

—Amigos —se la estrechó. Ante su contacto, volvió a sentir aquella familiar opresión en el pecho, pero... ¿qué otra opción tenía? A Morrie le había encantado saber que había alguien interesado en adquirir el bar, aunque todavía se mantenía precavido. Las cosas le estaban yendo bien en Nuevo México, y vender el Aleta de Tiburón significaría establecerse allí de manera permanente. Y ella estaba en deuda con Morrie.

De repente recordó sus palabras: «Si compro el bar, vamos a tener que trabajar juntos». ¿Cómo no se había dado cuenta antes de eso? De alguna manera había dado por supuesto que...

—¿Es que no piensas volver a Nueva York? Yo creía que esto no era más que una simple inversión para ti...

Salieron de la Aldea de los Contrabandistas y continuaron por el paseo, hacia la marina. La banda de música reggae seguía tocando.

—Pienso trasladarme aquí.

—Oh.

—Pareces decepcionada. Lo de la terapia iba en serio...

Sonrió, con un malicioso brillo en los ojos. Leah estaba impresionada. Había algo extrañamente contradictorio en aquel hombre. Su conducta y su aspecto eran tan reservados, tan formales... y sin embargo, cuando la miraba, un destello de conmovedora vulnerabilidad asomaba a su expresión. Por no hablar de aquellos deliciosos hoyuelos en las mejillas...

—No, estoy sorprendida, eso es todo.

—¿Puedes verme viviendo en los Cayos?

—No. Bueno, tú vienes de la gran ciudad, eres...

—¿Qué? Ni siquiera me conoces. ¿Cómo puedes decir eso? —citó las mismas palabras que ella le había espetado antes, lanzándole una mirada enigmática.

Leah se detuvo nuevamente en seco, mordiéndose el labio. Aquel hombre era demasiado peligroso. Y estaba tan cerca de ella, mirándola con aquella fijeza...

—Tienes razón —admitió—. No tenía derecho a decirte nada parecido. No sé en qué estaba pensando...

—Y sin embargo, no andas tan descaminada.

—¿Qué quieres decir?

—Yo pertenezco a la gran ciudad. La vida en los Cayos... no es la mía. O no lo era, al menos. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado —desvió la mirada hacia el mar.

Una terrible expresión de dolor se dibujó por un instante en su rostro. Leah se quedó consternada. ¿Estaría pensando en su esposa, la que murió en el accidente?

—Quiero que esa vida sea mía —terminó la frase en voz baja.

No quería sentir nada por él, pero en aquel instante deseó ser una mujer diferente, el tipo de mujer que pudiera abrazarlo en un impulso, reconfortarlo. Y convertirse en su amiga.

—¿Tú crees que la gente puede cambiar tanto?

La pregunta la tomó por sorpresa. Parecía como si su respuesta le importara mucho. Lo cual, sin embargo, no podía ser cierto.

—No lo sé —contestó, sincera—. Supongo que depende de las ganas

que tenga uno de cambiar.

Roman no dijo nada durante un rato.

—Venga. Voy a comprar uno de esos cubos.

Lo siguió al interior de la marina. Pagó un dólar por un cubo de pescado y salieron al embarcadero. Leah experimentó la habitual incomodidad que la asaltaba siempre que paseaba tan cerca del agua, pero la dominó. Seguía sin gustarle el agua. Evitaba nadar en el mar, pero se había acostumbrado a verlo cada día. Formaba parte de Thunder Key. El mar era hermoso, y el miedo que le tenía resultaba sencillamente inexplicable. A pesar de todo, había aprendido a vivir con él.

Había unos cuantos turistas, pero la mayor parte de los madrugadores estaban en la tienda de equipos de submarinismo. El aire era limpio, fresco, levemente salado. Mientras observaba a Roman, sintió el absurdo impulso de enterrar los dedos en su pelo, en un gesto perfectamente natural, y preguntarle por qué necesitaba cambiar.

—Tenías que hacerme algunas preguntas sobre el bar —fue lo que finalmente le dijo.

Negocio, trabajo. Necesitaba hablar de algo que la distrajera del deseo de abrazarlo y borrarle del rostro aquella expresión de tristeza.

—En realidad no se trata de ninguna pregunta. Sólo quería que supieras que nada va a cambiar, en caso de que estés preocupada por ello. Sé lo importante que es eso para Morrie —se apoyó en la barandilla, lanzó un pescado a las morenas y se volvió para mirarla—. Morrie insistió en que quería que te sintieras perfectamente segura en el bar. Se preocupa mucho por ti.

—Morrie es una bellísima persona —se quedó mirando las morenas, que poco a poco empezaban a amontonarse—. Ha sido como un padre para mí. Pero tú quieres comprar el bar, así que la decisión es exclusivamente tuya.

Al igual que le había sucedido con el miedo al agua, había aprendido a convivir con la incertidumbre de que Morrie había puesto en venta el bar. Sin pasado, ante un futuro incierto, el presente era lo único que tenía.

Y lo cierto era que, por muy padre que hubiera sido Morrie para ella, su familia estaba en otra parte. En Nuevo México, que era donde quería establecerse.

—Me gusta el Aleta de Tiburón así como está —afirmó Roman—. Y la gente también. Sólo quería que lo supieras. No voy a pedirte que abandones el apartamento y tampoco pienso cambiar a nadie de la plantilla.

—Necesitarás un lugar donde vivir.

—Por el momento estoy bien en el White Seas.

Al parecer tenía fondos ilimitados, si podía quedarse en el hotel de manera indefinida. Era uno de los complejos turísticos más caros de los Cayos precisamente porque se levantaba en la pequeña y tranquila Thunder Key.

Roman echó mano al cubo y lanzó otro pez a las morenas. Los pelícanos del muelle lo vieron y un par se acercó también. Leah recogió un puñado y un pelícano blanco se atrevió a comer directamente de su mano. Él hizo lo propio con otro, y en unos minutos vaciaron medio cubo.

Leah se echó a reír cuando uno de los pelícanos le pellizcó los dedos ávidamente, y alzó la mirada hacia Roman.

—Me gusta verte reír —le comentó—. Me parece que no te ríes lo suficiente.

Se puso seria al instante.

—Dime... ¿por qué quieres comprar un bar en los Cayos? —de nuevo el tema del negocio. Era la única manera de protegerse.

—Aquí pasé la luna de miel con mi mujer.

Era lo último que Leah había esperado oír.

—¿Aquí? ¿En Thunder Key?

—En el White Seas. Hace dos años.

El dolor que volvió a ver en sus ojos estuvo a punto de matarla. La urgencia de tocarlo resultaba casi insoportable. Había algo en él que la atraía contra su voluntad, con la fuerza irresistible de un imán.

Pensó que si dos años atrás habían estado allí de luna de miel, su esposa tenía que haber muerto muy recientemente. Y ahora había regresado. Le costaba imaginar lo que debía de sentir al estar allí de vuelta. Mucho dolor, desde luego.

—Yo habría imaginado que éste sería el último lugar donde querrías

estar —«o esconderte», añadió para sí. Porque el dolor hacía que las personas se escondieran. Pero Roman no se estaba escondiendo. Había ido directamente allí, al lugar que más dolor podía causarle—. ¿Sabes? Me siento como una estúpida. Estaba intentando emparejarte con Marian e incluso pensé que estabas interesado en mí. No tenía ni idea de que la pérdida de tu esposa había sido tan... reciente. Debe de haberte costado mucho volver aquí.

—Este es el único lugar donde quiero estar —volvió a apoyarse en la barandilla. De repente se levantó un fuerte viento, que casi se llevó sus palabras.

Leah tuvo que acercarse más para oírlo. La sal de la brisa se mezclaba con su aroma masculino.

—Lamento mucho lo de tu mujer —se preguntó qué se sentiría al amar a una persona y perderla luego, de repente. ¿Lo sabría alguna vez? ¿O lo había experimentado ya y no se acordaba? Ésa era una de las cosas que más la asustaba: pensar que podía haber alguien, en alguna parte, echándola de menos.

—Fui un canalla —le confesó Roman de pronto, sorprendiéndola de nuevo y clavando en ella sus ojos oscuros—. No fui un buen marido durante nuestro matrimonio, y después ya fue demasiado tarde. La perdí. Pero no me compadezcas. Todo lo que sucedió fue culpa mía.

Metió la mano en el cubo y arrojó otro puñado de peces a las morenas.

—Eh, no seas tan duro contigo mismo —Leah intentó bromear para quitarle dramatismo a la situación—. Antes me dijiste que yo me concedía poca importancia. Lo tuyo es mucho peor...

—Creo que una persona siempre debe asumir la responsabilidad de sus actos. Sobre todo cuando se equivoca.

—Sí, eso es digno de admiración, pero aun así... Para un matrimonio se necesitan dos personas. No puedes echarle a ti toda la culpa.

—Ella lo hizo.

A eso sí que no supo qué contestar.

—Creo que el hecho de admitir tus errores, como estás haciendo ahora, dice mucho sobre ti. A mí no me pareces ningún canalla.

No, no se lo parecía. De hecho, sabía que la coraza de la que se había

rodeado se resquebrajaba cada segundo que pasaba en su compañía. Y eso era malo. Muy malo.

Ella no tenía nada que ofrecer a un hombre como Roman Bradshaw. Ni un pasado ni un futuro, apenas un presente. Tenía sólidas razones para no comenzar una relación, y el hecho de que Roman fuera tan endiabladamente atractivo y tan buena persona no iba a cambiar nada.

Necesitaba imprimir otro rumbo a la conversación. Pisar terreno firme.

—Morrie me dijo que te facilitara todo lo que necesitas. Si quieres revisar los libros de contabilidad hoy mismo, te los prepararé. Los he estado llevando yo, junto con el bar, desde que se marchó a Nuevo México, así que puedo informarte de todos los detalles.

—Estupendo —lanzó un pescado más al agua y ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

El muelle se estaba llenando de turistas procedentes de otras islas, en busca de la mayor tranquilidad de Thunder Key.

—¿Sigues buceando? —le preguntó Roman una vez que terminaron el cubo.

«¿Sigues?». Leah se lo quedó mirando asombrada.

—Bueno, creía que te gustaba bucear. Era una intuición —se apresuró a explicarse.

—No, no. Yo no buceo. De hecho, le tengo fobia al agua.

Se la quedó mirando fijamente.

—¿Vives en una isla de tres kilómetros de ancho y le tienes miedo al agua?

—Eso es. Bueno, no me importa mirar el mar. Meterme es otra cosa.

—¿Tienes alguna idea del origen de esa fobia?

Leah negó con la cabeza. Roman recogió el cubo y empezaron a andar hacia la entrada de la marina.

—Soy de la opinión de que una persona debe superar sus miedos enfrentándose a ellos.

—No te gustaría verme sufriendo un ataque de pánico. No es un espectáculo muy agradable.

Roman se detuvo en seco.

—¿Tienes ataques de pánico? —inquirió, preocupado.

—Me temo que le estoy causando una impresión bastante penosa a mi futuro jefe —intentó bromear—. Tengo miedo de salir con hombres, tengo miedo del agua, me dan ataques de pánico... Pero te juro que estoy perfectamente capacitada para trabajar en el bar. No me desmayo delante de los clientes, eso te lo garantizo —lo miró, y de repente se puso seria—. Era una broma...

—Tranquila. Yo no creo que estés loca —ladeó la cabeza—. Creo que eres todo lo que Morrie me aseguró que eras.

Lógicamente se preguntó por lo que le habría dicho Morrie. Llegaron a la entrada de la marina y Roman devolvió el cubo. Había un lavabo para lavarse, y cuando terminaron, volvió a abrirle galantemente la puerta. No sólo era inteligente, rico y guapísimo, sino que además era educado, caballeroso, tierno. Se dijo que necesitaba descubrirle algunos fallos urgentemente. Se recordó que apenas lo conocía y que no tenía ninguna razón para confiar en él.

—Tengo que volver al bar —le dijo de pronto.

—Pensaba que no tenías que volver hasta después.

Se había olvidado de lo que le había dicho antes.

—Podría enseñarte los libros de contabilidad —cualquier cosa sería preferible a aquel paseo—. Supongo que no querrás que te dé demasiado el sol... —se apresuró a añadir, buscando más razones para volver al bar—. Yo estoy acostumbrada, pero tú no. El sol aquí es más fuerte de lo que parece, hay muchos turistas que se queman. Por cierto, que no se te ocurra bañarte en el mar por la noche: a esas horas es cuando los tiburones están más activos. Los mosquitos también son terribles. Y necesitarás unas gafas de sol para protegerte de los rayos ultravioleta...

Se interrumpió. La estaba mirando con una enigmática expresión de curiosidad. Parecía leerle el pensamiento... Y Leah odiaba eso. Le entraron ganas de echar a correr.

—No quería que te sintieras incómoda... ni tampoco quitarte demasiado tiempo. Volvamos ya al bar.

Lo había estropeado todo. En aquel momento se sentía como una

estúpida.

—No, no, mejor daremos un paseo por el pueblo. Morrie me pidió que hiciera todo lo posible por ti, y yo se lo debo... todo. Si quieres que te enseñe algo más...

—¿Me acompañarías a comprarme unas gafas de sol? —su voz volvía a adoptar una nota burlona.

—Bueno, no te vayas a pensar que antes, cuando te dije todas esas cosas... quería deshacerme de ti... —balbuceó, ruborizándose.

Ciertamente Roman lo sospechaba, pero no pensaba discutir eso con ella.

—Me alegro, porque no me voy a ir a ninguna parte. He venido aquí para quedarme.

Precisamente eso era lo que más temía ella.

Capítulo 4

Roman quería ir mucho más rápido, pero sabía que ella no estaba preparada.

Estaba sentado en la oficina de Morrie, con los libros de cuentas abiertos frente a él, fingiendo investigar si el bar era o no rentable. Pero lo único que le importaba era descubrir por qué Leah parecía tan asustada... y no sólo de él, sino de todo. Tenía fobia al agua. Eso lo había dejado impresionado. A Leah siempre le había encantado nadar. Había sido ella quien insistió en que aprendieran a bucear con la licencia correspondiente antes de viajar a Thunder Key. No había sentido ningún miedo. Juntos habían explorado la cadena de arrecifes, buceando con bombona y a pulmón en las rocas, o jugando como críos en las tranquilas aguas de la barrera coralina.

Y ahora tenía miedo de lo que más le había gustado y amado: el agua. ¿Le recordaría el accidente, el coche precipitándose al río desde el puente? Ni siquiera quería imaginárselo. ¿Qué habría pasado realmente? Leah no sólo tenía miedo del agua. Eso le hizo preguntarse si no le habría ocurrido algo peor aún aquella noche, algo inimaginable... Era como si tuviera miedo de la propia vida. Se reprimía. Y Leah jamás se había reprimido.

Iba a tener que ir muy despacio con ella, y eso sería lo más difícil que había tenido que hacer en toda su vida. Quería llevar la iniciativa, mantener el control. Para eso había nacido y lo habían educado en cada aspecto de su vida. Pero eso nunca le había funcionado con Leah.

Estuvieron paseando un rato por la ciudad antes de volver al bar. Thunder Key era como una versión en miniatura de un pueblo de Nueva Inglaterra, sólo que con senderos flanqueados de palmeras. Leah hizo de guía mientras paseaban. Había tiendas de alquiler de motos y galerías de arte al lado de restaurantes turísticos.

—El Aleta de Tiburón es un local mucho más típico, más tradicional. A Morrie le gustaba más así. Por supuesto, tú podrías cambiar el aspecto del negocio para conseguir publicidad y...

—Quiero conservarlo tal cual está ahora —había insistido Roman—. Si lo único que me importara fuera el dinero, me habría quedado en Nueva York.

Ése había sido el nivel más personal que había alcanzado su conversación. Roman cerró los libros. El bar era rentable. Las facturas se

pagaban puntualmente y la plantilla parecía estable y de confianza. Pero no quería apresurarse demasiado. ¿Y si Leah abandonaba Thunder Key? No tenía garantía alguna de que fuera a quedarse después de que él comprara el negocio. Aunque por el momento parecía sentirse obligada a hacerse cargo del mismo mientras se tramitara su venta.

No estaba en absoluto dispuesto a apresurar las cosas. Y Morrie tampoco tenía mucha prisa. Obviamente, quería saber a quién iba a venderle el bar y qué iba a suceder después. Morrie había evitado cuidadosamente facilitarle cualquier información personal sobre Leah, pero se notaba que el viejo la respetaba y apreciaba muchísimo. Por lo que le había dicho, la consideraba una mujer inteligente, trabajadora, de confianza... La lista de cumplidos era interminable.

Pero por mucho que se alegraba de que hubiera sido un hombre tan bueno y cariñoso como Morrie quien acogiera a Leah, seguía incomodándolo que se tratara de un extraño. ¿Por qué no había recurrido a él? Había perdido la memoria y se había refugiado en Thunder Key. ¿Por qué?

Se volvía loco de pensarlo. Había un rincón en su corazón que quería creer que había llegado allí instintivamente, atraída por los felices momentos que habían compartido en Thunder Key. Pero ella seguía sin acordarse de él.

El teléfono de la oficina sonó en aquel instante. No lo descolgó. Estaba conectado a la misma línea que el del bar, y además no esperaba que lo llamaran allí. Pero Joey asomó de repente la cabeza por la puerta y lo informó de que la llamada era para él.

Debería haberlo adivinado.

—Hola, amigo.

—Hola, Mark.

Debería haber adivinado que su madre no aceptaría resignada la decisión que había tomado de aislarse y comprar un bar en las islas. Y como nadie más había conseguido hacer carrera con él, le había encargado el trabajo a su cuñado.

—Así que es cierto. Vas a comprar un bar en los Cayos.

—Sí, voy a comprar un bar en los Cayos —repitió mecánicamente—. ¿Puedo ayudarte en algo concreto, Mark? En este momento estoy bastante ocupado.

—Sólo quería saber cómo estás. Estamos preocupados por ti.

—Te lo agradezco, pero puedes decirle a todo el mundo que todavía no estoy para que me coloquen el chaleco de fuerza. Estoy realizando una inversión, eso es todo. Haciendo negocios.

—Espero que sea así —repuso Mark, y vaciló durante unos segundos antes de añadir—: Roman, esas preguntas que estuviste haciendo el otro día, acerca de la amnesia...

—¿Qué pasa? —inquirió, tenso.

—¿Por qué me las hiciste?

—No tengo tiempo para hablar, Mark.

—Roman, sé que cuando una persona pasa por una experiencia de enviudamiento, a veces cree reconocer en los rostros de la gente a la persona que ha perdido. Nunca se encontró el cuerpo de Leah, y eso es algo duro de soportar, pero está muerta. Es del todo imposible que sobreviviera. Si crees que vas a encontrarla de nuevo en Thunder Key, si te has imaginado absurdamente que pudo haber sobrevivido al accidente y se encuentra viviendo en la actualidad en esa isla, con amnesia...

Roman cerró los ojos, frustrado. Su presión sanguínea se estaba acercando peligrosamente al punto de peligro.

—No tiene sentido seguir regodeándote en el dolor por la muerte de esa chica. Siento mucho su muerte. Todos lo sentimos. Pero tienes que mirar hacia el futuro. Detesto decirte esto, pero estás mejor sin ella y...

Ya estaba. Lo había conseguido.

—No estoy mejor sin ella. De hecho... ino pienso estar sin ella! —maldijo para sus adentros. No había querido decirle eso. El hecho de volver a ver a Leah había trastornado completamente sus emociones.

—Eso suena a locura, Roman. Eso fue lo que te hizo. Te volvió loco. Desde que te casaste con ella, no volviste a ser el mismo.

—No, fui yo mismo después de casarme con ella, y ése precisamente es el problema.

—El problema es que te casaste con la mujer equivocada. Y murió. Fue una tragedia, pero ya ha pasado. Necesitas ayuda, Roman. Necesitas...

—Necesito a Leah. Y no me importa lo que tú o cualquier otro penséis

al respecto. No estoy loco. Ella está aquí, Mark. Está viva —no había querido decírselo. Le entraron ganas de colgar el teléfono de frustración, pero no podía dejar las cosas así—. No sé lo que sucedió aquella noche, cuando su coche se precipitó por el puente, pero pienso averiguarlo. Y tú te vas a mantener al margen.

—Roman...

—No digas una sola palabra de esto a Gen o a mis padres. Ya sabes cómo son y lo que pensaban de Leah, de nuestro matrimonio. Con todo el asunto que tengo entre manos en estos momentos... no necesitan saberlo para nada. Al menos de momento. Eso los disgustaría, los alteraría demasiado, y lo sabes perfectamente. Que no se te ocurra venir a los Cayos. Y no vuelvas a llamarme. Dile a mi familia que estoy bien, porque te juro que es la verdad. Eso es todo lo que necesitan saber por ahora —soltó un profundo suspiro. Tenía que conservarlo de su lado—. Mark, sé lo mucho que amas a Gen. Imagínate cómo te sentirías si desapareciera y un día la volvieras a encontrar. Necesito tiempo. Confío en que tú me lo darás.

Su cuñado se quedó en silencio por unos instantes.

—De acuerdo. No le contaré a nadie que has visto a Leah... si realmente es ella. Tienes razón. Esa información podría alterarlos bastante. Pero ten cuidado. Hablo en serio.

Roman colgó y se dirigió directamente a la cocina con la esperanza de encontrar allí a Leah. Tenía que verla de nuevo. Había experimentado una sensación tan extraña al confesarle a alguien que estaba viva... Sin duda Mark pensaría que estaba loco de atar. A veces hasta él mismo lo pensaba. Cada vez que la perdía de vista, se ponía a pensar que se lo había imaginado todo...

¿Podría confiar en Mark para que no dijera nada a nadie? Seguridad no tenía ninguna. De lo que estaba seguro era de que si a alguien de su familia se le ocurría entrometerse de nuevo en su relación con Leah... lo pagaría bien caro.

Joey estaba vertiendo sopa de pescado en una gran fuente.

—Leah me dijo que te sirvieras tú mismo —le dijo—. Si estás pensando en comprar el bar, deberías averiguar al menos si te gusta mi cocina.

—¿No cocina ella? —había sido la peor cocinera del mundo, un detalle que siempre le había parecido singularmente curioso teniendo en cuenta su

creatividad en tantas otras actividades.

—No, Leah es un desastre con la cocina, según sus propias palabras — se lo quedó mirando fijamente—. ¿Estás verdaderamente interesado en el bar o simplemente estás intentando ligar con ella?

—Bueno, ¿por qué no me dices directamente lo que piensas tú? — replicó Roman con tono seco.

—Hoy andamos mal de gente. Una de las camareras se ha puesto enferma. ¿Quieres ayudar?

Roman se dijo que, por el momento, no iba a conseguir mucho más de aquel desconfiado cocinero.

—De acuerdo —en Nueva York se sentaba detrás de un escritorio y lo dirigía todo. En los Cayos era simplemente un tipo más, aunque fuera a convertirse en el nuevo jefe de Joey. Tendría que probarse a sí mismo. Le sorprendía que no le importara. De hecho, se lo tomó como un desafío—. ¿Adonde va esto? —recogió la fuente de sopa.

Mientras llenaba una segunda, Joey le señaló una hoja con la disposición de las mesas numeradas, vieja y arrugada, clavada en la pared.

—Mesa seis.

Con una fuente en cada mano, Roman atravesó las puertas giratorias que separaban la cocina del bar. El teléfono estaba sonando detrás de la barra. Leah terminó de servir una cerveza y lo descolgó.

—Aleta de Tiburón.

Roman sirvió a la mesa seis. Cuando se volvió hacia la barra, se encontró con que Leah lo estaba mirando extrañada. Colgó el teléfono.

—¿Ahora te has puesto a servir mesas?

—Pues sí. Para conocer el negocio de pies a cabeza. Es mi manera de funcionar.

—Muy bien —empujó una bandeja hacia él y le dio un par de cervezas—. Esto es para la mesa que está al lado de la puerta.

Durante la siguiente hora y media Roman hizo incontables viajes entre la cocina, la barra y las mesas. Advirtió que Leah procuraba conversar con todos los clientes. Sonreía a todos con aquella maliciosa y mortal sonrisa suya... a todos menos a Roman. Cuando sus miradas se encontraban, su

expresión se oscurecía inmediatamente, como si algo la asustara...

Intentó pensar en diferentes maneras de acercársele sin asustarla, pero no se le ocurría ninguna... Mirarla sin poder tocarla, verla estando tan cerca... era una verdadera tortura.

La clientela empezó a retirarse, y Joey se atrevió incluso a ponerlo a fregar platos. Roman estaba seguro de que el cocinero lo estaba poniendo a prueba. Se lo tomó como otro desafío y lavó y secó cada plato como si estuviera ganando una fortuna en Wall Street con ello.

Para cuando estaba terminando, tenía las manos enrojecidas por el agua caliente. Llevaba un buen rato sin ver a Leah. En aquel preciso instante oyó abrirse la puerta giratoria.

—Cuidado —exclamó al ver que se detenía justo a su espalda, a punto de tropezar con él. Iba cargada con una bandeja llena de jarras de cerveza.

Podía oír el teléfono sonando en la barra, que para entonces ya se había vaciado de clientes.

—Y ahora estás fregando platos. Realmente te estás comprometiendo a fondo con el bar.

—Morrie me sugirió que adquiriera una experiencia de primera mano —explicó Roman. El pequeño lavaplatos de la estrecha cocina estaba cerca de la puerta. Leah se había quedado allí de pie con la bandeja, con aspecto de querer darse la vuelta en cualquier momento.

Pero él no estaba dispuesto a permitirselo. Recogió un plato mientras pensaba en algo que decirle para que se quedase.

—Y bien... —empezó sin una idea muy clara, volviéndose para mirarla al tiempo que dejaba el plato en el escurridor— ¿cuándo soléis recoger...?

—¡Leah! —la llamó Joey, empujando en aquel instante las puertas giratorias.

Leah intentó apartarse pero perdió el equilibrio.

La bandeja de las cervezas se balanceó peligrosamente.

Roman apenas tuvo tiempo de volverse. Leah soltó la bandeja con las jarras, unas vacías, otras no, a la vez que se precipitaba hacia delante. Directamente hacia él. Consiguió sujetarla, pero empapándola al mismo tiempo con su delantal. Las cervezas se estrellaron contra el suelo, salpicando a todo el mundo.

Por un segundo, un increíble segundo, se dejó envolver en sus brazos. El corazón de Roman se disparó de emoción. No pensó en nada, simplemente reaccionó. Y mientras la sujetaba contra su pecho, cerró los ojos y respiró su aroma.

—Oh, Dios, lo siento... —oyó que se disculpaba Joey.

Leah se apresuró a apartarse de Roman, que se había quedado consternado, estupefacto. Por un instante la había vuelto a tener en sus brazos. No había podido imaginar lo maravilloso... y a la vez terrible que podía llegar a ser algo así.

—No pasa nada, estoy bien —pronunció ella—. Un poco mojada, eso es todo —forzó una carcajada—. Qué desastre...

—Yo lo limpiaré —se ofreció Roman—. Vete a cambiarte, si quieres.

Se le dibujaban los senos en la camiseta empapada. Fue a buscar una escoba y un recogedor.

—Venía a avisarte de que te llamaban por teléfono, Leah —la informó Joey.

Roman le quitó la escoba de las manos.

—Yo me encargo.

—Gracias —seguía sin atreverse a mirarlo—. ¿Quién es? —le preguntó a Joey.

—No sé. Alguien que pregunta por ti.

Leah desapareció tras las puertas giratorias. Minutos después Roman terminó de recogerlo todo y salió a la barra. La vio detrás del mostrador, con la mirada fija en el teléfono.

—¿Todo bien?

—Sí —asintió. Le lanzó una rápida mirada y cruzó los brazos sobre los senos. La camiseta se le había pegado completamente a la piel—. Tengo que cambiarme. No quiero que los clientes piensen que estamos organizando un concurso de camisetas mojadas... —bromeó, y se dispuso a marcharse.

—¡Espera!

Se volvió, mordiéndose el labio.

—Lamento lo de antes. No pude evitar mojararte con el delantal y...

—No fue culpa tuya. Gracias por haberlo limpiado todo.

—Oye... ¿qué te parece si recogemos unas cuantas cosas de aquí y allá que hayan sobrado en la cocina... y comemos en la oficina de Morrie? Tengo un par de preguntas que hacerte —no tenía ninguna pregunta, pero ya se le ocurriría alguna—. Te prometo que no muerdo. Fuerte no, al menos.

Leah se echó a reír. Y esa vez sí que se atrevió a mirarlo directamente a los ojos.

—De acuerdo.

«Paso a paso», se dijo Roman. Pasos pequeños, pero constantes.

Quería volar, pero se conformaría con un paso pequeño cada vez. Por el momento.

Leah subió por la escalera trasera. Se sentía extraña, tensa. No sabía si era porque unos minutos antes había caído literalmente en los brazos de Roman, todo músculo, por cierto... o porque alguien le había colgado dos veces el teléfono.

Le aterrizzaba que le colgasen el teléfono sin responder. Y lo habían hecho dos veces. La primera vez probablemente se habían equivocado de número. No era raro que llamaran por equivocación al Aleta de Tiburón creyendo que habían marcado el número de otra persona. Pero la segunda vez alguien había preguntado a Joey por ella. Y luego había colgado. Tal vez no fuera nada, pero le inquietaba igualmente. Cualquier cosa que se saliera de la normalidad la inquietaba.

Roman, por ejemplo.

¿Cómo habría podido negarse a comer con él? Había sido una petición perfectamente inocua. Estaba interesado en el bar. No tenía motivos para pensar otra cosa. Morrie le había asegurado que revisaría sus antecedentes. Se preguntó si habría encontrado algo.

Cuando llegó a su apartamento, cerró la puerta y se quitó la camiseta mojada. Limpió con una toalla las manchas de cerveza y sacó otra de un cajón. Rosa fuerte, como sus uñas. Con el número trece estampado al frente.

Le gustaba el número trece. Como siempre, no sabía por qué. Pero aquella camiseta la había atraído desde el instante en que la vio en la Aldea

de los Contrabandistas. Al igual que la había atraído Roman. Desde el primer momento.

Pero también había algo en él que la inquietaba, y no sabía discernir si era precisamente por la intensa atracción que le suscitaba... o porque era alguien de su pasado. O quizá le recordara a alguien de su pasado. Le había dicho que no se conocían. Pero confiar en Roman no era fácil...

Descolgó el teléfono y se instaló cómodamente en el sillón.

—Hola, Morrie.

—¿Cómo está mi chica?

—Bien —el simple hecho de escuchar la voz de Morrie siempre lograba tranquilizar sus nervios. Lo echaba de menos. Echaba de menos esa estabilizadora presencia en su vida. Pero tenía que acostumbrarse a su ausencia. Porque eso sería precisamente lo que sucedería si llegaba a vender el bar. Se trasladaría a Nuevo México, y ella no podría seguir dependiendo de él para siempre—. Sólo quería informarte de cómo van las cosas.

Mentía. En realidad sólo quería volver a escuchar su voz paternal. Le habló del paseo que había dado por el pueblo con Roman, y de la ayuda que les había prestado en el bar. Morrie la escuchaba con atención.

—Ahora mismo íbamos a hablar de los libros de cuentas en tu oficina. Quería decírtelo para saber si estarías localizable, en caso de que tenga alguna pregunta que hacerme que no pueda contestar.

—Estaré aquí —le aseguró Morrie—. Por cierto, he hecho un par de llamadas a Nueva York. El apellido Bradshaw es bien conocido allí. Roman es uno de los herederos de una multimillonaria dinastía. Su familia posee Bradshaw Securities, entre otras muchas empresas. Es una especie de agencia comercial de Wall Street. Está forrado de dinero. Al parecer su esposa murió hace algún tiempo y ha renunciado a llevar la compañía.

Leah apretó con fuerza el auricular. No sabía si sentirse aliviada o más preocupada aún. Roman Bradshaw era real. No era ningún maníaco con ganas de jugar con ella que estuviera utilizando el bar como excusa. Y era cierto que había perdido recientemente a su mujer. Lo cual también quería decir que tenía el dinero necesario para comprar el bar. Y que en el futuro formaría parte de su vida, a no ser que ella decidiera marcharse antes. Pero ésa era una opción que jamás había contemplado y que no iba a contemplar

ahora. Thunder Key era el único hogar que conocía.

«Supéralo, Leah. Sólo es un hombre», se dijo. Pero era el hombre más sensual y maravilloso que había visto en su vida, con los ojos más tristes del mundo y la sonrisa más hermosa... Todo a la vez.

Morrie le prometió que no se apartaría del teléfono por si necesitaba llamarla con alguna pregunta y se despidieron. Se levantó del sillón. Ya era hora de bajar a la oficina.

Se echó un rápido vistazo en el espejo del cuarto de baño y decidió cepillarse el pelo. Había sacado su lápiz de labios cuando se detuvo de repente. ¿Qué estaba haciendo? Aquello no era una cita.

Bajó las escaleras. Roman la estaba esperando en la oficina con dos platos preparados por Joey en el escritorio. Servilletas. Una botella de cerveza para cada uno. Incluso había traído ketchup y salsa tártara.

—Gracias —se sentó.

Había sacado una silla plegable de alguna parte, dejándola a ella el viejo pero cómodo sillón de Morrie. Lo malo era que no iba a sentirse en absoluto cómoda. No con Roman Bradshaw sentado a su lado mirándola de aquella forma...

—Adelante —la animó al ver que no empezaba a comer.

Leah mojó un pedazo de pescado en la salsa tártara. Cuando alzó la mirada, lo sorprendió observándola. Era una mirada apreciativa pero a la vez extrañamente seria. Como si se estuviera asomando a su alma.

—Si sigues mirándome así, creo que no voy a ser capaz de comer. Y tengo hambre.

Roman parpadeó varias veces, volviendo a la realidad.

—Lo siento. Sólo estaba pensando...

—¿En qué? —se llevó un bocado a los labios.

—Me estaba preguntando si eras de aquí.

—Ya ni me acuerdo de dónde vivía antes —respondió. Lo cual era rigurosamente cierto. Detestaba mentir a la gente, y ésa era una de las razones por las que había evitado intimar demasiado con nadie—. ¿Qué hay de ti? —inquirió, contraatacando.

—Me crié en Manhattan —bebió un trago de cerveza y volvió a dejarla

sobre el escritorio—. Siempre he vivido allí. Mi familia posee una compañía financiera.

Lo había dicho sin darle ninguna importancia. Pero Leah sabía que la tenía, a juzgar por lo que le había dicho Morrie. Una dinastía multimillonaria: así la había llamado. Ni llevando aquella camiseta medio mojada y aquellos sencillos vaqueros, Roman Bradshaw parecería nunca un tipo normal. Exudaba poder y riqueza.

Siguió comiendo.

—¿Y qué les parece a ellos que hayas abandonado el negocio familiar?

—No están muy contentos —respondió entre bocado y bocado.

—Quizá deberías cambiar de idea y volver...

Le parecía absurdo que quisiera renunciar a toda su vida anterior. Sobre todo cuando, al contrario que en su caso, él sí que podía recordarla.

—No lo creo —la miró directamente a los ojos—. Mi antigua vida... es como si perteneciera a otra persona. Ya no es la mía. No quiero tener nada que ver con el tipo que fui. Ese tipo era un canalla. Lo único que lo preocupaba era el trabajo y el dinero. Tenía la lista de prioridades al revés.

Leah maldijo para sus adentros. Otra vez la conversación se estaba tornando demasiado personal.

—Mi mujer quería que me tomara las cosas con calma. «Relájate», me decía. Yo la ignoré completamente.

—Es duro perder a alguien a quien amas... —repuso ella. Pensó que, obviamente, cargaba con una inmensa culpa sobre sus hombros.

—¿Tú has perdido alguna vez a alguien a quien amabas? —formuló la pregunta en voz baja, pero mirándola tan intensamente como si le estuviera taladrando el alma.

Leah bebió un trago de cerveza.

—No —pronunció al fin—. Yo sólo... estaba intentando imaginarme lo que se sentiría.

Roman desvió la mirada.

—Tienes suerte.

—Piensas mucho en tu esposa —no era una pregunta. Se veía que pensaba constantemente en ella.

—A cada instante —seguía sin mirarla—. Al principio, pensé que lo superaría. Como cuando te fracturas un hueso. Pero no es así.

Esa vez sí que la miró directamente a los ojos. Y el dolor que Leah vio en ellos casi le partió el corazón.

—Nunca se supera la pérdida de alguien así. Sobre todo cuando la culpa fue tuya. Pero se puede cambiar. Y eso es lo que estoy decidido a hacer. He aprendido muchas cosas... sobre mí mismo, sobre ella, sobre las cosas que verdaderamente importan en la vida. La verdad, no sé por qué te estoy contando todo esto... Nos conocemos hace poco. No tienes ninguna necesidad de escuchar los quebraderos de cabeza de un pobre loco...

—No, no pasa nada... —tenía la sensación de que no solía hablar de su esposa con todo el mundo. Era un hombre reservado, pero al mismo tiempo se había abierto a ella. Quizá fuera por el hecho de encontrarse en Thunder Key, el destino de su luna de miel, o tal vez porque ella misma le había dejado claro que su amistad era lo único que tenía que ofrecerle—. Eh, yo también estoy un poco loca. Creo que eso ya te lo he demostrado suficientemente.

—Es cierto —se echó a reír—. Al menos tenemos algo en común.

Le devolvió la sonrisa, pensando que aquellos hoyuelos suyos en las mejillas eran sencillamente encantadores...

—¿Sabes? —se puso seria de nuevo—. Creo que deberías ir a un psicólogo o algo así. Es decir, te lo estoy diciendo como amiga —«y como hipócrita», añadió para sus adentros, ya que ella misma se había negado a buscar ese tipo de ayuda.

—Estoy bien. Lo que necesito es Thunder Key.

—Sí, creo que hay algo curativo en estas islas —no podía menos que estar de acuerdo con él—. El sol, la arena, el mar, la libertad. Caminar descalza. Sin pasado, sin problemas...

La miró de una forma muy extraña, pero al menos no le preguntó por lo que había querido decir. Era un alivio.

—Es extraño, pero nunca hace frío aquí —comentó para cambiar de tema—. El sol calienta casi todos los días del año. Por eso lo llaman el paraíso. Cuando llueve en Miami, aquí está seco. Cayo Oeste es la ciudad más seca de Florida. Si no fuera por los huracanes, los Cayos serían perfectos —vuelta al tiempo: el tópico más seguro. Roman pareció seguirle

la corriente, porque abrió los libros de cuentas de Morrie. Le hizo varias preguntas mientras continuaban comiendo. Leah estaba segura de que el Aleta de Tiburón era una minucia al lado de los negocios que estaba acostumbrado a llevar, pero era un hombre meticulado, como él mismo se había encargado de señalarle. No se perdía un detalle de nada.

De repente sonó el teléfono y ella se apresuró a descolgarlo.

—Aleta de Tiburón.

—Sé quién eres. Y sé lo que has hecho —pronunció una voz al cabo de un corto silencio.

Ni siquiera se dio cuenta de que el auricular se le había caído al suelo.

Capítulo 5

Se quedó completamente pálida. El auricular cayó al suelo con un golpe sordo. Roman pensó por un instante que iba a desmayarse, pero lo que sucedió fue peor aún.

Nunca antes había presenciado un ataque de pánico semejante.

—Leah, ¿qué ha pasado? —le tomó una mano. Tenía los dedos fríos, temblorosos, y aun así podía ver las gotas de sudor corriéndole por la frente.

Retiró las manos y se agarró el estómago.

—Oh, Dios mío, voy a vomitar —susurró y se cubrió la boca con la palma, levantándose de un salto.

Corrió fuera del despacho, con los ojos desorbitados, seguida de Roman. Abrió rápidamente la puerta de su apartamento.

Se sintió desgarrado. Por un parte quería volver al despacho y averiguar quién se había puesto al teléfono, para descubrir qué diablos había sucedido. Pero por otra no podía dejar a Leah sola. La encontró apoyada en la cómoda.

—Vete —le gritó con voz ronca.

—No.

No podía verle la cara. Ella no quería mirarlo. Seguía con una mano en la boca, medio encogida, temblando. Quiso tocarla, reconfortarla, pero sabía que lo rechazaría. Se sentía impotente, una sensación que odiaba más que nada en el mundo.

—¿Quién estaba al teléfono?

—No lo sé.

—¿Entonces qué...?

—Te lo estoy diciendo. No lo sé —la cabeza le daba vueltas. ¿Habría sido real aquella voz? ¿O habían sido imaginaciones suyas? Las dos llamadas de antes la habían dejado asustada, y quizá había creído escuchar aquella voz pronunciando esas palabras. Palabras que había escuchado en sus pesadillas. En aquel momento estaba fuera de control, aterrada... y, para colmo, en compañía de Roman Bradshaw.

Estaba temblando. No podía pensar con coherencia. El corazón se le

aceleraba. Tenía miedo... de morir. Estaba aterrorizada. No tenía sentido, nunca lo tenía. Odiaba aquellos ataques de pánico. La irritaba no poder controlarlos.

—Estoy bien —murmuró. Gracias a Dios que no había vomitado—. Déjame sola —«por favor», suplicó para sus adentros.

—No, no estás bien. No sé lo que te ha pasado, pero no pienso dejarte sola.

Su voz era tan reconfortante... Si se le ocurría abrazarla en aquel preciso momento, apoyaría la cabeza sobre su pecho y lloraría. Pero... no podía hacer eso. Parpadeó varias veces y aspiró profundamente.

—No voy a explotar ni nada parecido —intentó bromear—. No es para tanto.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres que te traiga algo?

—No, ya estoy bien, de verdad —le aseguró al cabo de un momento—. No voy a vomitar.

Menos mal. Lo había superado. Por el momento.

Roman la ayudó a erguirse. Sentía las rodillas como si fueran de gelatina.

—Vamos —la llevó al sillón. Buscó luego un vaso en la minúscula cocina y lo llenó de agua—. Bebe.

Tomó un sorbo. Le costaba tragar el nudo que tenía en la garganta. Los ataques de pánico le producían siempre una sensación de ahogo.

—¿Cuánto tiempo llevas con estos ataques?

—Una temporada —bajó el vaso. La mano apenas le temblaba ya—. Es un poquito embarazoso. Más bien bastante embarazoso.

Se sentó a su lado. Sin tocarla, pero casi. Leah evitaba su penetrante mirada clavando los ojos en sus piernas, enfundadas en los vaqueros. Tenía unas piernas muy largas...

—Gracias por... estar aquí —le dijo—. Para tu información, no estás obligado a quedarte cuando me pasen estas cosas —intentó reírse de nuevo, pero casi le salió un sollozo. Se mordió el labio, todavía con aquel doloroso nudo en la garganta.

La sorprendió sentir el cálido contacto de sus dedos en la barbilla

cuando la obligó a que lo mirara.

—Eh, no tienes por qué avergonzarte de nada. Pero estoy preocupado por ti. ¿Qué es lo que te ha pasado al teléfono? —la observó, frunciendo el ceño. No la tocaba, pero seguía cerca. Demasiado cerca.

—Nada. Es sólo... uno de esos estúpidos ataques de pánico. De repente algo me pasa por la cabeza y luego, cada vez que suena el teléfono, pierdo el control. Antes llamaron un par de veces para colgar enseguida, y ahora es el teléfono lo que me da miedo.

—¿Llamaron para colgar?

—Sí, hoy. Probablemente se equivocaron de número.

—Joey dijo que alguien preguntó por ti —le recordó él—. ¿Ésa fue una de las llamadas?

—Probablemente se cortó.

—¿Qué más te causa esos ataques de pánico? La verdad, no sé mucho de esas cosas.

Parecía genuinamente interesado, pero Leah se sentía extraña teniendo aquella conversación con él.

—Cualquier cosa —se encogió de hombros—. No tiene por qué tener sentido. Habitualmente no hay una explicación razonable. Los ataques de pánico desafían toda lógica —había leído textos sobre la ansiedad en la librería de Thunder Key. Había ciertas medicaciones que ayudaban a aliviar los síntomas en alguna gente, pero ella sabía que ésa no era la respuesta a su problema. Tenía algo en su cabeza, en sus recuerdos. Algo oscuro, amenazador, origen de todos sus miedos y pesadillas.

Y no quería saber lo que era.

—Mira, no puedo hablar de esto....

—Quizá lo necesites —insistió con tono suave.

—Debes de ser un poco masoquista si todavía quieres seguir escuchando mis problemas —se burló ella. Pero la tristeza persistía en sus ojos.

—Es que sé por experiencia propia que, guardándose algo, uno no consigue hacerlo desaparecer. Simplemente. Es lo que intenté hacer cuando murió mi esposa. Guardármelo, escondérmelo a mí mismo. Tenía miedo de

enfrentarme a ello.

Se levantó para acercarse a la ventana y se quedó mirando el mar.

—¿Cómo murió? —le preguntó Leah en voz baja—. Dijiste que fue un accidente.

—Un accidente de coche. Su coche se precipitó por un puente, a un río. Creyeron... me dijeron que se había ahogado. No puedo ni imaginar lo que debió de sufrir aquella noche. Tiene que ser aterrador.

No se lo pensó: simplemente se levantó y se dirigió hacia él. Parecía tan solo, con su oscura silueta recortada contra el cielo luminoso...

—La búsqueda se prolongó durante días. Tardaron en encontrar su coche.

Estaba impresionada. ¿Cómo habría podido sobrevivir Roman a aquel tipo de dolor? El simple hecho de imaginarse a alguien atrapado bajo el agua le provocaba náuseas, como le había sucedido hacía unos minutos.

—No me creí que hubiera muerto. Estaba seguro de que al final la encontrarían viva. No quería renunciar, perder la esperanza. Hasta que... ya no hubo más esperanza.

—¿Encontraron su cuerpo?

Días. Días de esperar a que encontraran el cuerpo de su mujer, a que lo sacaran del río.

Se volvió hacia ella y se la quedó mirando en silencio.

—No.

Se estaba muriendo de no poder abrazarla y confesarle: «Ahora ya te he encontrado». Pero no podía decirle eso.

—Es lo más duro que tuve que aceptar en mi vida —continuó—. Que no la encontraran. Que no estuviera conmigo. Que yo no pudiera hacer algo, cualquier cosa...

—Roman —susurró. De repente le puso una mano sobre la suya—. Si hubieras estado con ella, tú también habrías muerto.

Ya había pensado en eso. Muchas veces. Tantas como había deseado haber estado en aquel coche para precipitarse al río con ella. Hasta que regresó a Thunder Key.

—Lo más duro de la vida es el arrepentimiento —sentenció en voz baja.

Leah se lo quedó mirando con los ojos brillantes, emocionada. Y a él seguía doliéndole no poder abrazarla. Tuvo que conformarse con apretarle la mano.

—Cada día de tu vida es precioso, importante, quizá el último que tengas —sacudió la cabeza—. Vaya, ahora me estoy poniendo sentimental...

Vio que sonreía. Lo cual era precisamente lo que había estado esperando que hiciera.

—Creo que eres un gran tipo —le devolvió el apretón—. Y que tu esposa fue muy afortunada de tenerte a su lado, tanto si te lo crees como si no.

Era surrealista que estuviera teniendo aquella conversación con Leah. Y demasiado doloroso también. Pero tenía que tomarse las cosas con calma...

El teléfono sonó de nuevo, sobresaltándola. Lo miró con expresión aterrada, pero luego desvió la vista.

—¿Quieres que yo...?

—No —atravesó la habitación y lo descolgó—. Morrie —pronunció aliviada—. Hola. Sí, todo está bien...

Siguió conversando. Roman se la quedó observando durante un rato. Sabía que era estúpido sentirse celoso de un hombre cuya voz la hacía relajarse al instante, como por arte de magia. Pero así era.

Al fin terminó la llamada.

—¿Qué te parece si damos un pequeño paseo por la playa? —le sugirió él—. A ti te sentaría bien no oír el timbre del teléfono por un rato, y el bar tardará en llenarse de gente —la quería para él solo. Al ver que dudaba, añadió—: ¿No sabías que hoy es el día nacional de «Llévate a un chico de ciudad a la playa»?

Era una broma clásica de Leah. Cada vez que él no quería hacer algo, ella le decía que era el «día nacional» de hacer precisamente eso mismo. Sonrió, algo nerviosa.

—De acuerdo. De todas formas, me sentará bien salir un rato del bar. Y tienes razón. No tengo ninguna gana de volver a oír el teléfono.

Bajaron y salieron a la calle. La playa que se extendía frente al Aleta de Tiburón estaba absolutamente tranquila. El efecto del agua era relajante. Se descalzaron al final de paseo de tablas que nacía en la terraza trasera del bar.

Sentía el agradable y cálido contacto de la arena en sus plantas. Quería tomarla de la mano, pero se contuvo. Pasearon por la costa. Un velero navegaba a lo lejos.

—¿Cómo se las arregla la gente que vive lejos del mar? —inquirió ella—. ¿Cómo hacen para celebrar el día nacional de «Llévate a un chico de ciudad a la playa»?

Advirtió que estaba contemplando el mar azul mientras paseaban, y no mirándolo a él. ¿En qué estaría pensando? Habría dado cualquier cosa por saberlo.

—Simplemente no tienen suerte. Maldita sea... tú sí que la tienes...

Se volvió hacia él, echándose a reír. Roman era el afortunado. Nunca volvería a tener tanta suerte. Siguieron caminando durante un rato, charlando tranquilamente de cualquier tema. Cerca se levantaba un faro abandonado y Leah quiso enseñárselo. Desde allí arriba se veían los tejados del pueblo, con sus calles de damero formando un pintoresco tejido multicolor.

—No es el faro original —le explicó—. El primero se lo llevó un huracán. Murieron algunas personas que se refugiaron dentro —poniéndose repentinamente seria, se volvió para contemplar el mar—. A veces me los imagino aquí, atrapados...

Roman la observaba con interés. Leah se había visto atrapada dentro de su coche, en aquel río. Había tenido aquella experiencia. ¿Recordaría algo al respecto? Le había confesado que le tenía fobia al agua. Pero cuando le contó que su mujer había muerto en un accidente de coche, ahogada en un río... no pareció sentir nada excepto compasión por él.

—A veces sueño que me quedo atrapada bajo el agua —lo dijo bajando tanto la voz, que Roman tuvo que acercarse para escucharla. Esperó, preguntándose si...

Pero finalmente Leah sacudió la cabeza, como negándole importancia a todo aquello.

—Vamos.

Si tenía algún recuerdo, no iba a compartirlo con él. Al menos por el momento.

Bajaron del faro y echaron a andar de nuevo hacia el bar. Hacía mucho

calor a esa hora de la tarde, pero la brisa marina refrescaba el ambiente.

—¿Tienes hijos? —le preguntó ella de pronto, como si se le hubiera ocurrido en aquel instante.

—No. Mi mujer quería tenerlos. Yo me negué, por supuesto.

—¿Por qué por supuesto?

Roman le lanzó una mirada significativa.

—Quiero decir al margen de que fueras un canalla. Eso ya me lo has dejado claro —replicó con tono suave.

—No creía que fuera a ser un buen padre. Ésa es la verdadera razón. Pero le dije un montón de mentiras... acerca de que no estaba preparado y todo eso. Que quería estar mejor establecido. Que tenía un plan global para mi vida, y que los niños no encajaban en él hasta que consiguiese determinados objetivos...

—¿Y eso no era verdad?

Se habían detenido cerca de la costa. El agua estaba a sólo unos pasos. La tomó de la mano y se sentaron en la arena.

—Era un gran montón de basura —pronunció en voz baja—. A mí me habría encantado tener niños. Y ella sería... habría sido... una gran madre.

—¿Sabes una cosa? No quiero pecar de irrespetuosa, pero estoy segura de que... de que no era perfecta.

—Bueno, era un poco mandona —reconoció él, sonriendo—. Pero eso la hacía aún más encantadora. Siempre estaba intentando convencerme de que hiciera locuras.

—Apuesto a que ella también pensaba que eras encantador. No sé si te lo he dicho una vez, pero eres un gran tipo, Roman Bradshaw.

Le gustaban los reflejos dorados que el sol arrancaba a sus ojos. Todavía le sostenía la mano y, por un instante, aquella cercanía le pareció real, auténtica.

Pero ella no lo conocía. En realidad, no lo recordaba. Lo había borrado completamente de su memoria.

—Bueno, estás ante un Roman Bradshaw 2.0 —bromeó—. Es un modelo algo más avanzado que el otro.

Volvió a esbozar aquella sonrisa sesgada que tanto le encantaba...

¿Seguiría sonriendo cuando le contara toda la verdad? ¿Cómo podría convencerla de que había cambiado cuando hasta el momento no había hecho otra cosa que mentirle, aunque sólo hubiera sido por omisión? ¿Qué otra opción le había quedado?

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más duro le resultaba negarle la verdad, contenerse para no soltársela. Y más furiosa se pondría ella cuando finalmente la descubriera.

—Y... ¿por qué pensabas que no serías un buen padre?

Roman retiró la mano. Compartir sus sentimientos con alguien era una novedad para él, y aún le costaba. Sobre todo con Leah, porque tenía que ser muy cuidadoso con sus palabras. Trazó lentamente una línea en la arena húmeda, delante de ellos. Las olas lamían la costa a unos pasos de donde se encontraban.

—Quería ser un tipo distinto de padre del que fue el mío para mí. Pero... la verdad es que no sabría cómo —admitió—. Mi familia es... fría, reservada. La mayor parte nos pasamos las veinticuatro horas del día en la empresa. Y aun así no conozco bien a ninguno. Son como desconocidos. En mi familia, las emociones siempre están bajo control. El negocio lo es todo, siempre. Ella no era así.

—¿Cómo era? Cuéntame más cosas de ella.

Tenía una expresión apenada, y Roman tardó un instante en darse cuenta de que lo estaba compadeciendo.

—Despreocupada. No le gustaba hacer planes. Hacía simplemente lo que se le pasaba por la cabeza. A mí me volvía loco porque yo necesitaba planes, programas, para todo. Me gusta sentirme al control de cualquier situación, y ella me hacía perderlo.

Aún le hacía perder el control. Y él seguía sin saber cómo comportarse con ella. Se inclinó hacia delante y hundió un dedo en la arena húmeda. Luego le tomó una mano, se la volvió, puso el dedo mojado en su palma y le hizo cerrar los dedos.

En ningún momento dejó de mirarla. Ella no se apartó.

—¿Lo sientes? —le preguntó con tono suave—. Es el mar.

Leah asintió con la cabeza. Roman se obligó a retirar la mano.

—¿Asusta?

—No. Sí. No lo sé...

Al verla tan extrañamente confusa, le entraron ganas de abrazarla y asegurarle que todo iba a salir bien. Pero seguía sin estar seguro acerca de sí mismo. El futuro era como una pizarra en blanco.

—Es hora de volver —dijo ella. Ya se estaba levantando cuando algo llamó su atención en la playa—. Mira, una tortuga.

Roman siguió la dirección de su mirada.

—Algo le pasa —susurró Leah, y echó a correr hacia ella.

La alcanzó en el instante en que se arrodilló en la arena húmeda, al borde mismo del agua. Estaba examinando de cerca al animal, que tenía un sedal de pesca enredado en una aleta delantera.

Se la quedó mirando, nada sorprendido de ver aquella súbita expresión de furia en sus ojos. Era característico de Leah sentir una empatía inmediata por cualquier criatura. Lo que lo sorprendía era la opresión que él mismo estaba sintiendo en el pecho... Hasta que descubrió el motivo. Aquélla era su Leah. Había cambiado en muchos aspectos, pero la familiaridad de aquella reacción lo había conmovido profundamente. Sabía que querría hacer algo. Querría salvarla. Así era ella.

—¿Por qué está marcada? —inquirió Roman al ver una pequeña banda roja en una de las aletas posteriores de la tortuga.

—Ha estado en la clínica de tortugas... —se inclinó, pasando una mano por su caparazón— y me temo que necesita volver. Sólo espero poder levantarla.

—Entre los dos lo conseguiremos —declaró, decidido.

Leah alzó la mirada hacia él, sorprendida.

—¿Vas a ayudarme?

—¿Dónde está esa clínica?

—En Orchid Key —respondió con un tono levemente desconfiado, como si no esperara, o no deseara, su ayuda.

Parecía buscar en su expresión algún indicio de... ¿de qué? Lo ignoraba.

—Vamos.

Tenía razón: pesaba mucho. Afirmó bien las manos y la levantó; la tortuga sacudió las aletas en protesta. En un determinado momento le rozó

un brazo a Leah. Lo retiró tan rápidamente que a punto estuvo de soltar al animal.

Fue entonces cuando distinguió un brillo de miedo en sus ojos. ¿Todavía seguía teniendo miedo de él? Pero el brillo desapareció enseguida, oculto tras una máscara de preocupación exclusivamente centrada en la tortuga. Todo sucedió tan rápido que incluso dudó que hubiera sido real.

Quería que Leah confiara en él. Pero iba a tener que ganarse a pulso su confianza, y eso le llevaría tiempo. Estaba impaciente. Quería que confiara en él ahora.

Llevaron la tortuga al Aleta de Tiburón. Leah le señaló con la cabeza una vieja camioneta que había en el aparcamiento.

—Es la de Morrie. Me dejó las llaves para que la usara cuando lo necesitase. Espérame aquí. Ahora vuelvo.

Corrió al bar, dejando a Roman con la tortuga en el suelo. Aquello era típico de Leah, pensó, irónico. Tan pronto uno se ponía a pasear con ella por la playa, como al momento siguiente se veía a sí mismo de camino a una clínica de tortugas...

No se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que ella salió del bar con las llaves. Se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó él al ver su expresión de sorpresa.

—No lo sé —movió la cabeza—. Me estabas mirando de una forma tan extraña, sonriendo como... —no parecía saber qué decir. Evitando su mirada, se arrodilló junto a la tortuga—. Vamos, grandullona, ya verás cómo te pones bien.

Echó a correr otra vez hacia la camioneta, abrió la puerta del pasajero y volvió para levantar al animal con la ayuda de Roman. Entre los dos consiguieron instalarlo en el asiento.

Roman subió también y ella se sentó al volante. Sólo en ese momento tomaron conciencia de que tenían la ropa llena de arena. Y de que no se habían acordado de recoger sus zapatos.

De camino a Orchid Key, Leah no dejó de hablar de mil temas banales y distintos como si intentara con ello tranquilizar a la tortuga. E, increíblemente, pareció funcionar. Al menos para la tortuga, porque Roman no estaba en absoluto tranquilo. De hecho, se sentía como si algo estuviera

bullendo en su interior, ahogándolo, llenándole el pecho, y tuviera miedo de nombrarlo porque sabía perfectamente lo que era: esperanza. No podía dejar de mirar a Leah mientras conducía, cautivado por su encanto natural y por su energía. Era como estar viendo a la Leah de siempre.

—Veo que ya has estado aquí antes —comentó al ver que giraba hacia una verja sin letrero alguno que se levantaba en el manglar.

Poco después, al final de un sendero de grava, se detenía ante lo que parecía un viejo motel.

—Una vez encontré un nido de tortugas bebé. Probablemente su madre fue golpeada por un barco o algo así. Estaba en la playa de al lado del bar, gravemente herida. Yo ya sabía de la existencia de la clínica de tortugas, así que los llamé. Fueron allí y rescataron a las crías. Intentaron salvar también a la madre, pero no pudieron hacer nada. Espera aquí.

Saltó del camión para volver segundos después con un joven que llevaba una camiseta con el eslogan Salva una tortuga. Roman se hizo a un lado mientras examinaba al animal. A continuación le pidió que lo ayudara a meterla dentro. Realmente se trataba de un motel.

—Lo llevan voluntarios —explicó Leah cuando metieron a la tortuga en una de las salas—. Ven, te lo enseñaré.

Hablaba a toda velocidad mientras le mostraba las piscinas para tortugas y las instalaciones donde cosían sus heridas, les ponían inyecciones... incluso las operaban. Durante todo el tiempo Roman fue incapaz de dejar de mirarla.

—Algunas tortugas están permanentemente ingresadas debido a la gravedad de sus heridas —continuó—. Pero cuando pueden volver al agua, las sueltan... después de marcarlas con una banda roja como la que has visto. Por eso sabía que ya había estado aquí antes —se detuvo de pronto—. ¿Qué diablos...? Sigues...

—¿Qué?

—¡Sigues mirándome de esa forma tan extraña! —exclamó, irritada.

—Yo... verás, nunca te había visto tan... entusiasmada. Seguro que tú también trabajas para la asociación.

—Los ayudo a veces —se encogió de hombros.

Roman pudo ver cómo volvía a cerrarse a él... como si temiera haber

revelado demasiadas cosas de sí misma.

—Deberíamos volver al bar —añadió—. No pensaba estar tanto tiempo fuera.

Antes de marcharse, uno de los voluntarios les informó de que probablemente tendrían que amputarle la aleta a la tortuga herida. Leah estuvo callada durante todo el trayecto de regreso a Thunder Key. Cuando llegaron al Aleta de Tiburón, Roman fue a recuperar su calzado mientras ella entraba en el local.

—Eh, casi me olvidaba —le dijo Joey al verlos entrar—. Te ha llamado alguien.

—¿Quién? —inquirió, agachándose para calzarse.

—No lo sé. No dejó su nombre.

A Roman no le gustó la sombra que vio pasar por sus ojos. Sobre todo después del ataque de pánico del que había sido testigo.

—Si alguien vuelve a llamarla, por favor, pásamelo a mí —le dijo a Joey, en un impulso. Pensó en Mark. ¿Y si su cuñado llamaba y preguntaba por Leah... aunque sólo fuera para saber si era ella? Recordó sus palabras: «No le contaré a nadie que has visto a Leah... si realmente es ella».

Leah lo miró ceñuda. Roman maldijo para sus adentros: seguía siendo tan independiente como siempre.

—Yo descolgaré el teléfono, gracias. Te recuerdo que el bar todavía no es tuyo.

—¿Está pasando algo aquí de lo que yo no estoy enterado? —quiso saber Joey.

—Leah ha recibido un par de llamadas y han colgado.

—Una equivocación de número y una desconexión. No es para tanto —replicó ella.

Joey se volvió hacia Roman.

—Mmmm... —el cocinero no parecía nada convencido—. Shanna también llamó. Vendrá esta tarde. Ya está mejor.

Se refería a una camarera que había faltado a la hora de la comida.

—Estupendo —comentó Leah—. Subo un momento a casa y enseguida te ayudo a preparar lo de esta noche.

—Tenemos una barra fuera, en la terraza —le explicó Joey a Roman—. En plan autoservicio. Allí suelo preparar tiburón, atún, lo que tenga a mano... —aprovechando que Leah ya se había ido, añadió—: Por cierto, si alguien llama... yo descolgaré el teléfono.

Tono protector. O posesivo. No podía estar más claro.

Roman comprendía cómo se sentía. Él también estaba algo inquieto por las llamadas.

Se dirigió directamente a la oficina de Morrie y marcó el móvil de Mark. Su cuñado respondió al instante.

—¿Has llamado aquí?

—¿Qué?

—¿Has llamado a este teléfono? ¿Has preguntado por Leah?

—Me dijiste que no lo hiciera. Pues claro que no —parecía ofendido.

Se quedó helado al oír un golpe en el piso de arriba. Colgó el teléfono y subió a toda prisa.

Capítulo 6

Apenas se dio cuenta de que había tirado la lámpara cuando tropezó con ella, mientras retrocedía un paso.

Alguien había estado en su apartamento.

No era tanto un detalle concreto como una suma de muchos. El cajón que había dejado ligeramente abierto estaba cerrado. Las persianas estaban derechas. La bandeja con las cuentas se hallaba en la mesa, no sobre la mesa del café. El rimerero de revistas estaba demasiado bien colocado.

Todo había sido movido, como si lo hubieran estado examinando meticulosamente. El bar estaba tranquilo, vacío, y la puerta trasera se había quedado abierta. Entre el paseo que habían salido a dar por la playa y el trayecto hasta Orchid Key, habían estado fuera un par de horas.

Pero ¿por qué habría querido entrar alguien en su apartamento? ¿Qué querría? La cabeza le daba vueltas. ¿Había escuchado realmente aquellas palabras antes por teléfono, o habían surgido acaso de sus pesadillas, de su pasado sin memoria?

Se había llevado un susto tan grande que había derribado la lámpara que estaba al lado de la puerta.

Había cristales por todas partes. Era un antiguo modelo de vidrio, propiedad de Morrie, al igual que el resto del mobiliario del apartamento.

Se sentía tan sola, tan desvalida... Ojalá Morrie hubiera estado a su lado en aquel instante. De repente la rodearon unos brazos. Dio un respingo y soltó un pequeño grito.

—Lean, soy yo.

Roman.

—¿Te encuentras bien? La puerta estaba abierta y oí un golpe...

—Estoy bien.

No, no lo estaba, para nada. Cuando Roman la hizo girar dentro del círculo de sus brazos, se encontró con su rostro a unos centímetros del suyo. La miraba intensamente, con una expresión cálida a la vez que preocupada. Y se sintió como una estúpida.

—He tirado la lámpara —tragó saliva, con el pulso todavía acelerado.

Dios, ¿qué debía de pensar de ella? Era un desastre. Era la segunda vez que rompía algo en un mismo día. Se volvió para pasear de nuevo la mirada por la habitación.

En la tranquilidad de aquella tarde, con la luz del sol filtrándose entre las persianas, su apartamento parecía el más sereno y relajante del mundo. Normal, seguro... ¿O era el abrazo de Roman lo que la hacía sentirse así? Se apartó por fin.

—Soy una torpe, eso es todo.

—¿Estás segura de que eso es todo?

No, había más, mucho más. Pero... ¿sería real? ¿Se estaría volviendo loca? Nada de aquello tenía sentido. Se había acostumbrado a no recordar, a no saber nada de su pasado, pero ahora estaba empezando a experimentar algo que la asustaba aún más. Quizá se estaba trastornando... ¿Había entrado realmente alguien en su apartamento o era una paranoia suya? ¿Había pronunciado realmente alguien aquellas palabras por teléfono o se las había imaginado?

Todo aquello había empezado desde que Roman Bradshaw llegó a Thunder Key. ¿Estaría relacionado de algún modo con las llamadas, o con su anterior visita al apartamento? Pero Morrie había revisado sus antecedentes, lo había investigado. Roman Bradshaw era un financiero multimillonario de Manhattan. Pero... ¿qué sabía ella aparte de eso? Su primera intuición la había prevenido de confiar en él. ¿Habría tenido razón? Pero ¿qué conexión podría tener con las llamadas de teléfono? Cada vez que se habían producido, Roman había estado allí, en el bar. No podía haber sido él.

Tantas preguntas la enfurecían y ponían enferma a la vez.

—Recojo todo esto y bajo ahora mismo —se apresuró a asegurarle. «Vete», le suplicó en silencio. Necesitaba que se fuera para poder pensar, ordenar sus pensamientos.

En el armario de la minúscula cocina tenía una escoba y un recogedor. Los sacó y empezó a recoger los cristales.

—Yo lo haré —se ofreció él.

—No, déjalo —ya había hecho un montón con los cristales—. No vas a limpiar otro de mis desastres —se agachó para acercar el recogedor. Tan vulnerable como el cristal: así era como se sentía. Estaba tan tensa que

tenía la sensación de que iba a romperse en mil pedazos en cuanto alguien la tocara.

Roman también se arrodilló y le puso la mano sobre la suya, aquella con la que estaba sosteniendo el recogedor. Y no se rompió. Podía sentir el cálido, firme, sólido contacto de sus dedos.

—Permíteme ayudarte —le pidió con tono suave—. No es ningún delito que alguien haga algo por ti, ¿sabes?

Tragó saliva de nuevo y alzó la mirada hasta su rostro, cautivada por el brillo de emoción que había asomado a sus ojos. Tuvo el extraño presentimiento de que heriría sus sentimientos si se negaba. Y no quería hacerle daño, en absoluto.

Su confusión era demasiado grande y no sabía lo que estaba sintiendo en aquel preciso instante. Estaba tan cerca que podía ver cada dibujo de sus rasgos, tallados en aquel rostro tan hermoso...

Las llamadas de teléfono, la sensación de una presencia extraña en el apartamento... todo parecía haber quedado olvidado, y absorbido, por aquellos ojos de mirada penetrante.

Roman levantó la otra mano y le acarició una mejilla con el pulgar. Lo hizo con una meticulosa, concentrada dulzura. Como si estuviera fascinado con ella. Al igual que cuando la miró en la clínica de tortugas y a punto estuvo de provocarle un ataque cardíaco. Leah era consciente de que no podía moverse, ni hablar. No podía hacer absolutamente nada. Su mirada la había hechizado, la había sacado del presente para arrastrarla a un mundo familiar y extraño a la vez.

Cerró los ojos, abrumada. Pudo sentirlo mientras se inclinaba hacia ella para besarla en la boca. Sabía que sus labios serían cálidos, invitadores, maravillosos. La haría sentirse segura, viva...

No se habría movido ni aunque le hubiera ido la vida en ello. Que el cielo la ayudara, pero quería que la besara de una vez. Ya sabía por adelantado lo que estaba a punto de experimentar, y lo deseaba. Fue ese pensamiento tan absurdo lo que le hizo abrir los ojos y apartarse.

Al hacerlo perdió el equilibrio y soltó el recogedor. Mientras intentaba evitar que los cristales volvieran a esparcirse por el suelo, se clavó uno en una mano. Se quedó mirando la astilla de vidrio que asomaba por la herida, paralizada por la mezcla de emociones que la embargaban. Le estaban

sucediendo demasiadas cosas a la vez. Sentía la cabeza ligera...

—Oh, Dios mío, Leah.

Roman la sujetó y la obligó a levantarse casi sin que ella fuera consciente. Luego la acercó a la pila de la cocina y, tras encender la luz, le examinó la palma de la mano.

—Creo que puedo sacar el cristal. No parece que se haya partido. Luego frenaremos la hemorragia. Y te llevaré al hospital: necesitarás que te den algunos puntos.

—Hay una clínica en el centro del pueblo, cerca de la librería —le costaba trabajo pensar—. Maldita sea, no puedo creer que me haya hecho esto...

—De acuerdo, voy a sacarte el cristal. Tal vez quieras mirar a otra parte... Por cierto, esa clínica será para gente, no para tortugas, ¿verdad?

Leah cerró los ojos con fuerza. No podía mirar. Sabía que Roman estaba intentando distraerla con sus bromas.

Sintió un pinchazo de dolor y luego una fuerte presión. Al abrir los ojos, vio que estaba apretando una servilleta de papel contra la herida. Con la mano herida fue arrancando más servilletas de papel para vendarle la mano.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Fantástico —mintió ella.

Estaba muy pálida, y Roman rezó para que no fuera a desmayarse. Sabía que siempre había sido muy sensible a la vista de la sangre.

Le pasó un brazo por la cintura para sostenerla, y ella no se resistió. Sin soltarla, recogió las llaves de la camioneta de Morrie.

—Mantén el brazo en alto. Así se cortará antes la hemorragia —vio que la servilleta ya se estaba poniendo roja—. Apriétate la herida —le recordó.

—Tranquilo, estoy bien. Hasta creo que podré conducir...

Ignorándola, la ayudó a bajar las escaleras, hasta el bar. Joey salió corriendo de la cocina.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente doméstico —respondió Leah—. Me he clavado un cristal en mi apartamento —tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dolía más de lo

que le habría gustado reconocer.

—Me la llevo a la clínica —anunció Roman y salió rápidamente del bar. Tenía miedo de que a Joey no le gustara la idea y quisiera llevarla él mismo.

Con el trayecto de ida y vuelta a Orchid Key, el depósito de gasolina se había quedado prácticamente vacío. Le abrió la puerta a Leah, rodeó el morro del vehículo y se sentó al volante.

—Espero que nos alcance el combustible.

—No está lejos —dijo Leah—. Dios mío, me siento tan estúpida... Creo que podría conducir —insistió—. No me he quedado inválida.

—No es necesario, estando yo aquí —metió la marcha atrás y salió del aparcamiento. Condujo por la carretera, pasó el puente elevado, giró a la izquierda y entró en la calle principal del pueblo.

—A la derecha después de pasar la biblioteca —le indicó ella—. Allí —señaló un pequeño edificio en la siguiente manzana.

Roman se paró ante un semáforo en rojo, esperando a que los turistas terminaran de pasar. Se volvió hacia Leah. Seguía muy pálida. Había cerrado los ojos y tenía las pestañas algo húmedas, pero ya no estaba llorando. Normal. No le gustaba llorar.

Una vez le había dicho que había aprendido, por pura disciplina, a no llorar delante de la gente. Para Leah, eso siempre había sido algo antinatural, tan abierta, sincera y sin dobleces como era. Pero había cosas de su vida que nunca le había contado. Cosas sobre su pasado. Su infancia. Había sido huérfana, era lo único que sabía Roman. Y también que siempre que su conversación había girado en torno a su infancia, una expresión dolida y sombría había asomado a sus ojos. Nunca había querido hablar de ello, y él no la había presionado. Leah había querido vivir en el presente, en el aquí y en el ahora...

Y él la había dejado, porque explorar sus sentimientos habría significado explorar también los suyos propios.

Ahora, sin embargo, lo quería saber todo sobre ella. Pero aunque Leah hubiera querido contárselo, no habría podido... porque no lo recordaba. La ironía de aquella situación lo mataba.

—Es bueno llorar cuando algo te duele —le comentó con tono suave.

Leah abrió los ojos. Su brillante mirada no pudo conmoverlo más.

—No, no lo es —su voz apenas era más que un susurro—. Es una muestra de debilidad, hace que la gente se ponga furiosa y... —parpadeó varias veces, desviando la mirada—. No sé lo que estoy diciendo.

Estaba tan cerca, en la minúscula cabina de la camioneta... Ansiaba abrazarla, reconfortarla. Besarla. Preguntarle por qué le costaba tanto llorar. ¿Qué había querido decir con eso de que llorar ponía furiosa a la gente? No tenía ni la más remota idea.

Antes había tenido la oportunidad de averiguarlo. Pero la había desperdiciado.

Al fin entró en el pequeño aparcamiento de la clínica.

—Vamos —bajó de la camioneta y corrió a abrirla la puerta.

Afortunadamente, la sala de espera estaba vacía. Roman se acercó a la mujer del mostrador de recepción.

—Se ha hecho un corte con un cristal en una mano. Necesita que le den unos puntos.

—Avisaré al médico —la secretaria apuntó el nombre de Leah y desapareció al fondo del pasillo. Una enfermera salió minutos después y le indicó que pasara a una sala.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Roman.

—No, no hace falta.

Una vez en la sala, desvió la mirada mientras la enfermera le quitaba el improvisado vendaje. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no quejarse cuando empezó a limpiarle la herida. La mujer le explicó que tenía que asegurarse de que no había quedado ninguna astilla de vidrio dentro.

Le dolió terriblemente. Y los puntos no fueron mejores. El doctor le introdujo la larga aguja bajo la piel mientras ella cerraba los ojos e intentaba imaginarse que estaba en otro lugar... Procuró pensar en algo hermoso, seguro, que pudiera aliviarla del dolor.

Estaba en un sendero empedrado, delante de un pequeño bungalow. Una preciosa cabaña colonial, de estilo Bahamas. Pero lo importante era el hombre que se hallaba a su lado, tomándola de la mano. El hombre que la había hecho sentirse plena, feliz, realizada...

—¿Lo hueles? Es el aroma de los tilos. ¿No es delicioso? —le preguntó ella.

—Tú sí que eres deliciosa —fue su respuesta. Le mordisqueó los labios y la besó con tanta pasión que le abrasó el alma, embriagada por su aroma masculino. Sintió su excitación presionando contra su vientre.

—Te quiero —jadeó contra su boca, y él la levantó en brazos y la metió en el bungalow.

Le fue quitando la ropa poco a poco, hasta dejarla completamente desnuda. Sabía que lo amaba: intensa, incondicionalmente, para siempre. Lo era todo para ella.

Una vez desnuda, no se quedó satisfecha. Él también tenía que estarlo. Le bajó los pantalones y le quitó la camisa. Pero mirarlo tampoco era suficiente; tenía que tocarlo. Enterró el rostro en su fuerte pecho, dejándose envolver por el latido de su corazón mientras se llenaba las manos de su cuerpo...

Cayeron en la gran cama, él encima. Y empezó a tocarla, con sus cálidos dedos buscando su femenino calor, tan íntimo y tierno. Se puso a temblar cuando entró en ella rápida, profundamente...

—Listo.

Abrió los ojos, sorprendida. El médico le estaba dando palmaditas en el brazo.

—Con esto bastará —le indicó cómo tenía que limpiarse y vendarse el corte—. Le recetaré analgésicos y antibióticos. Vuelva dentro de una semana para que le quite los puntos.

Un dolor helado la abrumó por dentro: un dolor que nada tenía que ver con el de la mano. La luz dura y fría de la sala le hirió los ojos y un puño se cerró con fuerza en su pecho. Oh, Dios, ¿por qué había tenido que perder la memoria? ¿De dónde había venido aquel pensamiento? Había sido tan real...

—Aquí tiene —el médico le entregó la receta.

Leah salió de la habitación y Roman se levantó al verla. Parecía peligrosamente sexy... y preocupado. Un ventilador se esforzaba por refrescar la sala de espera aunque poco podía hacer en un día como aquél. En el mostrador de recepción se dio cuenta, consternada, de que se había

dejado la cartera en el apartamento.

—No he traído dinero.

—Yo tengo —Roman abrió su billetera—. ¿Estás bien?

—Sí. Han sido pocos puntos —se sentía tímida y extraña cuando lo miraba. Lo absurdo de lo que había imaginado mientras le cosían la herida no dejaba de sorprenderla. Había sido una ensoñación, una fantasía, una manera de escapar al dolor, pero al mismo tiempo había sido tan vivida, tan real... Con una excepción: el hombre de sus pensamientos no había tenido rostro.

Roman pagó la factura y volvieron a la camioneta.

—Te devolveré el dinero —le aseguró ella.

—En parte fue culpa mía. Así que olvídalo. Yo te sobresalté y perdiste el equilibrio.

—No fue culpa tuya —protestó—. De todas formas, no ha sido para tanto. Otras veces lo he pasado mucho peor y he vivido para contarlo.

Se mordió el labio; no sabía por qué había dicho eso, pero sabía que era verdad. Había sufrido fracturas de hueso, quemaduras, cortes. Se miró la cara interior del brazo, siguiendo con la mirada el rastro de pequeñas cicatrices. Quemaduras de cigarrillo. Se dio cuenta en aquel instante, y el descubrimiento la dejó sobrecogida.

Roman le abrió la puerta y fue a sentarse al volante. Una vez dentro de la camioneta, Leah se pasó una temblorosa mano por la cabeza y se palpó otra cicatriz, cerca del nacimiento del pelo. Ya la había descubierto antes, por supuesto. De repente le dolió al tocársela. Dejó caer bruscamente la mano, como si se hubiera quemado el dedo con ella.

Roman no encendió el motor. Seguía sentado allí, mirándola. De repente extendió una mano, tocándole delicadamente la cicatriz del nacimiento del pelo.

—¿Qué te pasó? ¿Cómo te la hiciste?

Una especie de helada marea la barrió por dentro. Se oyó a sí misma contestar como si estuviese oyendo a otra persona:

—Tenía quince años. Mi tutor, el padre de mi familia de acogida, me pegó porque lo desobedecí. Había escondido mi rímel y mi lápiz de labios en la cartera del colegio, y resulta que fue a buscarme y me descubrió pintada.

Parecía una prostituta: eso fue lo que me dijo. Cuando llegamos a casa, me golpeó tan fuerte que caí al suelo y me di con la nevera. Me hice un corte en la cabeza.

Las palabras le habían salido solas, sin que tuviera la menor idea de su origen. ¿De dónde había salido aquella historia? De alguna forma, la presencia de Roman resultaba peligrosa y segura a la vez. No debería haberle dicho nada. Durante el año y medio que llevaba en Thunder Key había guardado celosamente todos sus secretos, confiando únicamente en Viv y en Morrie.

Pero se había sorprendido a sí misma queriendo decirle a Roman Bradshaw cosas que no les había revelado a ellos. Cosas que ni siquiera había recordado hasta que las formuló con palabras. ¿Por qué? ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía abrirse tanto a él, a pesar de sus prevenciones?

Su pasado era un peligro oscuro, aterrador. Un agujero negro que podía arrastrarla en remolino a un lugar que no quería conocer, ni pisar. Había cosas de sí misma que no deseaba recordar. Se lo decía su instinto.

Pero estaba empezando a recordar cosas. Y eso la asustaba.

—Oh, Dios mío, Leah —le brillaban los ojos. Una expresión sombría e implacable asomó a su rostro, como si fuera a matar a alguien—. No tenía ni idea—. Sintió que el corazón le latía dolorosamente. Por alguna razón desconocida, se sentía sucia, mancillada...

«Todo es culpa tuya»: las palabras de su tutor resonaron una y otra vez en su cabeza. Era otro recuerdo... desencajado y fuera de lugar.. ¿o no? ¿Era real, o imaginado? ¿Y la ensoñación de antes con el hombre sin cara? ¿Y la voz del teléfono? Todo se mezclaba en su interior. Quería bloquear el recuerdo de aquella voz de pesadilla, pero la voz seguía sonando, implacable...

«Sé quién eres. Y sé lo que has hecho». ¿A quién pertenecería aquella voz? No era la de su tutor. Era la de otra persona.

«No creas que vas a salirte con la tuya. No me arruinarás la vida». Los recuerdos asaltaban su mente como grabaciones sueltas, inconexas. ¿Qué querría decir todo aquello? Sintió un punzante dolor en las sienes.

—Me encantaría romperle la cabeza a ese tutor tuyo —masculló Roman en aquel momento, furioso. Parecía capaz de hacer cualquier cosa.

—No puedes. Está muerto —contestó de manera automática. Oh, Dios...

Estaba temblando. Una oscura furia pugnaba por salir a la superficie. Intentó refrenarla con todas sus fuerzas.

Sangre, gritos...

Las lágrimas que no se había permitido derramar hasta aquel instante empezaron a correr por sus mejillas. Agarró el picaporte de la puerta. Sólo quería correr, alejarse todo lo posible de su pasado...

Capítulo 7

Roman la sujetó antes de que pudiera abrir la puerta.

Estaba desesperada por que no la viera llorar. Prefería largarse a la maldita calle con tal de que no la viera en aquel estado de debilidad.

La agarró con fuerza, como dispuesto a no soltarla jamás. ¿Qué diablos estaba haciendo? Cada vez que la tocaba, sólo conseguía empeorar las cosas.

¿Durante cuánto tiempo más podría seguir escondiéndole sus sentimientos? Sobre todo cuando acababa de abrirse a él de manera tan repentina. Nada lo había preparado para escuchar lo que le había dicho de su pasado. Había recordado algo. ¿Cuándo llegaría a acordarse de él? ¿Cuánto tiempo tendría que pasar con ella antes de arriesgarse a perderla confesándole la verdad?

—Necesito estar sola —pronunció Leah, liberándose. Se pasó la mano sana por el rostro, enjugándose las lágrimas.

Sonaba tan rígida, tan formal... Demasiado contenida. Roman maldijo para sus adentros.

—No es nada —insistió ella—. Sólo llévame de vuelta al bar. Ya has hecho más que suficiente. Te lo agradezco de veras y...

—No creo que estar sola sea precisamente lo que necesites —quería besarla, consolarla... y sabía que eso era imposible. Pero por nada del mundo la dejaría sola.

—Tú no sabes lo que yo necesito.

Se dijo que tenía razón. Roman había ignorado sus necesidades, al menos mientras duró su matrimonio. Si no hubiera sido así, no la habría dejado sufrir en silencio, sin dignarse siquiera a hacerle una simple pregunta sobre su infancia, a excepción del lugar donde había crecido o si sus padres aún seguían vivos. Leah no había querido hablarle de ello, y él no la había presionado. Con su actitud de vivir sólo para el presente, le había puesto todavía más fácil que la dejara en paz...

Lo cual no había podido convenirle más. «No preguntes. No hables». Ésa había sido la divisa de los Bradshaw en lo referente a las emociones.

—Tengo alguna experiencia a la hora de guardarme mis sentimientos —le dijo—. Y escondiéndolos no puedes hacerlos desaparecer.

—Oh, claro que puedo.

Roman esperó que añadiera algo más, pero vio que se quedaba mirando tranquilamente por la ventanilla con expresión estoica, resignada. Quería decirle que había perdido la memoria. Que aquellos flashes de recuerdos significaban precisamente que la estaba recuperando. Y, por encima de todo, quería ganarse su confianza.

—No del todo —objetó—. No puedes eliminarlos por completo.

—A efectos del gobierno, sí —se encogió de hombros—. Es una de las frases favoritas de Morrie —añadió a modo de explicación. Por fin se atrevió a mirarlo, con los ojos todavía enrojecidos y húmedos.

—Tú dijiste que es como un padre para ti.

—Morrie es el único padre que he conocido.

Roman sabía que sus padres biológicos habían muerto cuando ella era una niña. Y que se había criado en una larga serie de casas de acogida. No sabía más.

—¿Cómo conociste a Morrie? —seguía sin arrancar la camioneta. Las ventanillas estaban bajadas y la gente paseaba por las aceras. Pero parecían estar encerrados en su propio mundo, en un universo particular.

—En la playa. Yo acababa... de llegar a los Cayos, y él me ofreció un trabajo y un lugar donde vivir. Fue bueno y generoso conmigo. Yo estaba completamente sola, y él me dio la fuerza y el empuje que necesitaba.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —ansiaba saber lo que le había sucedido durante aquel año y medio... sobre todo inmediatamente después de la noche de su desaparición.

Pero su respuesta no le satisfizo.

—En autobús —no explicó más.

—¿Por qué viniste?

—Algunas veces sabes lo que está bien. Lo intuyes. Aunque no sepas por qué, lo sabes. Eso fue lo que me ocurrió a mí cuando vine.

A Roman se le desgarró el corazón. Lo único que quería saber era el porqué. Le sostuvo la mirada durante un buen rato. Seguía teniendo un rastro de lágrimas en una mejilla cuando alzó una mano para enjugárselo lentamente.

—¿Eres feliz aquí, Leah? —se preguntó si todo aquel anhelo, deseo y necesidad que sentía por ella se estaría reflejando en sus ojos en aquel instante. Fuera como fuese, no podía desviar la vista. Olía tan maravillosamente bien y tenía la piel tan exquisitamente suave...

—Sí —respondió al fin—. Soy más feliz de lo que lo he sido nunca.

Se sintió morir. Iba a morir. Su corazón no iba a poder soportarlo. Debería haberse contenido a tiempo, haber evitado aquella última y decisiva pregunta. Aunque probablemente, al responder, Leah se habría acordado de aquella casa de acogida donde había sido maltratada, y no de Roman. «Soy más feliz de lo que lo he sido nunca».

Dejó caer la mano y se recostó en su asiento. Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para disimular su reacción.

—Tenemos que irnos. Iré a por las medicinas después de dejarte en el bar.

Y arrancó de una vez la camioneta.

Le dolía terriblemente la mano, pero quería trabajar. No estaba dispuesta a quedarse sentada en el apartamento sin hacer nada, esperando además otra de esas horribles llamadas de teléfono. Por suerte fue capaz de abrir y cerrar los grifos de cerveza, aunque no con la rapidez de costumbre. Y tuvo que repetir la explicación de lo que le pasó en la mano por lo menos un millón de veces antes de que la velada terminara. Porque todo el mundo se lo preguntó.

Respondió a las preguntas de los clientes con vaguedades, intentando distraerse de lo que verdaderamente la inquietaba. Como por ejemplo el hombre que estuvo sentado durante un buen rato al final del bar manipulando una cámara digital. En un determinado momento habría jurado que llegó a sacarle una foto. Aunque era algo perfectamente normal y frecuente entre turistas, aquel tipo no parecía un turista. Y no había sacado una foto al bar. Se la había sacado a ella.

Llevaba un chubasquero. Sacó un teléfono móvil y estuvo hablando durante un rato mientras la observaba. Una vez Leah creyó haber visto algo brillante y oscuro en la cintura de sus vaqueros, debajo de la chaqueta de lino. Parecía una pistola, y se quedó helada. Se lo mencionó a Joey. El cocinero se dirigió hacia él y le preguntó si llevaba un arma escondida.

El hombre abandonó el bar sin responder a la pregunta de Joey. La incomodidad de su presencia siguió acosando a Leah, hasta el punto de amargarle la noche.

Pensó que quizá había estado equivocada. Tal vez no había sido un arma lo que había visto. Tal vez, con su comportamiento, lo único que había conseguido había sido ofender a un turista. Pero, en cualquier caso, se alegraba de que se hubiera marchado.

Roman volvió enseguida con sus medicinas, pero como sabía que los analgésicos le darían sueño, Leah decidió esperar a cerrar el local antes de tomárselos. Insistió en quedarse a trabajar para echarles una mano, con lo cual se pasó la mayor parte del tiempo en la terraza sirviendo cervezas, afortunadamente para ella.

El día había sido agotador, además de extraño, y seguía sin saber qué pensar al respecto. Las llamadas de teléfono, el desconocido del bar.. y Roman Bradshaw. Había sido tan bueno con ella, y se había mostrado tan sinceramente preocupado por lo que le pasaba... Cada vez estaba más convencida de que podía llegar a enamorarse de él con demasiada facilidad. Y eso era malo. Muy malo.

El simple hecho de verlo le aceleraba el corazón. Peor aún: le tocaba una extraña fibra sensible que además le despertaba recuerdos...

—Yo me subo —anunció a todo el mundo cuando el bar se quedó vacío. Shanna y Joey estaban terminando de limpiar. Las otras camareras ya se habían marchado.

—Ya cierro yo —se ofreció Joey.

—¿Qué tal tu mano? —le preguntó Roman.

—Muy bien —recogió la bolsa con las medicinas de un estante detrás de la barra—. Gracias otra vez.

Cerró con llave la puerta trasera que comunicaba con la escalera que llevaba al apartamento. Apoyándose en ella, soltó un suspiro. No volvería a dejarla abierta; se había confiado demasiado. Hubiese o no hubiese entrado alguien realmente en su habitación aquel día, para no mencionar al desconocido de la noche, no era una buena idea dejar abierta una puerta que comunicaba con un lugar público.

Una vez arriba, se desnudó y se puso el pijama. El apartamento se hallaba sumido en un absoluto silencio. Pero estaba tan inquieta como

exhausta, de modo que no pudo dormir. Tenía miedo de quedarse dormida, de lo que pudiera recordar o soñar. Tenía pesadillas con demasiada frecuencia.

Sentada en la cama, se acarició una vez más las pequeñas cicatrices de la cara interior del brazo. Sabía que eran quemaduras de cigarrillo. ¿De su tutor o de otro? ¿En cuántas casas de acogida había vivido... y por qué? ¿Era eso lo que estaba bloqueando su mente? ¿Una infancia desgraciada? ¿O alguna otra cosa?

Recordó de nuevo la voz: «Sé quién eres. Y sé lo que has hecho». ¿Qué había hecho? ¿Quién era ella? «No creas que vas a salirte con la tuya. No me arruinarás la vida». ¿Qué vida habría querido arruinar ella? Sabía, o intuía más bien, que había algo más grave en su pasado que los maltratos de un tutor. Algo que había hecho ella.

¿Podía recordar algo peor que aquello con lo que ahora se estaba enfrentando? Apagó la luz y cerró los ojos. No había tomado el analgésico. Había querido hacerlo, pero por alguna razón había sido incapaz de llevárselo a la boca. Había sido una reacción instintiva, como su reacción alérgica a los gatos. No le gustaban las pastillas.

Le costaba conciliar el sueño. En lugar de ello, siguió pensando. Se deslizó en una especie de duermevela, repasando los acontecimientos del día. Paseando por el muelle con Roman. Comiendo con Roman.

La playa, la excursión al faro. El viaje a la clínica de tortugas.

Hasta que finalmente se quedó dormida.

Estaba en el faro, atrapada. Vientos huracanados y enormes olas azotaban las paredes. Crujidos de cemento y piedra, y luego el agua... entrando y barriéndolo todo. Se estaba ahogando.

Luego estaba en un coche, bajo el agua. Empujaba el cristal cerrado de la ventanilla. Presa del pánico, cerró una mano sobre el picaporte de la puerta, empujando, empujando...

La puerta no se movía. Estaba atrapada. Ahogándose. De repente la puerta se abrió. Sólo que ya no era la puerta de un coche, sino la de una casa.

Un hombre yacía en el suelo, muerto, en un charco de sangre. Sintió algo frío y pesado en la mano. Bajó los ojos y vio que era una pistola.

Se sentó bruscamente en la cama. Tardó varios aterradores segundos en darse cuenta de que la oscuridad que la rodeaba era la de su apartamento. Volvió a tumbarse, estremecida. No podía dejar de temblar.

Roman se despertó temprano. La luz naranja del horizonte se filtraba por las persianas del patio. Se preparó un café en la cafetera automática del bungalow y se ató los cordones de las deportivas.

Nada más llegar vio a Leah en la entrada trasera del Aleta de Tiburón. Estaba cerrando la puerta con una llave que llevaba atada a la muñeca. Se alegró de que fuera tan cuidadosa.

Se alegraba tanto de verla... Cada día abría los ojos y agradecía a Dios que siguiera viva. Aunque al final no quisiera volver a tener nada que ver con él, se resignaría. El simple hecho de saber que no había muerto era suficiente... o casi.

La posibilidad de que no lo quisiera una vez que se enterara de la verdad era como una tortura constante. Pero lo importante era su seguridad: que no volviera a sufrir daño alguno. Le preocupaban aquellas llamadas de teléfono. Necesitaba más tiempo: todavía era demasiado pronto para contárselo todo. Pero cuanto más pensaba en aquellas llamadas, más le recordaban las extrañas circunstancias que rodearon su desaparición, año y medio atrás...

¿Y si todo estaba relacionado? No podía quitarse ese pensamiento de la cabeza.

—Buenos días.

—Oh, Roman —pareció sobresaltarse—. Hola —iba vestida con ropa deportiva—. Iba a salir a correr.

—¿Te importa que te acompañe?

Lo miró como si le importara. Parecía cansada. Tenía ojeras, estaba demasiado pálida.

—¿Qué tal la mano? —le preguntó él mientras empezaban a correr. Sabía que seguía una rutina fija: primero corría por la playa y luego por el pueblo. Se detenía en el café cubano y luego regresaba andando al Aleta de Tiburón.

—Estupendo. Mucho mejor.

—¿No has vuelto a recibir más llamadas extrañas?

—No. Siento todo lo que ocurrió ayer. Estoy segura de que te llevaste una impresión lamentable de mí: rompí la lámpara, sufrí un ataque de pánico, me eché a llorar... —estaba avergonzada y furiosa consigo misma—. Creo que decidiste comprar el bar justo en el peor día de mi vida. Pero hoy... bueno, hoy es hoy. Un nuevo día —apresuró el paso—. No te sientas obligado a seguir mi ritmo...

La maldijo para sus adentros: estaba intentando darle esquinazo, desentenderse de él. Y cerrándose por completo.

—Estoy en forma —aceleró también el paso para ponerse a su altura.

Le lanzó una rápida mirada por encima del hombro, pero siguió corriendo.

—¿Sabes? Creo que lo de las llamadas tiene una explicación tan fácil como un simple cruce de líneas. Sucede de vez en cuando en los Cayos.

—Quizá —se preguntó a quién estaría intentando convencer... si a él o a ella misma.

—Por eso... no hace ninguna falta que te conviertas en mi guardaespaldas —le espetó de pronto.

—Ni yo soñaría con hacer algo así —repuso mientras se esforzaba por seguirle el ritmo.

Se detuvo tan bruscamente que Roman derrapó en la arena al volverse. Con las manos en las caderas, lo fulminó con la mirada.

—Entonces ¿por qué estás aquí? Yo corro sola. Me gusta correr sola.

—No creo que sea muy seguro.

—¿Lo ves? Acabas de reconocerlo.

—Recibiste unas llamadas de teléfono muy extrañas. Sabes perfectamente que no fue un cruce de líneas.

Desvió la mirada y la fijó en el horizonte, evitándolo.

—Esto no es Nueva York —objetó, tensa—. Es la pequeña y tranquila isla de Thunder Key.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que alguien habría de acosarte? —esperó su respuesta, que no llegó—. Si te está sucediendo algo raro, algo que te dé miedo, cualquier cosa... tienes que decírmelo.

Un pájaro cayó en picado en el agua y pescó un pez. La brisa hacía ondear el flequillo de Leah.

—No estoy obligada a decirte nada —pronunció con tono obstinado.

—No consentiré que te pase nada malo, Leah. Me da igual lo que tenga que hacer para evitarlo. No consentiré que te hagan daño.

Una expresión confundida asomó a sus ojos. Como si hubiera dicho algo que no debiera.

—¿Por qué? ¿Por qué te importo yo tanto?

—No soporto pensar que puedas estar en peligro. No quiero que te pase nada más. Ni ahora ni nunca.

—¿Nada más?

La estaba asustando, lo sabía. Y se sentía tan perdido como ella parecía estarlo en aquel momento.

—¿Te conozco de algo? —le preguntó ella. Era la segunda vez que lo hacía—. Cuando te miro... —se interrumpió— es como si te conociera. Lo cual me hace querer...

—¿Qué? —la agarró de los brazos—. ¿Qué es lo que te hace querer?

—¡Suéltame! —intentó liberarse.

Fue entonces cuando Roman vio al hombre. Estaba de pie en medio del manglar que rodeaba la playa. El sol arrancó un reflejo a la lente de la cámara con que los estaba enfocando. Lo siguiente que vio fue la pistola que sobresalía de la cintura de sus vaqueros.

Leah percibió la súbita rigidez de sus hombros y cesó de forcejear, girando la cabeza. Ella también lo vio.

El hombre se giró en redondo y desapareció en el manglar. Roman quiso perseguirlo, interrogarlo, pero sabía que no lograría atraparlo. Estaba demasiado lejos. Y no quería separarse de Leah.

—Es el hombre del bar —dijo ella, volviéndose hacia Roman—. Ayer estuvo tomando fotos en el local. Fotos de... de mí.

—¿Por qué? —inquirió, estremecido, abrazándola—. ¿Por qué, Leah?

—No lo sé —tenía frío y parecía más agotada que nunca, como si fuera a desmayarse de un momento a otro—. Estuvo anoche en el bar. De repente tuve la sensación de que me estaban observando. Me pareció ver

que tenía una pistola bajo la chaqueta. Joey fue a hablar con él y el tipo se marchó. Y también ayer tuve la sensación de que alguien había entrado en mi apartamento mientras estuvimos en la playa. Como si lo hubieran registrado...

—No me lo dijiste. No me dijiste nada de todo esto. Sólo lo de las llamadas de teléfono.

—No estaba segura —susurró con voz quebrada—. Pensé que era una paranoia, o que me lo había imaginado...

Le desgarraba el corazón verla tan confundida y asustada. La ayudaría... a cualquier precio. Aunque eso destrozara cualquier oportunidad de ganarse de nuevo su amor.

Pero no podía pensar en eso ahora. Leah estaba en peligro. Alguien la estaba acechando... llamándola, espiándola, fotografiándola. Alguien que tenía un arma.

Y eso podía estar relacionado con su pasado. El pasado que ella no podía recordar. Su extraña desaparición.

Ya no había tiempo para tomarse las cosas despacio, con tranquilidad. Ya no había tiempo para nada... excepto para la verdad.

La miró directamente a los ojos y rezó para que no lo odiara cuando ese día hubiera terminado.

—Quiero que te vengas al hotel conmigo. Hay algo que tengo que decirte.

Sus palabras eran sombrías, tan aciagas como la expresión de su rostro. Una sensación de absurdo se apoderó de ella. Sólo tenía ganas de echar a correr, pese a lo cansada que estaba. Pero tenía que escuchar lo que tenía que decirle.

Corriendo, Roman la llevó de vuelta por donde habían venido y subieron por la carretera desierta que pasaba por el bar. Cruzaron un pequeño puente para continuar por un sendero que atravesaba el manglar, hacia el otro lado de la isla.

Por fin salieron de la espesura. Leah había visto antes el White Seas, pero siempre de lejos, nunca tan cerca. El edificio del hotel era precioso, con su estilo Bahamas. Pero Roman le hizo rodear la parte trasera, lejos del

bullicio de los clientes, para dirigirse a los bungalows individuales.

Los bungalows eran antiguas cabañas de artesanos del tabaco restauradas, con sus tradicionales tejados y sus portales y contraventanas pintados de azul. Dejaron de correr. Roman le tomó la mano y se internaron por un sendero empedrado, flanqueado de esculturas. El aroma de los tilos perfumaba el aire.

Fue entonces cuando recordó algo.

—¿Lo hueles? Es el aroma de los tilos. ¿No es delicioso? —le preguntó ella.

—Tú sí que eres deliciosa —fue su respuesta.

Le mordisqueó los labios y la besó con tanta pasión que le abrasó el alma, embriagada por su aroma masculino...

Oh, Dios. Se detuvo bruscamente.

—Leah, ¿qué sucede? —inquirió preocupado, sin soltarla.

—He estado aquí antes —susurró con voz ronca. La sangre se le había helado en las venas.

—Sí.

—¿Te conozco de algo? —le preguntó de nuevo, con el corazón latiendo a toda velocidad—. ¿Me conoces tú?

—Sí —respondió al fin—. Sí que nos conocemos.

Le soltó la mano. No estaba pensando, sólo sintiendo, reaccionando. Echó a correr. Dejó atrás los bungalows y el sendero... hasta llegar a la playa.

El pánico la hizo doblarse sobre sí misma y se derrumbó en la arena. Náuseas. Iba a vomitar. Logró levantarse y siguió corriendo.

—¡No, Leah! ¡Detente!

La estaba alcanzando. No podía escaparse, no cuando estaba a punto de vomitar en cualquier momento. Pero no podía dejar de intentarlo.

—Leah —la llamó de nuevo, y esa vez la atrapó.

Rodaron por la arena. La abrazó con fuerza, con gesto protector. Pero no. Él no era ningún protector para ella. Era un mentiroso. Ella le había preguntado antes, dos veces, si la conocía de algo, y él lo había negado. Y

ahora...

—Suéltame.

—No, Leah. No puedo soltarte.

—¿Por qué? ¿Quién eres tú?

La inmovilizó. No le hacía daño, pero tampoco estaba dispuesto a soltarla. La miró fijamente a los ojos.

Leah sentía la arena en su espalda. La mirada de Roman era tan desesperada como sabía debía de serlo la suya en aquel momento. Un frío miedo y una extraña esperanza se enredaban en su pecho, envolviéndola en algo tan irreal como un sueño. Una pesadilla.

—Soy tu marido.

Capítulo 8

—Eso es absurdo. Una locura —pronunció con los ojos desorbitados de asombro.

—No —Roman tenía miedo de soltarla, aterrado de que desapareciera, se evaporara delante de sus ojos—. Tú eres Leah. Leah Bradshaw. Mi esposa.

—Tu esposa murió.

Sostuvo su atormentada mirada durante una eternidad. Con firmeza. Tenía que ser firme. Tenía que convencerla de que él era real, de que ella era real, de que le estaba diciendo la verdad. Pero estaba mortalmente asustado.

—Eso creía yo. Pero estás viva, Leah. Estás viva. Y te he encontrado.

—No —susurró con voz ronca, forcejeando—. ¡No!

—Leah, espera. Escúchame —la agarró con fuerza—. Te estoy diciendo la verdad.

—¡No! —giró la cabeza.

—¡Sí! Mírame, Leah. Nos casamos. Aún estamos casados. Tú no eres Leah Wells, y lo sabes. Leah Wells no existe. Yo no sé lo que te sucedió aquella noche. No sé por qué no puedes recordarlo. En el fondo sabes que te estoy diciendo la verdad. Recuerdas haber estado atrapada bajo el agua, ¿verdad?

Esa vez volvió la cabeza hacia él. Tenía la mirada perdida y asustada, pero algo relampagueó en sus ojos, algo leve y apenas discernible, pero allí estaba. Lo estaba escuchando.

—Yo perdí a mi esposa en un accidente de coche. Su coche se precipitó por un puente, a un río. Nunca la encontraron. Nunca te encontraron. Me dijeron que estabas muerta, que te habías ahogado, que tu cuerpo había sido arrastrado por las corrientes y la tormenta. Pero yo te encontré aquí, Leah. En Thunder Key. Pasamos nuestra luna de miel en este mismo lugar, en el White Seas. Tú sabes que has estado aquí antes.

Podía sentir el temblor de su cuerpo. Su mirada brillante, confundida, le desgarraba el corazón. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Sabía lo que quería hacer: besarla hasta hacerla recordar, hasta imposibilitarla no recordarlo... Despertar la memoria de cuerpo que su mente había

bloqueado.

Cerca. Estaba tan cerca... Su aliento casi le acariciaba los labios. Podía sentir el latido de su corazón.

—Tú sabes que has estado aquí antes —repitió—. En un rincón de tu mente, lo sabes. Y sabes que me conoces. Dijiste que experimentabas esa sensación cada vez que me veías. Éramos amantes, Leah. Marido y mujer. Vivíamos juntos. Yo te regalé esa pulsera que llevas ahora, durante nuestra luna de miel... aquí mismo, en el White Seas. No estoy loco. Tienes que creerme.

Ya no estaba forcejeando con él. Se le había quedado mirando fijamente, estupefacta. Una súbita consciencia sexual crepitó entre ellos. Roman sabía que todo el deseo que sentía por ella debía de estar ardiendo en sus ojos. Y en los suyos también había una llama... de algo. Desesperación, quizá. Era su esposa, y en algún lugar de su cerebro, de su alma, lo sabía, tenía que saberlo. Así que no estaba dispuesto a renunciar.

—No sé qué pensar... —susurró, sincera.

—Sí que lo sabes. Sabes que es verdad. Sabes que sientes esa conexión especial entre nosotros.

Registró el efecto de sus palabras en su mirada, y no pudo contenerse de hacer lo que había ansiado durante tanto tiempo: reclamó su boca. Le mordisqueó los labios, saboreó la dulce familiaridad de sus dientes, de su lengua. Se sintió vivo, vivo como no se había sentido en año y medio. Y feliz. Por un increíble instante, se sintió plenamente feliz.

Una marea de emoción llenó su pecho. El deseo lo barrió por entero. Pero con la escasa lucidez que le quedaba, la sintió tensarse, cambiar. Sintió la presión de su mano contra su pecho.

—No, oh, Dios mío —musitó contra sus labios y se apartó, incorporándose.

—Leah, espera...

Se volvió hacia él, abrazándose, recortada su frágil silueta contra el mar. Mirándolo con verdadero terror.

Aquella mirada lo estaba matando. Ansiaba abrazarla, besarla de nuevo, enterrarse en su interior...

Quería un montón de cosas que no podía hacer, ni tener.

—Entra en el bungalow conmigo —le pidió con voz ronca—. Necesitamos hablar, Leah.

A pesar de que el sol ya se estaba levantando en el horizonte, no sentía el calor. Parecía tan asustada...

—No puedo. Necesito tiempo.

—No lo tienes. Ni tú ni yo lo tenemos. No sé lo que te pasó la noche en que tu coche se precipitó por aquel puente, Leah, pero si yo te he encontrado, es posible que alguien más lo haya hecho. Esas llamadas de teléfono, ese hombre espiándote, tomando fotos... todo eso puede estar relacionado con tu pasado, con la noche que desapareciste.

—Fue un accidente. Que el coche se precipitara por el puente fue un accidente. Tú mismo lo dijiste...

Pero incluso mientras la oía pronunciar las palabras, Roman pudo percibir la duda, el miedo en su voz.

—Conozco médicos que te ayudarán. Ven a Nueva York conmigo y...

—No.

—Bien. Entonces no iremos a Nueva York. Hay médicos en Miami que...

—No.

Roman fue consciente de que había más gente en la playa. Gente del hotel. Observándolos. Estaban montando una escena, llamando la atención...

—¿Por qué no?

—Porque no sé en quién confiar, ni qué creer...

—Confía en mí. Y créeme a mí.

—¡Tú me mentiste!

Roman se llevó una mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó su cartera. La abrió y sacó la única foto que contenía.

Cuando se la enseñó, Leah se olvidó hasta de respirar. Aquella pequeña fotografía le había quitado el aliento. En la imagen aparecía un hombre de traje, Roman, con una mujer vestida de novia. Una mujer que parecía una extraña... pero que al mismo tiempo sabía, sin duda alguna, que era ella.

Su esposa. Estaba a su lado vestida de novia, después de haber

pronunciado los votos. Ella era Leah Bradshaw.

Al menos en eso Roman le estaba diciendo la verdad. Durante todo ese tiempo que había estado de duelo por su muerte... ella había estado viva. En Thunder Key.

Rebobinó mentalmente todo lo que le había dicho sobre su esposa durante los últimos días. Sí, ella era la mujer de la que le había hablado. Se lo antojaba imposible. Pero no había duda: allí estaba, en aquella fotografía. Además, desde el primer momento había tenido la sensación de que la conocía.

Eso era lo que más la asustaba. No tenía por qué creer que él le estaba diciendo la verdad. Había algo en su interior que le decía que era cierto. Y cuando la besó... Entonces también lo había sabido.

—Puede que estés en peligro, Leah. No puedes quedarte aquí. Si no quieres ir a Nueva York, iremos a cualquier otra parte. Hasta que estemos seguros de que te hallas a salvo.

—Tengo una vida aquí —«no» era la única palabra que le venía a la cabeza. Aquél era su hogar y, el último año y medio, lo único que podía recordar de su vida—. Tengo un trabajo. No voy a marcharme de Thunder Key contigo —¿cómo podía marcharse con un desconocido? Todavía seguía aturdida por el descubrimiento de que había sido su esposa. Su universo se había convertido en un caos. Thunder Key era lo único que tenía a lo que aferrarse.

—Entonces te quedarás aquí conmigo, en el White Seas.

—No —respondió de inmediato—. El bar es mi casa. No pienso renunciar a mi hogar —se interrumpió por un momento—. Es todo lo que sé.

Una mezcla de rabia y dolor se apoderó de Roman. La mujer que era su esposa tenía miedo de estar con él. Aquello le dolía terriblemente, pero tenía que enfrentarlo. Era lo que ella sentía. Durante año y medio, el bar había sido su santuario. Sin embargo, ahora tal vez no lo fuera tanto...

—Tu casa no es segura —le dijo, sombrío—. Mira, si... —no podía creer lo que estaba a punto de decirle—. Si tienes miedo de que vaya a besarte, o a hacerte cualquier otra cosa... no tienes por qué tenerlo. Perdí la cabeza, lo admito. Te besé. Eres mi esposa. Diablos, nos hemos besado miles de veces. Hemos hecho el amor. Leah, yo sólo quiero mantenerte a salvo. No tienes por qué temerme. Te doy mi palabra, lo que acaba de suceder... —se

refería al beso que habían compartido— no se repetirá.

No le dijo nada. No lo creía. Aún no confiaba en él.

—Leah, necesitamos descubrir lo que está pasando, quién te está espiando y por qué. Tu apartamento ya no es seguro.

—Entonces me iré al de Marian —le sugirió—. O al de Shanna, o al de Viv.

Roman no sabía quiénes eran, pero le daba igual.

—¿Y ponerlas en peligro?

Vio que abría mucho los ojos.

—Entonces tú puedes quedarte en el bar. Hay una cama plegable en la oficina de Morrie...

—Necesito estar contigo, Leah. Y no en otra habitación, o en otro piso. No quiero que estés sola, sencillamente, mientras no sepamos qué diablos está pasando. En el bar continuamente está entrando y saliendo gente, a todas horas y hasta muy tarde. Está aislado. El hotel es más seguro.

—Eso no lo sabes a ciencia cierta —replicó, pero Roman alcanzó a vislumbrar la duda en sus ojos, y un brillo de miedo. ¿De él? ¿O de ella misma? Había reaccionado con una gran disposición cuando la besó, tanto si quería admitirlo como si no. Una violenta y casi irrefrenable explosión de necesidad... por ambas partes.

¿Sería ésa la verdadera razón por la que no quería quedarse con él? ¿Tendría miedo de lo mucho que la deseaba... o de lo mucho que ella lo deseaba a él?

—Sabes tan bien como yo que tu apartamento no es seguro —insistió—. Alguien ya ha entrado en él, y puede que vuelvan a hacerlo. En el hotel hay servicio de seguridad. Es la mejor opción, Leah. Lo sabes perfectamente.

Podía distinguir su batalla interior en sus ojos. Parecía agotada y frágil. Soltando un profundo suspiro, cuadró los hombros.

—De acuerdo —dijo—. Me quedaré contigo. Pero sólo por el momento.

La decoración del bungalow era cálida y llena de color, a la par que elegante. Pasaron por delante de la enorme cama de matrimonio, con sus numerosos almohadones y su mosquitera blanca, recordatorio de que una

vez habían compartido aquella maravilla. Habían hecho el amor en aquella misma habitación.

Prefirió no hurgar más en aquellos recuerdos.

—Dijiste que habías pasado tu luna de miel en el White Seas —le espetó ella de pronto. Su voz sonaba extraña, como ahogada.

A Roman se le encogió el estómago.

—Estuvimos aquí una semana. Tú recordaste algo... cuando caminábamos por el sendero de los tilos.

—Me acuerdo de su aroma —contempló la vista de la playa que se dominaba desde el jardín y se volvió hacia él.

—Te contaré todo lo que quieras saber... de ti misma, de nosotros.

Se hizo un silencio. Quizá no estuviera lista. Quizá había sido un iluso al pensar que lo estaría. Lo había sido al concebir esperanzas. Y sin embargo, no podía dejar de hacerlo.

—¿Durante cuánto tiempo estuvimos casados? —le preguntó ella al fin.

—Seis meses.

—¿Vivíamos en Nueva York?

—Sí, en Manhattan. Tenemos... teníamos un apartamento justo delante de Central Park. Tú diseñabas ropa para una boutique especializada. Estabas integrada en una cooperativa de artistas.

—Sabía que era artista, que diseñaba ropa. Y que también quería diseñar joyas —se dirigió al salón y se detuvo frente a las puertas del jardín, antes de volverse de nuevo—. No sé por qué, pero recuerdo algunos detalles. Sé que soy una cocinera horrible. Y que me gustan los gatos, aunque soy alérgica.

Roman se dijo que recordaba aquellos «detalles», como ella los llamaba. Pero no se acordaba de él.

—Me sorprendió descubrirte trabajando en un bar y llevando una cocina. Siempre estabas intentando cocinar, pero se te quemaba todo. Te distraías, corrías a hacer cualquier otra cosa y te dejabas la comida en el fuego. Siempre fuiste muy impulsiva.

—Me dijiste que te arrepentías de muchas cosas de tu matrimonio.

«Tu matrimonio», se repitió. Como si fuera exclusivamente suyo, no de

ella.

—Sí —respondió con el corazón encogido—. Todo lo que te dije acerca de nuestro matrimonio era verdad.

Leah sacó una silla y se sentó a la mesa. Dejó encima la fotografía que él le había entregado, entrelazó las manos sobre el regazo y se lo quedó mirando fijamente. Parecía frágil, asustada.

—Háblame de mí —le pidió.

—Te llamas Leah Bradshaw —se sentó frente a ella—. Leah Conner cuando nos conocimos. Tienes veintisiete años. Naciste un trece de abril, y nos casamos un trece de agosto. Te encantaba el número trece... decías que era tu número de la suerte.

Un súbito brillo asomó a sus ojos, pero se apagó al momento.

—Leah Conner —repitió—. ¿Dónde nos conocimos?

—En el parque. Estabas corriendo. A mí también me gustaba correr. Tras la carrera solías sentarte en un banco a contemplar los carruajes de caballos. Te encantaban las flores que llevaban en las crines. Te encantaba simplemente... mirarlos. Yo estaba acostumbrado a verlos a diario, pero tú parecías mirarlos como si cada día fuera la primera vez. Todo el tiempo te fijabas en esos pequeños detalles. Un día me senté a tu lado y empezamos a hablar. Y así empezó todo. Nos casamos seis meses después.

Se había enamorado completa y definitivamente de ella desde el mismo instante en que se conocieron.

—¿Celebramos una gran boda? —Leah había bajado la mirada a la foto como intentando meterse en la cabeza de la mujer que tenía delante. La mujer que había sido antes.

—No. Fue una ceremonia modesta, en el parque. Asistieron solamente mi familia y unas cuantas amigas tuyas de la cooperativa de artistas. Una de ellas, Nikki Bates, hizo de madrina. Compartía piso contigo antes de que nos casáramos. Un pequeño apartamento en Chelsea —esperó ver algún brillo de reconocimiento en su mirada ante la mención de su amiga. Pero no vio ninguno.

—¿Y mi familia?

—Según tú misma me dijiste, no la tenías. Tus padres murieron cuando eras niña. Estuviste en varias casas de acogida.

Se quedó callada. Roman ansiaba desesperadamente tocarla, pero sabía que ella no quería ningún contacto físico con él. Además, tampoco habría podido soportarlo. Eso sólo habría conseguido hacerle desear más de lo que no podía tener.

—¿De dónde era? —le preguntó de pronto—. Antes de llegar a Nueva York, quiero decir.

—Me dijiste que eras de una pequeña población de Virginia, cerca del mar.

—¿Tienes más fotos?

—En Nueva York, sí.

Se quedó nuevamente callada, contemplando aquella única fotografía.

—Acabemos de una vez —pronunció de repente—. Tenemos que descubrir lo que está pasando.

«Acabemos de una vez», se repitió Roman. Aquella frase no pudo dolerle más.

—Bien. Entonces tendremos que empezar por la noche en que tu coche cayó por el puente. Y eso significará ver a un médico, Leah, te guste o no. Y llamar a la policía. Te recuerdo que alguien allanó tu apartamento.

Parecía extremadamente frágil, tan pálida como estaba. Pero Roman sabía que era fuerte. Siempre lo había sido.

—No recuerdo gran cosa... de aquella noche —empezó—. Recuerdo el agua. Yo no sabía... —frunció el ceño, y una expresión de desesperación atravesó su rostro—. Tú dijiste que tu esposa...

—O sea, tú.

—Yo... sufrí un accidente de coche —se corrigió—. El coche cayó a un río.

Aun así, hablaba del accidente como si le hubiera ocurrido a otra persona, no a ella.

—Tu coche cayó por un puente —precisó él.

—¿Cómo fue? ¿Hubo más coches en el accidente?

Roman se dio cuenta de que, a pesar de su renuencia, estaba desesperada por conseguir información. Se había pasado año y medio atrapada en un misterio. Ojalá hubiera podido procurarle más respuestas.

—No hubo más coches involucrados, al menos por lo que yo sé. Tampoco hubo testigos. Era tarde, había tormenta y la visibilidad era muy pequeña a aquellas horas. Al día siguiente alguien informó de que había visto una barandilla rota, y tu coche se encontró en el río. Tú no aparecías por ninguna parte. Finalmente me convencieron de que la tormenta había arrastrado tu cuerpo. De que estabas muerta.

Leah no dijo nada durante un rato. A Roman le entraron nuevamente ganas de tocarla, pero sabía que eso sería un error.

—¿Adonde iba? —preguntó al fin.

«Ibas a dejarme. Con los papeles del divorcio», pensó en responderle. No se atrevió.

—Yo me había quedado a trabajar hasta tarde —se dijo que era verdad, por supuesto—. No sé adonde ibas. Dime tú lo primero que recuerdes con seguridad.

—Recuerdo haber estado corriendo. Por una autopista. Estaba empapada, pero creo que era por la lluvia. No creo que en aquel entonces fuera consciente de que había estado en el río. No sé cómo me empapé la ropa. Quizá sólo fue la lluvia. Pero después...

—¿Qué pasó después?

—Las pesadillas.

Le temblaba la voz. Había apoyado las manos sobre la mesa y entrelazado los dedos con fuerza. Tenía blancos los nudillos de la mano sana.

—Me dijiste que habías venido a Thunder Key en autobús.

—No todo el camino. Un camión me recogió cuando hacía autoestop.

Sólo en ese momento pareció tomar conciencia del riesgo que había corrido. Había conseguido salir, no sabía cómo, de un coche sumergido en el agua, con la memoria destruida, y se había atrevido a subir a un camión con un desconocido.

—Pero recordaste tu nombre —añadió Roman—. Tienes que haberte acordado también de Thunder Key.

—No sé cómo me acordé de Thunder Key. Sólo supe que era allí adonde quería ir. Supe que me llamaba Leah por la pulsera. Eso es todo. Ni siquiera recordaba mi apellido.

—¿De dónde sacaste el de Wells?

—De una señalización de carretera —empezó a frotarse una sien, como si le doliera la cabeza—. Aquella noche... se pareció a otra pesadilla. Otra más. A veces me cuesta distinguir lo que es real de lo que no. Recuerdo la lluvia y haber estado tan aterrada...

—Ya sé que es duro, Leah, pero necesito que me hables de tus pesadillas. Quizá podamos entender algo de todo esto...

—¿Crees que no lo he intentado? —exclamó con voz quebrada—. Al principio no podía dejar de intentarlo porque las pesadillas se sucedían con mucha frecuencia —se interrumpió, esforzándose por dominarse—. Entonces aprendí a bloquearlas. Conseguí bloquear las pesadillas. No tenía elección, tenía que controlar las pesadillas y los ataques de pánico. Y la única manera era renunciando a intentar recordar.

Se levantó bruscamente y se alejó de él. Roman se levantó también, deseoso de reconfortarla, dominando apenas el impulso de abrazarla. Se detuvo en seco en medio de la habitación y contempló desesperado su silueta recortada contra el jardín.

—¿Eres consciente de que podrías estar equivocado, completamente equivocado, en todo? —le preguntó con un susurro casi inaudible, volviéndose hacia él—. Sobre todo respecto a mí.

Roman sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá yo no esté en peligro? ¿Qué quizá alguien me esté buscando, haya registrado mi apartamento y me esté espiando no porque quieran hacerme daño, sino porque yo he hecho daño a alguien? Tal vez yo haya hecho algo malo...

—¿Estás de broma? ¿Con tus antecedentes? ¡Pero si recogías perros abandonados y colaborabas en un comedor para indigentes, por el amor de Dios! Eras la mujer más solidaria que he conocido —esa vez sí que no pudo evitarlo: se plantó frente a ella en dos zancadas y la tomó de los hombros—. La mujer que yo conocí jamás le habría hecho el menor daño a nadie.

—Entonces supongo que a ti te asustará tanto la verdad como a mí —posó en él su mirada aterrorizada—. Porque si mis sueños no se equivocan, yo nunca fui la mujer que tú pensabas que era. Creo que maté a alguien.

Capítulo 9

Roman sacudió la cabeza.

—Eso es absurdo...

—Vaya, pues bienvenido a mi mundo de absurdos —se apartó de él—. Yo hice algo malo, Roman. Algo horrible. Si quieres saber la verdad acerca de mí, será mejor que te enfrentes a esa posibilidad. En mis sueños yo estaba allí, de pie, con ese hombre muerto a mis pies. Y con una pistola en la mano.

—No me lo puedo creer.

—¿Por qué no? Yo me dirigía a alguna parte aquella noche, por esa autopista... ¿por qué no sabía mi marido lo que estaba haciendo? —señaló—. Debía de ocultarte algún secreto.

—No ese tipo de secreto. La mujer que yo conocí no habría sido capaz de matar ni a una mosca.

—En mis pesadillas oigo una voz. Y ayer esa voz me estuvo hablando por el teléfono de la oficina de Morrie.

Se la quedó mirando fijamente.

—Por eso soltaste el auricular. Y por eso sufriste el ataque de pánico.

De repente Leah se sintió como si se estuviera ahogando. En aquel preciso instante estaba a punto de sufrir precisamente uno de esos ataques. Intentó respirar hondo.

—Dime lo que te dijo.

—«Sé quién eres. Y sé lo que has hecho» —suspiró—. Eso fue, textualmente.

—Eso no significa que mataras a nadie.

Gimiendo, se apartó de él.

—¿No querías ser lógico? Pues ahora yo lo estoy siendo. Yo tenía un secreto, algo terrible que había hecho. Y huí. Quizá eso era justamente lo que estaba haciendo aquella noche: huir.

Se le acercó, cerrando la distancia que Leah tanto se esforzaba por crear. El espacioso bungalow parecía contraerse por momentos. La cama se levantaba en el centro de la habitación, tentándola con un pasado que no

podía recordar... y con la certidumbre de que tenía más miedo de sí misma que de Roman. Porque lo deseaba. Lo había deseado desde la primera vez que lo vio.

—Hay muchos «quizá» —replicó, sombrío—. Pero tú no puedes seguir viviendo así, pensando que fuiste culpable de algo como eso. Tenemos que averiguar la verdad.

Leah tragó saliva. Él pensaba que el descubrimiento de la verdad la exoneraría de todo pecado, de toda culpa. Y ella, pese a lo dramático de su situación, no quería decepcionarlo.

Sabía, sin embargo, que terminaría decepcionándolo. ¿Sería por eso precisamente por lo que había huido aquella noche, para esconderle la verdad sobre ella, sobre lo que había hecho?

Vio que descolgaba el teléfono de la mesilla y marcaba un número. Se sentó de nuevo, ya que las piernas apenas la sostenían.

—¿Mark? Necesito tu ayuda. Necesito que me recomiendes un buen doctor de Miami. Un psiquiatra —le dio la espalda a Leah—. No puedo hablar de ello ahora. Ah, y por favor, no le digas nada de esto a Glen, ni a nadie de la familia. Cuento contigo.

Mark. Ese nombre no le sonaba de nada. Roman colgó el teléfono.

—¿Quién es Mark?

—Mi cuñado. Es médico. Está casado con mi hermana Gen. Genevieve.

De pronto se acordó de lo que Morrie le había dicho de la dinastía Bradshaw. ¿Cómo diablos encajaba ella en todo eso?

—¿Saben... que me has encontrado?

—Mark sí, pero cree que me he vuelto loco. Lo mismo se ha pensado que el psiquiatra era para mí. Toda mi familia está convencida de que me he vuelto loco desde que me marché de Nueva York.

—¿Y eso no te molesta? ¿No te importa?

Sonrió por un instante, y Leah recordó lo peligrosamente sexy que podía llegar a ser su sonrisa.

—No me importa lo que puedan pensar de mí, Leah —se acercó a ella—. Mark volverá a llamar para darme el teléfono de un psiquiatra. Eso es lo único importante. Quiero asegurarme de que te vea un buen especialista, el

mejor. Solo no sería capaz de encontrarlo. Por eso he llamado a mi cuñado.

Leah permaneció sentada. Estaba consternada, impresionada, como si una bomba hubiera hecho pedazos su mundo. No sabía qué pensar, ni qué hacer.

En cualquier caso, necesitaba tranquilizarse. Y no podía conseguirlo allí.

—Tengo que volver al trabajo —no podía estar a solas con Roman. Necesitaba alejarse de él—. Abriremos pronto. Que vaya a quedarme aquí no significa que no tenga que trabajar —seguro que no habría esperado que dejara el trabajo. En el local estarían continuamente rodeados de gente—. Además, necesito mantenerme ocupada.

Vio que asentía con la cabeza y experimentó un inmenso alivio. Para cuando aquel día terminara, tendría que regresar a aquel bungalow y volvería a estar a solas con un hombre al que no conocía realmente y al que ansiaba conocer al mismo tiempo.

¿Y luego qué?

Roman llamó a la comisaría de policía desde el local... y no habló más que con un contestador. Había un número de emergencias, así que lo probó. Una telefonista le contestó que un allanamiento sin robo no era una emergencia, pero que de todas formas enviarían un agente al Aleta de Tiburón lo antes posible.

Por desgracia, «lo antes posible» era al día siguiente. A Roman le habría gustado estrangularla.

—Creo que alguien la está espiando, acosándola incluso —dijo, tenso.

—Casi todos nuestros agentes están ocupados con una búsqueda en Coral Key —explicó la mujer—. Nosotros sólo atendemos emergencias inmediatas, señor.

Se sentó ante el escritorio de Morrie, recordando las palabras que alguien le había espetado por teléfono a Leah: «Sé quién eres. Y sé lo que has hecho». No podía creer que Leah hubiera matado a alguien. Pero ella sí parecía creerlo.

«¿Qué es lo que sabes de esa chica?», le habían preguntado sus padres, superada su consternada reacción cuando les anunció su precipitado matrimonio. «No pertenece a nuestra clase. No es lo suficientemente buena

para ti». La lista de objeciones había sido interminable. Walter y Barbara Bradshaw habían concebido planes muy ambiciosos para su único hijo, con un futuro en la alta política como culminación de otras muchas expectativas. Leah, con sus antecedentes familiares y su espíritu de artista bohemia y despreocupada, no había encajado para nada en el modelo de esposa que ellos habían imaginado. Se empeñaron en investigar a Leah y Roman se negó en redondo, indignado.

Volvió a levantar el teléfono y marcó el número de Bradshaw Securities.

—Con Walter Bradshaw —le dijo a la secretaria—. Dígale que soy Roman.

Su padre se puso al cabo de unos segundos.

—Roman, ¿dónde estás?

—Sigo en Thunder Key. Mira —no le dio tiempo a que le recitara todas las razones por las que debería volver a Nueva York—. Quiero saber si hiciste investigar a Leah.

—¿Qué?

—Cuando nos casamos. En aquel entonces querías investigar sus antecedentes.

—Y tú te enfadaste bastante conmigo, si no recuerdo mal.

—¿Evitó eso que lo hicieras?

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

—Hijo, tengo una reunión.

—¿Evitó eso que lo hicieras? —la tensión era palpable a lo largo de toda la línea entre Nueva York y Florida—. Si averiguaste algo sobre Leah, lo que sea, necesito que me lo digas.

—Hijo, está muerta. Todo eso ya no importa ahora.

Roman se dijo que al menos ahora sabía que Mark había guardado su promesa de no decirle a nadie lo de Leah.

—Sí que importa. Quiero saberlo.

—La hicimos investigar. Y no descubrimos nada.

Roman se sintió como si de repente le hubieran robado el aire de los pulmones. Debería haber adivinado, desde el principio, que sus padres

habían hecho investigar a Leah a pesar de la promesa que les arrancó de que la dejarían en paz. Irónicamente, ésa era precisamente la información que más necesitaba en aquellos momentos.

—Hijo, ¿qué diablos estás haciendo allí? Estamos preocupados por ti.

—Estoy bien. Deja de preocuparte —se despidió y colgó el teléfono. Repasó mentalmente las diversas posibilidades. Leah estaba convencida de que había algo terrible en su pasado. Pero quizá sus sueños eran simplemente eso: sueños. Terribles pesadillas. En las noticias de televisión, todos los días se hablaba de crímenes azarosos. Y algunos no tanto. Extraños que asaltaban a mujeres en aparcamientos, que entraban en sus casas. Hombres que se obsesionaban con ellas por una razón u otra.

La idea no le servía de consuelo alguno. En cualquier caso, Leah se encontraba en peligro.

Leah recogió unas cuantas cosas de su apartamento y las metió en una bolsa. Roman la estaba esperando en la puerta, vestido con unos sencillos vaqueros y una camiseta blanca.

Salió con él. Hacía una noche clara, despejada. Poco antes habían llegado al bar en el coche alquilado de Roman. Como siempre, le abrió caballerosamente la puerta y acomodó su bolsa en el asiento trasero. Luego se sentó al volante y condujo por la estrecha carretera hacia el hotel.

Se recostó en su asiento, disfrutando de la brisa nocturna e intentando no pensar en la deliciosa y extraña sensación de familiaridad que le producía la compañía de Roman.

—Puede que todo esto sea completamente innecesario —dijo, mirándolo—. No hemos vuelto a ver a ese hombre. Es posible que su presencia no tenga nada que ver con mi pasado. La llamada de ayer pudo haber sido una broma de mal gusto —se estaba esforzando por convencerse a sí misma, pero no pudo evitar estremecerse mientras hablaba—. Quizá simplemente me imaginé esas palabras. Quizá...

—Son demasiados «quizá» —repuso él mientras se detenía en una señal de stop.

Extendió una mano y le rozó delicadamente la barbilla, obligándola a que lo mirara. Era tan consciente del cálido contacto de sus dedos...

En aquel preciso momento, en la oscuridad del coche, habrían podido

ser los únicos seres humanos en el planeta.

—Sé que tienes miedo —le dijo—. Pero no tienes por qué tener miedo de mí —la miró durante un rato, en silencio—. ¿Tienes miedo de mí, Leah?

No respondió directamente, perdida en la telaraña de los recuerdos de su pasado y de su presente confusión. No sabía qué decir.

—Sólo te odio un poco por tener que hacer de niñera conmigo —pronunció al fin.

Continuó mirándola. Algo en su triste expresión la conmovió hasta el alma.

—Confía en mí. Yo no me siento bien haciendo de niñero contigo.

En aquel fugaz instante, Leah creyó haber distinguido en sus ojos las mismas impenetrables emociones que se traslucían en los suyos: dolor, soledad, deseo...

Roman volvió a concentrarse en la carretera.

—El baño está por allí —la informó poco después, una vez en el bungalow del White Seas—. Siéntete como en casa.

Cerró la puerta, agradecida de estar sola. El cuarto de baño era exageradamente lujoso. Grifería dorada, bañera de jacuzzi en mármol, ducha separada para dos... ¿Habrían compartido aquella ducha, aquel jacuzzi, en su luna de miel?

Habían sido marido y mujer. Roman había guardado duelo por ella cuando la creyó muerta, pero... ¿qué sentiría por ella ahora? Hasta el momento no le había hecho declaración alguna de amor, y aparte de aquel único beso, apenas la había tocado.

Hizo a un lado aquellos pensamientos, dejó su bolsa en el suelo del cuarto de baño y abrió el grifo del lavabo. ¿Qué había hecho? ¿Adonde había ido aquella noche, cuando su coche cayó por el puente? Se refrescó la cara con agua fría. Tantas preguntas la estaban matando.

El corte de la mano le dolía bajo el vendaje, como recordándole que debía tomar el antibiótico. Las pastillas para el dolor sí que no quería tomarlas.

Se había traído un par de pijamas: ligeros, de pantalón largo, abotonados hasta el cuello. Pero incluso tan pudorosamente cubierta, sintió vergüenza cuando salió del baño. Aquella situación era tan extrañamente

íntima...

Roman estaba sentado ante la mesa, con un vaso en la mano.

—¿Vino?

Leah asintió, todavía de pie en la puerta del cuarto de baño. El bungalow todavía estaba en sombras: sólo una lámpara proyectaba su luz dorada en un rincón de la amplia habitación.

Le había dejado otro vaso en la mesa. Había una pequeña barra en una esquina, con varias botellas. Le sirvió la copa. En medio de aquel silencio, el leve borboteo del vino resonó sonoramente en la sala. Leah se sentó frente a él, tomó el vaso y al hacerlo le rozó fugazmente los dedos.

Experimentó una punzada de anhelo. Su vida podía estar en peligro y aun así se sentía irremediabilmente atraída, casi de una manera masoquista, por aquel hombre. «Sabes que sientes esa conexión especial entre nosotros», le había dicho. Sí que la sentía. Y resultaba casi insoportable.

Roman bebió un sorbo de su copa, sin dejar de mirarla fijamente. Con el corazón acelerado, Leah se preguntó cómo iba a pasar aquella noche en la misma habitación con él, cuando todo su ser suspiraba dolorosamente por su cercanía...

Si cedía a aquellos sentimientos, perdería toda perspectiva de su situación. Tenía que guardar las distancias. La cama era como un ser vivo, respirando pesadamente a su lado.

Llamaron de pronto a la puerta y dio un respingo, derramando un poco de vino en la mesa.

—Es el servicio de habitaciones, Leah —la tranquilizó Roman—. He pedido algo de comida. Sé que no has probado bocado en todo el día.

—Sólo estoy algo nerviosa. Te juro que yo no soy así.

—Lo sé.

Su mirada la ponía aún más nerviosa. Sí, claro que lo sabía. ¿Acaso no sabía mejor que ella quién era en realidad?

Pero no lo sabía todo. No sabía sus secretos. Y ella ignoraba los suyos. Algo había pasado con su matrimonio. ¿Cómo podía saber que le había contado toda la verdad?

Roman fue a abrir. Un camarero uniformado entró con una bandeja de fuentes cubiertas.

—Déjelo en la mesa, por favor —tras acompañarlo de nuevo a la salida y cerrar con llave la puerta, se volvió hacia ella—. Siento no haberte consultado, pero supuse que tendrías hambre y no quise esperar. He pedido algunos de tus platos favoritos.

Leah tragó saliva. Así que él conocía sus platos favoritos... Tomó otro sorbo de vino.

Roman descubrió las fuentes: brochetas de marisco con arroz y verduras al vapor. A Leah se le hizo inmediatamente la boca agua. Tenía hambre, y ciertamente no había comido nada en veinticuatro horas. Se había pasado todo el día con el estómago encogido y el corazón en la garganta. ¿Y ahora...?

Su estómago seguía encogido, y seguía teniendo el corazón en la garganta. Pero estaba muerta de hambre y comer era mejor que seguir sentada allí, preguntándose de qué podía hablar con un desconocido que había sido su amante.

Recogió un tenedor, pinchó un pedazo de marisco y se lo llevó a la boca.

—Repasemos tu rutina habitual en Thunder Key —propuso Roman al cabo de un momento.

—No creo que nadie aquí quiera hacerme daño... —replicó de manera automática.

—Eso no lo sabemos. Aunque todo esto parece estar relacionado con tu pasado, existe la posibilidad de que no sea así. Tal vez se trate de un desconocido que haya desarrollado una extraña obsesión por ti. O si es alguien de tu pasado, podría encontrarse aquí mismo, manteniendo un contacto diario contigo sin que tú fueras consciente de ello. Tal vez ese alguien esté conectado de alguna manera con el hombre que te ha estado espiando. A estas alturas no sabemos prácticamente nada.

—Tú no has reconocido a nadie en Thunder Key, ¿verdad? —le preguntó ella.

—No —respondió, sombrío—. Pero yo sólo conocía a tus amigos y amigas de Nueva York. La mayor parte eran de tu estudio de diseño.

Leah no quería pensar que una de las amistades que había hecho en Thunder Key pudiera estar relacionada con su pasado y con el hombre que la estaba espiando. Todo el mundo allí se había portado maravillosamente con ella.

—Tenemos que hacer una lista de toda la gente que conoces. Aunque sólo sea de vista. Y revisar sus antecedentes.

—Tú no eres policía.

—Bueno, hasta el momento la policía no nos ha ayudado mucho —repuso, frustrado—. Se supone que un agente se pasará mañana por el bar: al parecer hoy estaban ocupados con una búsqueda en otra isla. Quiero una relación de toda la gente que has conocido desde que llegaste a Thunder Key —insistió.

Tomó notas sin cesar mientras ella hablaba. Sus amistades íntimas eran pocas: Joey, Viv, Marian, Morrie. Pero conocía a numerosos residentes de la pequeña isla, debido a su trabajo en el bar.

—Sales a correr cada mañana —recapituló Roman—. Una vez por semana trabajas en la Aldea de los Contrabandistas. Vas al café cubano, a la biblioteca, a la tienda de alimentación. ¿Me he saltado algo? ¿Sueles visitar las otras islas?

Leah tragó saliva, inquieta.

—¿Cómo sabes todo eso? Oh, Dios mío, tú también me has estado espiando...

—No podía creer que fueras tú —admitió—. Te estuve observando antes de abordarte. Tenía miedo... —se interrumpió por un instante— tenía miedo de que fueras a desaparecer, como desaparecías en mis sueños...

Había soñado con ella. Había soñado que la perdía. Era terrible, y no supo qué decir. Prefirió responder a su pregunta:

—Voy al taller textil de Cayo Oeste —le dio el nombre.

—¿Qué es lo que sabes de Morrie?

Leah vaciló. Morrie había sido demasiado bueno con ella para que se sintiera cómoda hablando con él del lado oscuro de su pasado...

—Necesito saber la verdad, Leah.

—Morrie cometió delitos —declaró, reacia—. Pero conmigo ha sido la

persona más bondadosa del mundo.

—¿Qué tipo de delitos?

—No conozco los detalles. Estuvo en la cárcel. Pero todo eso es agua pasada. Actualmente se está reconciliando con su familia. Por eso quiere vender el bar... para poder trasladarse a Nuevo México.

—¿Qué hay del resto de trabajadores del bar? ¿Ha habido algún problema durante el último año y medio? ¿Alguien que pudo haber tenido algo contra ti?

—No lo creo. Despedí a una chica poco después de que Morrie se marchara, pero no creo que eso tenga nada que ver. Tuve que sustituirla. Faltaba al trabajo la mitad de los días. Morrie le había dado un montón de oportunidades y me dijo que la despidiera si los problemas persistían. No me gustó nada hacerlo, pero necesitábamos gente de más confianza. Y en cuanto a la gente que he conocido en Thunder Key, nadie me ha dicho o hecho nada que pueda hacerme pensar que esté relacionado con mi pasado excepto...

—Excepto ¿quién?

—Tú —admitió. Con el estómago encogido, bajó la mirada a su plato.

—Me alegro de saberlo, Leah —su profunda voz se llenó de un timbre amable, cariñoso, que a punto estuvo de romper su voluntad de resistírsele —. Quiero que me recuerdes.

—¿Quieres que recuerde lo canalla que fuiste? Porque ésa fue la palabra que utilizaste para criticarte a ti mismo —le espetó, no por otra razón que para guardar las distancias.

Algo cambió en su expresión. Leah sintió una punzada de remordimiento. Por muy difícil que hubiera sido aquel último año y medio para ella, para él tampoco había sido nada fácil.

—Lo siento. No he debido decir eso.

A partir de ese momento no pudo sentirse peor. Roman no volvió a hacerle más preguntas. Terminaron de cenar y se cepillaron los dientes por turnos: una rutina extrañamente íntima con un hombre al que sentía como un desconocido. Cuando salió del cuarto de baño, se encontró con que había apagado las luces. El resplandor de la pantalla de televisión era la única luz de la sala.

Leah se sentó en el suelo, a los pies de la cama. Vio que Roman había amontonado varios almohadones allí. Apoyándose cómodamente en ellos, encogió las piernas y se abrazó las rodillas.

Roman fue cambiando de canal, hasta detenerse en una película en blanco y negro. Luego se sentó a su lado en el suelo, pero guardando las distancias. La película era bastante antigua, de los años cuarenta.

Minutos después Leah se dio cuenta de que la estaba mirando a ella, no la película.

—¿Recuerdas que te gustaban este tipo de películas?

—¿Estás hablando en serio? —parpadeó, asombrada—. Los extraterrestres parecen envueltos en papel celofán. Es como si hubieran puesto a un niño de cinco años a cargo de los efectos especiales. ¿Me estás diciendo que tenía el peor gusto del mundo en cuestión de cine?

Roman se echó a reír. En sus mejillas se dibujaron aquellos hoyuelos que tanto le aceleraban el corazón...

—Te encantaban las películas antiguas, sobre todo las de ciencia-ficción. Cuanto peor era la película, más te gustaba. Y siempre me hacías verlas contigo.

—Quizá pretendía castigarte por ser tan canalla conmigo —esa vez lo dijo para bromear, en un intento por dar un tono ligero a la conversación.

—Las películas antiguas te hacían reír. Te encantaba reír.

Lo dijo de una manera tan tierna, tan romántica, que la dejó sin aliento. Cada vez le costaba más pensar en él como en un desconocido, un extraño. Alguien en quien no podía confiar completamente.

—Yo, en cambio, odiaba esas películas —añadió con tono suave.

—¿Por qué las veías conmigo?

Se quedó callado por un momento. El resplandor de la pantalla bailaba en sus rasgos.

—Porque me encantaba verte reír.

El estómago se le encogió de nuevo y ya no se sintió capaz de seguir hablando.

—Estoy cansada —dijo de repente—. Anoche apenas pude dormir. Será mejor que me acueste ya.

—Muy bien —recogió el mando a distancia y apagó el televisor.

Los ojos de Leah tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Vio que se dirigía hacia una mesa, con un par de almohadones que había recogido del suelo.

—No —estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco, de tanto pensar en aquella cama. Casi quiso pedirle que volviera a encender el televisor. Pero la película tampoco había sido una buena idea—. Déjame a mí el sofá. Al fin y al cabo, el bungalow es tuyo.

—No. Necesitas una buena noche de sueño.

No le quedó otra elección. Subió a la suntuosa cama, prácticamente convencida de que le resultaría imposible conciliar el sueño. Cerró los ojos, esforzándose por ignorar el leve rastro del aroma de Roman en las sábanas limpias, imaginado o no.

En la oscuridad, los pezones se le endurecieron dolorosamente. Creyó escuchar el poderoso latido del corazón de Roman al otro lado de la habitación. No supo cuánto tiempo tardó en dormirse. Sólo que, en algún momento de la noche, fue deslizándose paulatinamente hacia un lugar que le resultaba familiar y extraño a la vez...

Estaba bailando en un apartamento, riendo, cayendo en el regazo de un hombre que la besaba, la tumbaba en un sofá. Se cernió sobre ella, mordisqueándole los lóbulos de las orejas, besándole el cuello, seduciéndola, haciéndole el amor. Se desnudaron mutuamente, excitados, apasionados.

Alzando las manos hacia el hombre sin rostro que la había besado incontables veces en sueños, vio que sus rasgos se aclaraban por primera vez. Era Roman a quien estaba abrazando.

Pero de pronto Roman se fue, y en su lugar apareció la borrosa figura de un hombre con bata blanca. Estaba corriendo por una acera, en una ciudad, y cada vez que volvía la mirada, veía al hombre de la bata blanca siguiéndola. Aterrada, tropezó y cayó al suelo. El único sonido que oía era el de sus pasos, acercándose cada vez más.

Se sentó bruscamente en la cama. Una completa oscuridad la rodeaba. Se dio cuenta de que estaba gritando.

Capítulo 10

—¡Leah! —Roman la agarraba con fuerza de los brazos, intentando inmovilizarla.

Estaba fuera de sí. Ese hombre ya le había pegado una vez. Tendría suerte si al día siguiente no amanecía con un ojo morado.

En ese momento lo que hizo fue dar una patada, mientras se convulsionaba bajo la sábana. La manta ya había caído al suelo.

Roman se arriesgó a soltarle un brazo para tomarla de la cara, obligándola a mirarlo.

—Leah, soy yo, Roman. No tienes nada que temer. No estás sola. Estás a salvo, conmigo...

En la penumbra pudo distinguir el aterrado y salvaje brillo de sus ojos. Durante unos segundos solamente se oyeron unos acelerados jadeos. Roman se apartó levemente de ella, con intención de sentarse a su lado.

Leah debió de haber pensado que quería marcharse, porque se aferró a sus hombros y lo atrajo hacia sí.

—Tranquila —pronunció con voz ronca de emoción. Soltó un suspiro, esforzándose por mantener el control—. No me voy a ninguna parte.

Se tumbó a su lado. Estaba en camiseta y calzoncillos. La sábana y el pijama de Leah eran la única barrera que los separaba. A través de la fina tela podía sentir cada latido de su pulso. Le ardía la piel, pero aun así seguía estremeciéndose en sus brazos.

La dulce agonía de abrazarla se le hizo poco menos que insoportable. Se estaba muriendo en vida, y se dio cuenta de que ambos estaban temblando... él tanto como ella. No pudo evitarlo. Empezó a acariciarle los hombros, el pelo, la cara...

—Tú estabas ahí, en mi sueño —le confesó de repente.

—Estoy aquí ahora. Y nadie va a volver a hacerte daño.

—Quiero librarme de esos sueños. Quiero que me dejen en paz de una vez.

Quiso decirle que él podía conseguirlo, pero no era verdad. Jamás en toda su vida se había sentido tan impotente. Sólo podía pensar en una cosa: que no quería separarse nunca más de ella. Sintió la humedad de sus

lágrimas en el hombro. Su aroma lo llenaba, seducía y torturaba con su cercanía.

Y él que había pensado que dormir en la misma habitación que ella, aunque al otro lado, iba a resultar difícil...

—Tú eras lo único bueno del sueño —susurró Leah.

Oh, Dios. El corazón le dolía. Lo miraba como un hada perdida y desconsolada, con ojos brillantes de necesidad y desesperación. No sabía qué decir, ni qué hacer...

—No me dejes sola.

El dolor que traslucía su voz le atenazó la garganta.

—No te dejaré sola. Nunca —juró.

Leah se movió ligeramente y le pasó las manos por el cuello. Roman tensó todos sus músculos, abrumado por una avalancha de deseo. Estaba encadenado de corazón, mente y alma a aquel hada perdida, de una manera singular, insólita. Ella había sido la única persona que lo había hecho sentirse lleno, que lo había arrancado del frío y árido mundo de los negocios. Pero, de alguna manera, ahora era otra mujer, y no el rayo de luz que antaño había bendecido su vida. Tenía sus secretos, y él tenía los suyos, y si fuera un hombre mínimamente prudente, tendría un exquisito cuidado. Y se levantaría de aquella cama antes de que pudiera hacer algo de lo que los dos tuvieran que arrepentirse por la mañana.

Pero esa noche no se sentía en absoluto prudente.

—Me quedaré contigo toda la noche... —le aseguró— si eso es lo que quieres —le acunó una mejilla con una mano y vio que cerraba los ojos, relajada.

—Quiero... —se interrumpió.

—¿Qué es lo que quieres, Leah?

Abrió los ojos. Y Roman se atrevió a creer que estaba viendo en ellos el mismo lazo, el mismo vínculo que sentía en su corazón. El mismo doloroso, desesperado deseo. Era una conexión intuitiva, subliminal, que trascendía los recuerdos. Algo que se dirimía piel contra piel, mirada contra mirada.

—Quiero saber lo que sentía al ser tu esposa —pronunció con tono suave—. Por una sola noche. Aunque sea lo único que tengamos. Quiero vivir esa parte buena de mi sueño, la única. Quiero vivir lo que soñé

contigo.

—¿Qué es lo que soñaste conmigo?

Sus rostros estaban sólo a unos centímetros de distancia. Roman casi podía escuchar el latido de su corazón, tan violento como el suyo.

—Soñé... —susurró— que hacíamos el amor.

Roman no supo qué decir. Estaba asombrado, maravillado, deslumbrado. Ella era todo lo que quería, y se lo estaba ofreciendo. Tantas emociones, culpa, necesidad, deseo, dolor... amenazaban con desbordarlo.

—Tengo que saber que al menos una sola cosa en mi mente, en mi corazón, en mis sueños, es real, y que además es hermosa. Hazme el amor. Demuéstrame que es real.

—Leah —empezó, abrumado—. Por supuesto que es real.

Era justamente lo que había ansiado oírle decir, pero era tan peligroso... Aquella mujer se abrazaba a él sin saber si se estaba aterrando a un sueño o a un hombre. Sabía que no podría soportarlo si al día siguiente se arrepentía de lo que le había dicho la víspera.

Pero también sabía que, a esas alturas, ya no había manera de detenerse. Era demasiado tarde.

Había recuperado a su esposa. Por una sola noche. Aunque lo único que estuviera reclamando fuera un sueño, un dulce solaz para su dolor y sus terrores, era a él a quien estaba abrazando. Y, que Dios lo ayudara, pero no podía resistirse.

Así que la besó con toda la pasión que había acumulado y enterrado en su corazón durante aquel último año y medio. Leah le devolvió el beso, y Roman paladeó el salado sabor de sus lágrimas junto con la dulzura de sus labios. Le besó la cara, el cuello, las orejas, sin dejar de acariciarla por todas partes, y durante todo el tiempo ella lo atrajo con más fuerza hacia sí.

—Quiero recordarte —musitó contra su boca—. Hazme recordar.

El corazón le desbordaba con una emoción que llegó hasta sus ojos. La besó con renovado ardor mientras sus manos volvían a familiarizarse con su cuerpo. Quería ser infinitamente tierno y cuidadoso con ella, pero se sentía arrastrado por una fuerza incontenible.

Leah deslizó las manos por su espalda, presa de la misma necesidad. Desesperado, ardiendo por dentro, la tumbó contra los almohadones y fue

desabrochándole lentamente los botones del pijama. Aunque esa noche fuera lo único que tuvieran, la haría durar por siempre. La haría eterna.

Le abrió la chaqueta del pijama, revelando sus senos. Eran pequeños, perfectos.

—¿Te acuerdas de esto? —le preguntó mientras se apoderaba de uno con los labios—. ¿Y de esto? —inquirió de nuevo, succionando el otro endurecido pezón.

Su respuesta fue un gemido, y enterró los dedos en su pelo. Cuando se dio cuenta de que con la otra mano le estaba tirando de la camiseta, Roman se sentó en la cama y se la sacó por la cabeza. Ella extendió las manos y le puso una sobre el corazón, sintiendo su latido.

La miró, en medio de la penumbra. La luz de la luna se filtraba por la mosquitera, derramándose sobre su cuerpo de seda. Pero eran sus ojos lo que más lo atraían. Aquella mujer lo era todo para él. Le sembró el rostro de besos. El pulso le latía a toda velocidad, la emoción desbordaba aquel momento tan familiar y nuevo a la vez. Demasiado nuevo para poder ser expresado con palabras.

Era más sencillo demostrarle lo hermoso y verdadero que podía llegar a ser su amor. Y lo hizo, apoderándose de su boca con una dulce furia. Luego le sembró el cuerpo de besos descendiendo cada vez más, hasta su vientre. Fue ella misma quien se bajó el pantalón del pijama, para que él terminara de quitárselo, hasta quedar únicamente con la exigua braga.

—Leah —jadeó—. Leah... —sabía que moriría si se le ocurría detenerlo en ese momento.

—Tócame. Tócame y no te detengas.

Supo sin ninguna duda que ya no se arrepentiría de lo que sucediera aquella noche: era imposible. Leah le estaba suplicando que continuara, y nada en el mundo habría podido impedirselo.

Deslizó una mano por debajo de la braga y sus febriles dedos encontraron el cálido, húmedo sexo. Lentamente, quería hacerlo lentamente...

En sus sueños nunca había sido tan maravilloso. Leah se sintió temblar mientras los dedos de Roman despertaban su sexo. Aquello era una locura: lo sabía en un remoto rincón de su mente. Pero era una exquisita locura que

necesitaba de la misma manera que el aire para respirar.

La necesidad que sentía por aquel hombre que seguía siendo casi un desconocido para ella era dolorosamente intensa. Se sentía como si fuera ciega y estuviera recordando con el tacto, deslizando las manos por aquel torso increíble, por sus hombros, por su espalda...

Luego, cuando Roman introdujo los dedos cada vez más profundamente en su interior, le sobrevino un tipo de locura completamente distinta. De repente estaba desesperadamente ávida por sumergirse en aquella salvaje pasión. Quería ser libre, aunque sólo fuera por aquella noche, del temor y del dolor. Y sus labios, sus manos, su cuerpo inflamado... eran su salvación.

Le bajó a tientas el elástico del calzoncillo. La miraba con un brillo salvaje en los ojos, con una necesidad absolutamente conmovedora. La besó con meticuloso detenimiento antes de apartarse para quitarse la ropa interior. Volvió al instante, ya completamente desnudo. Leah contempló su poderoso y musculado torso, brillante la piel a la luz de la luna. Se había quedado clavada en la cama, deslumbrada.

—Recuérdame aquí —le dijo, inclinándose sobre ella—. Y aquí —añadió mientras la despojaba de la braga—. Y aquí...

Reclamó su boca con un beso que la dejó aturdida, sin sentido. Ya no supo dónde estaba, aunque tampoco importaba. Estaba en sus brazos. Era lo único que sabía.

Fue agudamente consciente del viaje de su mano derecha, entre sus cuerpos, acunando posesivamente un seno para descender progresivamente... hasta su ardiente sexo, que suspiraba por su contacto.

—Leah —volvió a introducirle los dedos. Ya estaba deseosa, dispuesta, húmeda—. Recuérdame aquí, Leah.

Acarició un punto oculto que ni siquiera ella sabía que existía, arrancándole un gemido contra sus labios. La besó de nuevo mientras exploraba el secreto centro de su feminidad, encendiendo eróticos incendios en el interior de su cuerpo. Luego brusca, inesperadamente, una explosión la barrió por dentro y le clavó las uñas en la espalda. Fue como una caída libre en picado. Hasta que volvió a hacerlo. Y otra vez más. Como si nunca lograra saciarse de ella.

Y ella tampoco se saciaba de él, de aquel medio desconocido en cuyos brazos parecía haber encontrado su hogar. Exploró su cuerpo con dedos

inquietos, bajando hasta sus duras nalgas y aventurándose a acariciar su miembro ardiente y duro como el acero, evidente expresión de su deseo. Luego enredó las piernas en torno a su cintura, instintivamente, guiándolo hacia su interior. Sus caricias ya no le bastaban.

Sus bocas se fundieron mientras se mecían al mismo ritmo. Leah se aferraba al cuerpo de Roman como si le fuera la vida en ello, siguiendo el sensual hilo de sus besos. Cada aliento era un gimoteo, un pequeño grito. Cada balanceo la excitaba más, la elevaba más alto, y a él con ella.

La explosión de su interior se repitió. Susurró su nombre contra sus labios y Roman jadeó el suyo, en respuesta.

—Oh, Roman —gimió, nuevamente estremecida, disuelta en aquella marea de placer.

—Leah, corazón...

Fue vagamente consciente de que se derrumbaba sobre ella, agotado, antes de hacerse a un lado. Quedó tumbado de espaldas, con la respiración igual de acelerada. Su aroma masculino la reconfortaba y asombraba al mismo tiempo por su familiaridad.

Se sentía tan bien allí, en sus brazos... Se acomodó en el hueco de su hombro y cuando soñó lo hizo con él. Por una sola vez tuvo miedo de despenarse, y no de seguir durmiendo.

La luz del amanecer se filtraba por entre las persianas. Leah abrió los ojos, aturdida. No estaba sola. Estaba en el bungalow de Roman. En su cana.

Se hallaba tendido a su lado, con un brazo sobre ella. Tenía un ligero moratón debajo de un ojo. Los sucesos del día anterior, y de la noche, asaltaron de pronto su memoria.

Oh, Dios... Había hecho el amor con él. En la burbuja de irrealidad que sólo la noche podía crear, se había rendido a lo que había ansiado hacer desde la primera vez que lo vio, allá en el bar. Las advertencias de peligro, de precaución... todo había sido olvidado. Se había servido de su cuerpo, de aquel acto amoroso, para combatir todos sus miedos.

Recordó a Roman abrazándola, reconfortándola. Haciéndole el amor. Cuando volvió a mirar su rostro, se dio cuenta de que le había pegado: ella era la causante de aquel moratón que tenía debajo del ojo. Y él que había

sido tan tierno y amable con ella... Pero también podía ser duro, implacable. ¿Qué clase de hombre sería realmente su marido? Duro y tierno, abierto pero enigmático a la vez. Seguro y peligroso.

Abrió los ojos cuando ella lo estaba observando y se quedó mirándola fijamente. En sus profundidades azules, Leah leyó el recuerdo de su noche de amor.

—Buenos días. Leah —dijo al fin.

Sentía todo aquello tan hermoso, tan familiar, que se le hizo un nudo de emoción en la garganta.

—Tu ojo... Lo siento.

—Yo no siento nada de lo que sucedió anoche.

Pensó en la frágil apariencia del momento que estaban viviendo, los dos juntos en aquella cama de matrimonio, como en una segunda luna de miel. Era algo tan perfecto que casi podía creer que duraría para siempre. Pero no era posible. No tenía memoria, no tenía recuerdos de su pasado, no tenía ni idea de quién era ella, aparte de la esposa de Roman.

Y todo eso, cuando lo averiguara, tal vez llegara a destrozarlo todo.

—Esto no es justo para ti —empezó—. Para ti, yo soy tu esposa, pero para mí tú eres...

—Un desconocido —terminó por ella.

Leah no supo qué responder a eso.

—Soy adulto, Leah —pronunció Roman con tono suave—. No espero nada de ti. Anoche... fue anoche —extendió una mano y le acarició fugazmente una mejilla—. No me digas que lo sientes. Dejémoslo simplemente como lo que fue: algo que los dos queríamos, necesitábamos.

Sus palabras, su mirada, eran directas y sinceras, pero aun así eran como un escudo al mismo tiempo. Se estaba protegiendo a sí mismo y a ella. ¿Cómo reaccionaría cuando ella descubriera la verdad, fuera cual fuese?

Las emociones que bullían en su interior, las mismas que se había escondido a sí misma durante aquel último año y medio, afloraban ahora a la superficie, fuera de control. Cuanto más tiempo pasara con Roman, más emociones de aquel tipo irían aflorando. Y si lo de anoche había sido un error, más terminarían sufriendo los dos cuando todo aquello terminara.

—Todo esto es tan complicado... —murmuró con voz débil. «Todavía no sé quién eres y ya no quiero perderte», quiso decirle. Pero no podía. No se atrevía.

—Sólo si nosotros queremos que lo sea.

Al otro lado de la terraza, la brisa agitaba suavemente las palmeras. Leah se sentó en la cama, cubriéndose con la sábana a pesar del calor.

—Hubo algo nuevo en mis sueños de anoche —le confesó de pronto. Le resultaba más fácil hablar de sus pesadillas que de sus sentimientos.

Su mirada se agudizó. Se quedó muy quieto en la cama, observándola. Sin afeitar, terriblemente atractivo... ¿Cuántas veces lo habría visto de aquella misma manera y no lo recordaba? «Concéntrate», se ordenó. Le costaba tanto concentrarse cuando estaba en la cama con él, evocando sus caricias, su...

—Estaba en la ciudad. Había edificios altos, largas avenidas...

—¿Nueva York?

—No lo sé —vaciló, intentando recordar más detalles—. Me perseguían, y caí al suelo.

—¿Quién te perseguía?

—Lo único que recuerdo es que llevaba una bata blanca con una especie de placa, como si fuera su nombre, pero no pude leerlo en el sueño. Como la bata de un médico, o de un científico de laboratorio. No sé.

Se mordió el labio, cubriéndose de nuevo con la sábana. Lo de anoche en la oscuridad había sido distinto. Por el día se sentía incómoda, pudorosa en su desnudez. Vio una sombra pasar por sus ojos: su pudor no le había pasado desapercibido. ¿Le dolería que su esposa, a la que tan bien conocía, reaccionara de esa manera delante de él?

No tenía manera de saberlo, dada su habilidad para disimular sus sentimientos.

—Si hice algo... malo en mi pasado... —continuó— quizá me enviaron a médicos, a hospitales, no lo sé —se estremeció al pensar que podía haber estado ingresada en una institución psiquiátrica—. Quizá por eso ahora me den tanto miedo los médicos.

—Si hubieras estado en problemas y te hubiera visto un médico, dudo que se hubiera puesto a perseguirte por una calle de la ciudad.

—Era una pesadilla. Tal vez mezclé las cosas. Los sueños no son literales... son más bien fantasmas de nuestros temores. No sé por qué, pero parece a que mí me dan miedo los hombres de bata blanca. Y eso no puede ser nada bueno.

Intentó forzar una carcajada, para aligerar el ambiente. No le resultó.

—Eh, eso todavía no lo sabemos a ciencia cierta. Acuérdate de eso.

Demasiado bien se acordaba.

De repente se levantó de la cama y Leah se dio cuenta de que seguía desnudo. No pudo menos que admirar sus nalgas duras, musculosas. Sintió un estremecimiento de deseo mientras lo veía atravesar la habitación. No hizo el menor intento por cubrirse. Y ella no hizo el menor intento por dejar de mirarlo, para su propio asombro.

A pesar de su actual pudor, había mostrado la misma desinhibición que él cuando hicieron el amor aquella noche. Le encantaba el sexo, y le encantaba hacerlo con aquel hombre en particular. Era una revelación singularmente peligrosa. Y era una absoluta locura que lo único que quisiera en aquel instante fuera que volviera a la cama... con ella.

Sí, le daban igual los hombres de bata blanca. En aquel momento deseaba quedarse en el White Seas todo el día y hacer el amor con aquel hombre a pesar de todas las razones que le demostraban que estaba equivocada y que era una imprudente.

En la puerta del cuarto de baño, Roman se volvió hacia ella y la sorprendió mirándolo.

Capítulo 11

—Desde las ventanas del Aleta de Tiburón, podía verse una gran nube gris azulada cerniéndose sobre el mar. Una tormenta se estaba formando en algún lugar del Atlántico, amenazante. Roman observaba a Leah mientras colocaba saleros y servilleteros en las mesas del bar con expresión apagada, pensativa.

Había pasado unos días agotadores. Obviamente todavía no estaba bien. Y él tampoco. Estaba como estremecido, desgarrado por dentro. Pero sobre todo estaba preocupado por ella, por la presión a la que estaba siendo sometida. Las pesadillas, los miedos, aquella especie de ominoso lazo que poco a poco parecía cerrarse sobre ella.

Puso un manojo de pajitas en un recipiente. Todavía era temprano y no había aparecido nadie de la plantilla.

—¿De verdad tienes intención de comprar el bar? —le preguntó ella de pronto—. ¿O era sólo una treta para acercarte a mí?

—Estoy decidido a comprarlo —respondió. En un principio la idea de adquirir el negocio se le había ocurrido solamente para poder estar cerca de ella, pero de alguna manera, durante los últimos días, se había dado cuenta de que realmente quería ser el propietario del Aleta de Tiburón. Encajaba perfectamente con su proyecto de vida actual y futura. Y quería a Leah a su lado—. Tú siempre decías que podíamos ser felices aquí, en las islas, llevando un bar. Tenías razón.

—No lo compres por mí.

—No tengo ninguna gana de volver a la vida que llevaba en Nueva York. Tengo la sensación de que esa vida pertenece a otro hombre.

Lo miró con una expresión tensa, cansada. ¿Creería en sus palabras? A pesar de la disposición con que le había entregado su cuerpo la noche anterior, su mente todavía seguía lejos, secreta, escondida.

—Leah, tómate el día libre.

Ella dejó el último salero en la mesa y lo miró.

—¿Qué?

—Estás cansada, y tienes razones para estarlo. Si sigues forzándote tanto, acabarás enferma.

—Morrie...

—Si realmente Morrie se preocupa por ti tanto como dices, estoy seguro de que te sugeriría lo mismo.

—No puedo dejar colgado a Joey.

—Contrata a otra camarera.

Sabía que se le estaban acabando las excusas y no tenía ninguna intención de ceder. Sonó el teléfono, sobresaltándola. Roman fue a descolgarlo pero ella se le adelantó.

—Aleta de Tiburón.

Seguía siendo tan condenadamente orgullosa...

Pero resultaba obvio que se encontraba en una situación límite.

—Lo siento, Viv. Ya sé que no he aparecido por allí en dos días, pero estoy bien. Sólo estoy... ocupada —se quedó en silencio unos segundos—. No, no he escuchado las noticias hoy... Precisamente iba a poner la televisión del bar. Gracias.

—¿Qué pasa? —le preguntó Roman cuando la vio colgar.

—Hay una tormenta tropical en camino. Si sigue su curso, tal vez tengamos que evacuar la isla en unos días. Nada del otro mundo: forma parte de la rutina de los Cayos.

Roman se imaginó de inmediato el caos circulatorio que podría generar una noticia como ésta, con una sola autopista comunicando las islas con Miami.

—Apuesto a que se va a montar un buen lío.

—Si la tormenta se convierte en huracán, nos avisarán con tiempo de sobra. Habitualmente las tormentas pierden fuerza o se desvían y pasan de largo.

Pensó en la historia que le había contado acerca de los residentes de Thunder Key que murieron atrapados en el faro. Sintió un abrumador impulso de protección y quiso hacer algo enseguida, llevarse a Leah en aquel mismo momento... Pero ella tenía razón. Era más que probable que la tormenta pasase de largo por delante de los Cayos. Tendrían que esperar a ver. Sólo era una variable más que escapaba a su control.

Al igual que ocurría con la tormenta, Roman no podía en absoluto

controlar lo que le estaba sucediendo a Leah. Sólo podía aceptar lo que el destino le hubiera reservado y, mientras tanto, protegerla lo mejor posible. Al fin y al cabo, el ejecutivo frío y calculador que siempre había sido, y que siempre había controlado en todo momento cada aspecto de su vida... ¿acaso no había fracasado estrepitosamente con Leah? En ese sentido, nada había cambiado. Detestaba aquella sensación de impotencia.

Leah recogió el mando a distancia y encendió el televisor. Fue cambiando de canal hasta que sintonizó la cadena especializada en informaciones meteorológicas. Roman, por su parte, descolgó el teléfono y marcó el número de Mark en el hospital mientras escuchaba las noticias:

—Un nuevo frente de fuertes tormentas se está formando en el Atlántico. Los vientos altos no favorecen un rápido desarrollo por el momento, pero la borrasca puede crecer entre las próximas cuarenta y ocho y setenta dos horas.

Leah se apoyó en la barra, concentrada en la pantalla. Roman habló con dos secretarias y una enfermera antes de poder acceder a Mark que se hallaba de guardia en una de las salas.

—Una unidad aérea de reconocimiento se dirige ahora mismo hacia el frente de nubes para... —proseguía la voz del locutor.

—Eh, amigo, ¿qué tal te va por las islas? —le preguntó Mark—. Sol y playa, nada de trabajo... ¿Estás seguro de que lo que estás viviendo ahí no es una crisis laboral?

Roman no pudo evitar una punzada de irritación.

Mark sabía perfectamente que no estaba allí de vacaciones. Sabía que estaba allí con Leah, pero no lo creía. Pensaba que estaba loco, trastornado.

—¿Tienes el nombre de algún psiquiatra de confianza?

—Perdona por no haberte llamado ayer, pero algunos tenemos que trabajar, ¿sabes? Mira, sé que crees haber visto a Leah allí, pero eso sencillamente no es posible, Roman. Está muerta. Y si no lo está... ¿qué diablos está haciendo en esa isla? ¿Por qué no ha vuelto contigo? Deberías tener mucho cuidado, Roman. Más del que has tenido hasta ahora.

Sabía a lo que se estaba refiriendo. Estaba hablando de su matrimonio, de lo precipitado que había sido todo. Mark nunca había aceptado a Leah más que el resto de su familia y, para colmo, había sido el médico de Nikki

Bates. Nikki se había suicidado, lo que había fortalecido aún más el punto de vista de su familia respecto a su matrimonio.

—Sólo necesito un nombre, Mark. Si eso es mucho pedirte, ya encontraré uno en la guía telefónica, pero quiero contratar al mejor. Si no te importa...

—¿Qué es lo que sabes de esa chica?

«Esa chica», se repitió Roman, con un nudo en las entrañas. Leah lo estaba mirando con curiosidad, intrigada.

—O me das el nombre o cuelgo el teléfono.

—Bien. Como quieras. Kent Thompson. Un gran psiquiatra de Miami —le dio el número y Roman se lo apuntó—. Gen está muy preocupada por ti.

—Dile que no tiene por qué estarlo. Estoy bien. ¿Le has dicho algo de esto?

—No. Tú me pediste que no lo hiciera.

—Muchas gracias por el nombre, Mark —y colgó antes de que su cuñado pudiera hacerle más preguntas.

—¿Tienes el nombre de un médico? —preguntó Lean.

Roman asintió. No quería explicarle demasiado. Advirtió que le temblaba la mano cuando recogió el papel con el número de teléfono.

—Todavía no estoy preparada.

Roman asintió.

—Al menos guárdatelo —sabía que no podía presionarla. Sólo ella podría decidir cuándo estaría lista para buscar tratamiento médico. Tanto si le gustaba como si no, tendría que esperar a que se decidiera.

Llamaron de repente a la puerta del bar. Roman atravesó la sala y descornó el cerrojo. A su espalda, Leah apagó la televisión.

—Soy el inspector Striker, de la comisaría de Thunder Key. ¿Es usted el señor Bradshaw?

—Gracias por venir —le estrechó la mano.

Striker era un hombre bajito y delgado, de mirada franca y directa que inspiraba una confianza inmediata.

—Y ésta es Leah... Wells —maldijo para sus adentros. Habría querido

presentarla como «Bradshaw», pero por el momento, hasta que supieran quién o qué estaba detrás del espía de la cámara, lo más prudente era guardar su identidad en secreto. Por mucho que detestara la idea.

Leah se acercó al agente y le estrechó también la mano. Los tres se sentaron en torno a una mesa. Roman abrió su cuaderno con los nombres y las notas que había tomado de su conversación de la noche anterior con ella.

—Usted mencionó un posible allanamiento del apartamento de la señora Wells —empezó el inspector—. Y que alguien la estuvo espiando y fotografiando...

—Lo vi hace un par de días, en el bar —explicó Leah—. Al principio pensé que sólo estaba fotografiando el local... como suelen hacer tantos turistas. Pero luego me di cuenta de que me estaba fotografiando a mí. Aun así, tal vez no sea nada alarmante... —se encogió de hombros.

—¿Qué más? —la animó a continuar Striker.

—Estaba hablando por un móvil, y creí ver que llevaba una pistola bajo el impermeable. Joey, el cocinero del local, le preguntó si estaba armado, y el tipo se levantó y se marchó.

—Poco antes descubrió que había entrado alguien en su apartamento —intervino Roman—. Y también ha recibido extrañas llamadas de teléfono.

—¿Amenazas?

Roman vio que Leah negaba con la cabeza. «Sé quién eres. Y sé lo que has hecho». Por mucho que le disgustara, sabía que era lo suficientemente prudente como para ocultarle ese dato al policía. Podría desencadenar una serie de preguntas que ninguno de los dos deseaba responder por el momento. Al menos mientras continuara viviendo en Thunder Key bajo un nombre supuesto.

—De acuerdo —dijo Striker mientras tomaba algunas notas—. Respecto al apartamento... parece ser que no se llevaron nada, ¿verdad?

—No que yo sepa —declaró Leah—. En realidad, no puedo estar cien por cien segura de que alguien estuvo allí. Pero tuve la sensación de que así fue. Había cosas movidas ligeramente de su sitio. Todo estaba como... cambiado.

—Recogeré huellas —anunció el inspector.

Luego le preguntó quién más había estado en el apartamento y le pidió una descripción del hombre. Roman le prometió entregarle una fotocopia de sus propias notas antes de que se marchara: contenía la lista de amigos y lugares que frecuentaba Leah en la isla, la misma que ella le había facilitado.

—Ayer por la mañana volvimos a ver a ese tipo —añadió Roman—. En la playa. Estaba espiando a Leah, fotografiándola otra vez. Y vi que llevaba un arma, estoy seguro. Veamos. Sabemos que la ha estado espiando y que posiblemente ha entrado incluso en su apartamento —recapituló—. Lo que no sabemos es quién es ni lo que pretende.

—Tengo un equipo de huellas en el coche patrulla. Ahora mismo lo traigo.

Striker se marchó después de tomar las huellas del apartamento. También se llevó las de Leah y las de Roman, y se comprometió a volver más tarde para tomar las del resto de la plantilla.

—Esto es horrible —murmuró Leah—. Ahora resulta que voy a implicar a mis amigos en mis problemas.

Joey entró en aquel momento por la puerta trasera.

—Tendré que explicarles a Joey y a los demás por qué el inspector Striker vendrá después a tomarles las huellas... —añadió ella.

—¿Explicarnos qué? —inquirió Joey, acercándose a la barra.

Leah le proporcionó un breve resumen de todo lo sucedido... excluyendo el pequeño detalle de que Roman era su marido.

—Detesto todo esto. Lo siento.

—A mí no me importa —repuso Joey, mirándola preocupado.

—Pues a mí sí —parecía más tensa que nunca—. Sólo quiero que esto termine de una vez. Quiero dejar de mirar constantemente hacia atrás, preguntándome si alguien me está siguiendo, o fotografiando... —cerró los ojos con fuerza—. Esto es una locura.

Roman le tomó una mano.

—Necesitas un descanso. Necesitas alejarte del bar, de Thunder Key.

—Estoy de acuerdo —convino Joey—. Tómame el día libre, Leah. Ya contrataremos a alguien más en caso necesario —y lanzó una mirada a

Roman mucho más agradecida que desconfiada.

Al menos alguien estaba empezando a confiar en él...

—De acuerdo —aceptó por fin ella.

Quizá, sólo quizá... Leah estaba también empezando a confiar en él, después de todo...

—Tienes que estar bromeando —le dijo cuando llegaron a su destino, en una de las islas del archipiélago.

Roman la tomó de la mano mientras se dirigían al parque acuático de la marina. El lugar acababa de abrir y estaba lleno de visitantes. Parecía muy contento de estar allí, con ella, disfrutando simplemente del momento, y eso la asustaba. La embargaba una compleja mezcla de emociones y temores imposibles de superar. Ni siquiera por unas pocas horas.

—¿Seguro que eres un estirado y aristocrático ejecutivo de Wall Street? —preguntó, bromeando, sorprendida de la actividad que había elegido Roman para aquel día. Pero, en honor a la verdad, no había sido la primera sorpresa. Había empezado deteniéndose en una heladería de carretera, en la Autopista del Mar.

—Ningún día que empiece con un sabroso helado puede ser malo —le había dicho cuando le entregó un cucurucho con dos bolas de chocolate.

Leah había probado el helado consciente de que tenía la mirada fija en sus labios, hasta que arrancó de nuevo el coche.

Habían hecho el viaje desde Thunder Key con las ventanillas abiertas, disfrutando de la brisa. Pese a estar en agosto, el tiempo era casi primaveral.

—¿Ves algún traje de ejecutivo por aquí cerca? —le preguntó en aquel instante, mirando a su alrededor con gesto teatral mientras guardaban cola a la entrada del parque—. Soy el futuro propietario de un tranquilo bar de playa en los Cayos de Florida. Ni siquiera llevo reloj —señaló su muñeca desnuda—. Ni móvil. Ni ordenador portátil. Tomo helado para desayunar y nachos para comer.

—¿Y para cenar?

La forma en que la miró, sugiriéndole que ella estaba en el menú, la hizo estremecerse de placer. Oh, Dios, era tan atractivo...

—Esto está lleno de gente —le comentó una vez dentro del parque—. Si aparece la tormenta... ¿qué pasará con los turistas?

—Esperarán hasta el último momento en ser evacuados, si acaso llega a ser necesario —respondió Leah—. ¿Tienes idea de la fortuna que han pagado para poder veranear en los Cayos de Florida?

Le costaba recordar que el dinero no era ningún problema para Roman Bradshaw. Tal vez en ese momento no fuera vestido de ejecutivo, pero seguía siendo obscenamente rico.

—Eh —le dio un rápido beso en los labios—. Divirtámonos un poco. Si te cansas, nos sentaremos o daremos media vuelta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repuso, aunque se sentía ya menos cansada. Lo cual seguro que tenía algo que ver con la manera que tenía de mirarla Roman. La hacía sentirse viva y llena de esperanza... muy a su pesar.

Durante las siguientes horas, sin embargo, Roman no le dio tiempo ni a pensar. El parque acuático había sido edificado en el terreno de varias canteras abandonadas, y ahora era una enorme laguna de agua salada llena de todo tipo de animales, desde delfines hasta leones marinos. Después de contemplar las piscinas de tiburones, tortugas y rayas, fueron a ver el espectáculo del delfinario. Roman le pasó un brazo por los hombros mientras se sentaban delante, y se echó a reír cuando les salpicó un delfín al surgir de repente frente a ellos.

En la exhibición de los leones marinos, la fotografió tocando y acariciando a aquellas simpáticas criaturas, rodeada de niños.

—Si quieren, les saco una foto juntos —les propuso una sonriente madre, que acababa de fotografiar a sus hijos.

Roman le entregó su cámara, tomó a Leah de la cintura y la atrajo hacia sí. Leah no pudo menos que recordarse que aquella escena, inmortalizada en una foto, no era lo que parecía. No eran realmente dos amantes disfrutando de un maravilloso día en el parque. Eran dos desconocidos, separados por el tiempo, el destino y una amenaza oculta, desconocida.

Comieron en una cafetería, en una de cuyas paredes se proyectaba una interminable serie de imágenes de los Cayos, a cuál más hermosa.

—Dime una cosa, Roman Bradshaw versión 2.0 —dijo Leah, adoptando un tono ligero pese a la seriedad de lo que quería preguntarle—, ¿por qué

volviste a Thunder Key?

Roman se la quedó mirando en silencio. Y apartó su plato antes de que hubiera acabado del todo.

—Después de perderte, intenté volver a trabajar, pero me sentía... vacío. Y eso que el negocio familiar había significado mucho para mí, o al menos eso creía yo.

—¿Lo echas ahora de menos?

—No. En absoluto.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué volviste a Thunder Key? Supongo que debió de resultarte muy doloroso.

—Desde luego. Y el dolor no ha desaparecido.

Mirándolo, se le hizo un nudo en la garganta. Estaba siendo sincero con ella, y eso no podía ser nada fácil, teniendo en cuenta el precario estado actual de su relación.

—Pero sabía que tenía que encontrar una manera de curarme, de hacer las paces conmigo mismo y seguir adelante —añadió.

Leah se preguntó si lo habría conseguido, o si estaba cerca de hacerlo. ¿Se curaría, se reconciliaría consigo mismo y se marcharía tan pronto estuviera resuelta la situación? «Dejémoslo simplemente como lo que fue: algo que los dos queríamos, necesitábamos». Eso era lo que le había dicho aquella mañana, después de haber hecho el amor. Se mordió el labio, mirándolo detenidamente.

—Varias veces me dijiste que habías sido un canalla en tu relación conmigo —pronunció al fin. ¿La estaría protegiendo, ayudando, o todavía le importaría lo suficiente... hasta el punto de amarla? Pese a lo que le había dicho acerca de que no la creía capaz de haber hecho nada malo, resultaba asimismo evidente que se estaba conteniendo. Simplemente no sabía qué pensar, ni qué sentir, y lo peor era que parecía estar enamorándose de él... otra vez.

—Al principio me sentí atraído por ti porque eras diferente, Leah —le confesó— Diferente de todo lo que había conocido. Eras abierta, cariñosa, apasionada... No había nada frío en ti. Todo lo contrario que mi familia.

Cuanto más cosas sabía Leah de los padres de Roman, con mayor temor contemplaba la posibilidad de llegar a conocerlos algún día.

—No son mala gente —se apresuró a precisar él—. Pero son conservadores, tradicionales, preocupados por reglas y compromisos que a ti te resultaban absolutamente ajenos. Tú me sorprendías constantemente. Tenías prioridades que me eran del todo extrañas. Y, como resultado, teníamos muchas discusiones...

—¿Qué tipo de discusiones? —inquirió, curiosa.

—La mayor parte por la manera en que pasábamos el tiempo juntos. O por la manera que tenía yo de pasar mi tiempo, que era precisamente trabajando. Tú siempre querías llevarme a alguna parte, hacer que me olvidara del trabajo, y yo siempre me resistía.

—Hoy has sido tú quien me ha sacado del trabajo —señaló ella.

Un brillo asomó a sus ojos. Leah descubrió en ellos una sonrisa irónica antes de que llegara hasta sus labios.

—Parece que han cambiado las tornas.

—Pero ¿qué sentido tiene que me digas ahora todo esto? Yo no me acuerdo. ¿Para qué decirme que fuiste un canalla conmigo?

—El futuro no existe si no nos enfrentamos antes con el pasado —pronunció en voz baja—. Y eso vale para los dos.

Leah bebió un sorbo de su copa.

—Entonces... ¿qué más hacías en Nueva York, aparte de trabajar?

—Correr. Eso lo teníamos en común. Yo no me lo tomaba como la afición que era, sino más bien como un trabajo, una competición. Como me lo tomaba todo en la vida. Hasta que empecé a correr contigo.

—¿De veras?

—Tú me volvías loco. Te detenías de repente, por ejemplo, a oler las flores —volvió a sonreír—. Me obligabas a hacer un montón de cosas que no me apetecían... y que luego, al final, me gustaban.

—¿Cómo cuáles? Aparte de oler flores, claro —la divertía imaginar a un grandullón como Roman oliendo flores.

—Visitar museos, ir al circo, a los parques. Siempre estabas intentando llevarme a alguna parte para divertirnos. Si intentaba decirte que no, te inventabas algo para convencerme. Como aquella broma de los «días nacionales».

Leah evocó lo que le había dicho acerca del día nacional de «Llévate a un chico de ciudad a la playa».

—¿Y tú? ¿Lo hacías? ¿Conseguía yo convencerte?

Una sombra pasó por sus ojos.

—A veces.

—Yo apenas salgo del bar —la misma sombra pareció reflejarse en su mirada—. Supongo que es como mi refugio. Es donde me siento segura, a salvo —«hasta ahora», añadió para sí. Porque ya no se sentía a salvo en ninguna parte. Ni siquiera allí, en otra isla, en un parque acuático lleno de niños. De vez en cuando se sorprendía mirando a su alrededor buscando a un hombre misterioso con una cámara...—. ¿Qué pensaba tu familia de mí? —le preguntó de pronto.

Después de todo lo que le había dicho Roman, había tenido un presentimiento, algo parecido a una intuición. Como la alergia que tenía hacia los gatos.

—No te aprobaban.

—Me lo figuraba.

Pensó que tampoco la habrían aprobado ahora. Roman había estado decidido a casarse con ella pese a sus objeciones, y eso no debía de haberles gustado nada. Y a esas alturas no solamente continuaba casado con la mujer equivocada, sino que además estaba allí, con ella, en los Cayos de Florida. Había hecho una especie de viaje emocional al lugar donde habían vivido su luna de miel, y ni siquiera sabía lo que sentiría cuando todo aquello hubiera terminado. Era lo suficientemente inteligente para no hacerle ninguna promesa sobre el futuro. Leah se dijo que, en lo sucesivo, haría bien en tenerlo en cuenta.

Después de comer, hicieron otra parada en la feria de atracciones del parque. Roman insistió en conseguirle un delfín de peluche en un puesto de tiro al blanco.

—Los delfines dan buena suerte —le dijo cuando por fin logró derribar de un pelotazo la fila de patos necesaria para ganar el premio.

Parecía estar disfrutando como un niño. Al igual que ella pero por motivos muy diferentes, Leah dudaba que Roman hubiera tenido una infancia feliz. No tenía más que imaginarse el severo ambiente familiar en

el que se habría criado.

Hasta que la conoció a ella, y le enseñó una manera de vivir diferente. Alegre, despreocupada. En aquel momento, curiosamente, las tornas parecían haber cambiado. Ésas habían sido sus palabras textuales. Le había dicho muchas veces que se había comportado con ella como un canalla, cuando en realidad era un hombre dulce, atento, bueno... Y lo peor de todo era que esas cualidades representaban una amenaza para su corazón, ya que nada de todo aquello era real. Y podía desaparecer con suma facilidad.

Subieron a una noria. Arriba del todo, se dominaba la cadena de arrecifes que salpicaban el horizonte. Por un instante Leah tuvo la sensación de que estaban aislados del mundo, completamente solos. Por encima de la gente, de la tormenta que se adivinaba a lo lejos y del futuro que los aguardaba.

Hasta que la noria se puso nuevamente a funcionar y bajaron a tierra.

La última parada fue en una aparatosa máquina de la suerte que llevaba escrito el nombre de Fortune Bob. Roman echó una moneda. Expectante, Leah recogió la tarjeta y la leyó:

—Fortune Bob dice que aceptes la siguiente proposición que te hagan, ya que no te arrepentirás —miró a Roman, y vio que le brillaban los ojos—. ¿Tú crees que estoy en problemas? —inquirió con el corazón en la garganta. En aquel momento habría sido capaz de aceptar cualquier cosa que le hubiera propuesto, tarjeta de la suerte o no de por medio.

—Depende de lo que entiendas por «problemas».

Cuando abandonaban la feria, las nubes de tormenta ya se estaban acercando. Todavía era temprano, pero el cielo se había oscurecido. Una banda de música tocaba en un quiosco del parque.

—Creo que me ha caído una gota en la nariz —dijo Leah, alzando el rostro al cielo.

—Perfecto para bailar bajo la lluvia.

—Nos vamos a empapar. Fíjate que todo el mundo está corriendo a refugiarse.

—Pero supongo que tú no querrás atraer la cólera de Fortune Bob, ¿verdad? —la acercó hacia sí.

Era increíble sentir su cuerpo amoldado al suyo, aquel cuerpo

musculoso, que rezumaba seguridad. Apenas se movían. Simplemente se balanceaban suavemente al son de la música. La lluvia empezó a caer con más fuerza.

—Ya te dije que nos íbamos a empapar —levantó la cabeza para mirarlo, todavía en sus brazos. Pero no estaba pensando en la lluvia. Estaba pensando en el sexo tan increíble que habían compartido la noche anterior y preguntándose cómo iba a poder contenerse para no repetirlo.

Incluso en aquel momento, con sus manos sobre su cuerpo, su boca tan cerca de la suya, sólo podía pensar en que quería sentirlo una vez más en su interior. Era como si su sabor, su contacto, su aroma, se le hubieran filtrado en el alma. Para quedarse allí por mucho tiempo...

—¿Leah?

—¿Sí? —inquirió, con un nudo en la garganta.

—¿Estás bien?

«No, me aterra estar enamorándome de ti», pensó, pero no lo dijo.

—Sólo estoy un poco cansada.

—Vayámonos a casa.

El corazón le dio un vuelco al ver que alzaba una mano para acariciarle una mejilla. Como respuesta, le echó los brazos al cuello y se besaron. Podía sentir su excitación presionada contra el vientre.

Sólo entonces se abrió realmente el cielo y empezó a llover torrencialmente.

Roman terminó el beso y se la quedó mirando con fijeza, absorto en sus ojos. La lluvia le corría por la cara. Leah tardó unos segundos en darse cuenta de que se estaban empapando de verdad.

—Corre —le dijo él, y echaron a correr hacia la salida.

Llegaron al coche y arrancaron. Leah conectó el estéreo. Los lentos acordes de una balada se mezclaron con el crepitar de la lluvia. Se recostó en su asiento, agotada.

—Leah.

Sintió que alguien le tocaba un hombro y parpadeó varias veces.

—Te has quedado dormida. Lamento despertarte, pero tenemos que entrar.

Miró a su alrededor. Estaban delante del edificio principal del White Seas.

—Tengo que pasarme por el Aleta de Tiburón —dijo automáticamente. No recordaba la última vez que se había tomado un día entero libre—. He de asegurarme de que todo ha ido bien hoy.

Un empleado del hotel apareció inmediatamente para hacerse cargo del coche. Roman y Leah entraron en el pórtico, a salvo de la lluvia. La guió a través de un gran vestíbulo de mármol, hasta el sendero empedrado que llevaba al bungalow, flanqueado de tilos.

Tuvieron que correr para no mojarse más. Y nada más llegar vieron una extraña sombra en la puerta abierta del jardín.

Capítulo 12

—Llama al servicio de seguridad del hotel. Marca el ocho en el teléfono —le ordenó Roman mientras se dirigía hacia allí.

—¡No! —gritó, decidida a detenerlo. En la fracción de segundo en que sus miradas se encontraron, todas las dudas acerca de su relación dejaron de importar. Estaba asustada... por él. La corriente de emoción la desbordó como una marea.

Pero Roman no tenía tiempo de sentir. Tenía que actuar en aquel momento, de inmediato. La figura ya había desaparecido.

Salió a toda prisa por las puertas del jardín. Por desgracia, no iba armado. Bajo la lluvia, distinguió a un hombre rodeando la esquina del siguiente bungalow. Se dirigía hacia la playa... y hacia el denso refugio de los árboles que se levantaban detrás.

Rezando para que el servicio de seguridad no estuviera muy lejos, Roman echó a correr. Si aquel tipo conseguía llegar hasta la línea de árboles, se perdería en la noche.

Suerte que era un gran corredor. De todas formas, el intruso logró internarse en la espesura. Roman terminó de atravesar la playa y se lanzó sobre él, aprovechando que acababa de tropezar con una raíz. Sintió que algo le arañaba una mejilla: la rama espinosa de una hiedra. Rodaron por el suelo. Fue entonces cuando vio que soltaba un objeto, que terminó rebotando contra el tronco de un árbol. Una pistola.

Tenía que actuar rápido. En Wall Street no lo habían entrenado para pelearse con delincuentes, pero en aquel instante habría hecho cualquier cosa por Leah. Cuando el tipo intentó escaparse, lo agarró por el cuello de la chaqueta y le propinó un puñetazo en la cara. De inmediato aprovechó su aturdimiento para hacerse con el arma.

No dudó en ponerle el cañón bajo la barbilla. A la débil luz del crepúsculo reconoció al extraño de la playa, el hombre que había estado espionando a Leah. Y ahora acababa de allanar su bungalow. ¿Por qué?

—Si yo fuera tú, no movería un pelo.

El tipo maldijo entre dientes. Hasta ellos llegó un rumor de gritos. La seguridad del hotel. La lluvia seguía cayendo, filtrándose entre los árboles. Los ojos del extraño brillaban en la penumbra.

—¿Quién diablos eres tú? —le preguntó Roman.

—No tengo por qué decirte nada —el hombre parecía haberse recuperado del puñetazo, aunque no hacía otra cosa que jadear. El cañón de la pistola lo tenía inmovilizado.

—Puedes decírmelo a mí o a la policía. La seguridad del hotel viene hacia aquí.

El hombre maldijo de nuevo.

—Soy investigador privado —le tembló ligeramente la voz—. Tengo mi licencia. Si quieres tomar mi cartera...

—¿Dónde está?

—En el bolsillo interior de mi chaqueta.

Sin dejar de apuntarlo, metió una mano bajo su chaqueta y encontró la cartera. Allí estaba la licencia de detective, a nombre de Norman Robertson, del estado de Florida. Su padre le había mentido una vez, cuando le dijo que no había contratado a nadie para que investigara los antecedentes de Leah. Y ahora al parecer había vuelto a mentirle, durante su conversación por teléfono del día anterior. Sintió una punzada de furia.

—Tengo permiso de armas —explicó Robertson.

—Pero no para allanar una propiedad privada —rugió Roman, lanzándole de nuevo la cartera. Antes se guardó la licencia de detective en el bolsillo trasero del pantalón—. Ni para acechar y acosar a mi esposa. ¿Quién te contrató? ¿O quieres esperar a explicárselo a la policía en una celda?

—No creo que te guste que le explique nada a la policía, Bradshaw —siseó el hombre—. Tu esposa... —pareció escupir la palabra— está viviendo aquí bajo una falsa identidad. Yo no la estoy acechando. Ni pretendo hacerle el menor daño. Sólo estaba buscando información.

—¿Qué es lo que sabes de mi esposa? —le preguntó Roman con absoluta frialdad.

—Más que tú.

Bajó la pistola y lo agarró del cuello con la otra mano.

—Entonces suéltalo. Ahora.

—Pregúntale a tu familia si quieres saber algo. Yo trabajo para ellos, no

para ti. Y si no quieres que toda la isla se entere de lo que tu familia ya sabe sobre esa esposa tuya, será mejor que me sueltes antes de que lleguen esos tipos de seguridad —le sostuvo la mirada—. Nadie quiere hacerle daño a tu mujer, Bradshaw. La criminal es ella.

Fue como si un puño helado se cerrase sobre su corazón. «La criminal es ella». No era posible. No podía creer que Leah hubiera hecho nada malo.

Las voces de los guardias se acercaban. «Si no quieres que toda la isla se entere de lo que tu familia ya sabe sobre esa esposa tuya...».

—Así que mi familia te contrató, ¿eh? Pues ya has perdido el caso. Vete de Thunder Key. Si vuelves a acercarte a Leah, no me hago responsable de lo que te suceda, ¿entendido?

—Por mí estupendo. Nadie me avisó de que eras un maldito loco...

Roman lo soltó con un empujón y le descargó el arma antes de devolvérsela.

—Fuera de aquí.

Tenía que averiguar lo que sus padres sabían sobre Leah. Y tenía que protegerla. Aunque eso significara dejar escapar a aquel canalla.

El detective se levantó, tambaleándose. Recogió su arma y su cartera del suelo.

—¿Dónde está mi licencia?

—En mi bolsillo. Y da gracias que no vayas a perderla para siempre por allanar una propiedad —Roman alzó la voz—. ¡Esfúmate!

El hombre vaciló durante un par de segundos y desapareció en la espesura. Roman salió a la playa y casi tropezó con los dos guardias de seguridad del hotel.

—Nos avisaron de que había un intruso, señor —dijo uno de ellos, jadeando por el esfuerzo de la carrera.

—Había alguien en mi bungalow cuando entré. Lo perseguí, pero se perdió en los árboles.

El guardia habló por un transmisor y se dirigió a su compañero:

—Mira a ver si puedes encontrarlo.

—Hace tiempo que se ha ido —informó Roman—. Me vuelvo al bungalow para ver si se ha llevado algo, pero creo que no le hemos dado

oportunidad.

Dejaría que pensarán que se había tratado de un simple intento de robo. No le importaba. Lo prioritario era desviar la atención de Leah.

—Señor, el hotel está orgulloso de su servicio de seguridad. Seguro que nuestras cámaras de video vigilancia lo habrán grabado, y es muy posible que terminemos agarrándolo. ¿Estaba cerrado con llave el bungalow?

—Sí —todo aquello le resultaba indiferente: tenía que ver cuanto antes a Leah— Necesito volver con mi... —«esposa». Había querido decir «esposa», pero se tragó la palabra.

Las palabras del investigador privado asaltaron de nuevo su mente: «Si no quieres que toda la isla se entere de lo que tu familia ya sabe sobre esa esposa tuya...». Por el momento, hasta que descubriera lo que le había pasado a Leah, lo mejor era mantener su identidad en secreto. Le costaba creerlo, pero evidentemente el detective había descubierto algo en su antigua vida. Antes de conocer a Roman. Antes de que se casaran. Y sus padres lo sabían. Tenía que conseguir esa información. Fuera la que fuese.

¿Y si era una fugitiva de la justicia? ¿Y si ya había estado huyendo cuando la conoció? ¿Y si la perseguían por un crimen? ¿Se la llevaría de allí, ahora que ya la habían encontrado?

Sentía una opresión en el pecho sólo de pensarlo, pero sabía sin ninguna duda que haría cualquier cosa para protegerla. Pero ¿y si no podía? ¿Y si había hecho algo tan terrible que...?

—He de volver al bungalow. Tengo allí a una... amiga.

—Una empleada del hotel está con ella, señor —lo informó el guardia—. La policía viene hacia aquí. Necesitaremos la presencia de los dos para la declaración.

—Bien.

El guardia se puso a hablar nuevamente por su transmisor. Su compañero volvió corriendo.

—Ni rastro de él.

Roman suspiró aliviado y echó a andar por la playa. Necesitaba abrazar a Leah, en ese mismo momento, sin más demora. Lo necesitaba tanto como respirar.

Todas las luces del bungalow estaban encendidas. La figura de Leah se

recortaba contra las puertas del jardín. Nada más verlo, corrió hacia él.

—Estaba tan preocupada... —susurró contra su pecho.

Entraron. Parecía muy afectada, pero sonreía débilmente, de puro alivio. Roman no quiso decirle nada que pudiera borrar aquella sonrisa. Había una empleada del hotel esperando al lado de la puerta.

—Estaba tan asustada... ¡No vuelvas a nacerlo de nuevo! Pudieron haberte matado. Si algo te hubiera sucedido...

—Sssh. No ha pasado nada. Estoy bien —no lo estaba, y ella tampoco, pero no tenía la menor idea de cómo decírselo. No quería decírselo.

El teléfono del bungalow sonó en aquel instante. Leah dio un respingo, estremecida. Fue Roman quien respondió.

—¿Señor Bradshaw? Ha venido un agente de la comisaría de policía de Thunder Key. Se dirige en este momento hacia su bungalow.

Roman dio las gracias al empleado y colgó.

—Vamos a tener que prestar declaración —explicó a Leah—. No nos llevará mucho tiempo.

—Tu mejilla —dijo Leah de repente, señalándosela—. Tienes un corte. Ni siquiera se había dado cuenta.

—Debí de hacérmelo cuando perseguía al tipo entre la maleza.

La mirada de Leah se oscureció por un segundo. Miedo. Sentía miedo por él.

—Estoy bien —volvió a asegurarle. No tenía ninguna razón para temer por él... porque era ella la que podía estar en serios problemas. Pero al menos se encontraba a salvo. Nadie en Thunder Key le haría el menor daño. Nadie la había estado amenazando.

Lo cual, sin embargo, no consiguió tranquilizarlo. Algo terrible se ocultaba en su pasado. Y no descansaría hasta descubrirlo.

Llamaron a la puerta. Abrió la empleada del hotel y entró un agente de uniforme. La mujer aprovechó para marcharse.

El agente los saludó amablemente y se sentaron los tres a la mesa, cerca de las puertas del jardín. Roman le resumió la declaración que habían hecho antes acerca de las extrañas llamadas de teléfono y del hombre que había estado espiando a Leah. Omitió todo lo demás. El policía sacó huellas

tanto de las puertas del jardín como de la entrada del bungalow.

—Examinaré las cintas de vídeo del hotel. Y les avisaré en cuanto sepa algo. Si echan en falta alguna pertenencia, no duden en llamarme a comisaría.

—Gracias —Roman lo acompañó hasta la puerta.

Enseguida volvió con Leah. Estaba de pie al lado de la cama, pálida y agotada.

—Déjame ver esa herida...

—No es nada...

—Te pasa algo —adivinó ella al ver su expresión.

Roman sintió que el corazón se le encogía por momentos.

—¿No vas a decírmelo?

La sentó en la cama y la abrazó, acariciándole el pelo, la espalda...

—¡Roman!

Se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Ese tipo se llamaba Norman Robertson. Un investigador privado contratado por mi familia. No le dije a la policía que lo había atrapado porque... porque no quería que empezaran a hacer preguntas... sobre ti — sacó la licencia del detective y se la mostró.

—Oh. Dios mío... —susurró. Se había asustado de nuevo.

—Lo principal es que el hombre que te estuvo espiando, fotografiando... no pretendía hacerte daño. Por su parte no corres ningún peligro.

Podía estar en peligro, ciertamente, pero se trataba de otra clase de peligro: de las fuerzas de la ley, no de un desquiciado agresor. Pero eso no quería decírselo. Ya la había asustado demasiado.

Cuando descubriera la verdad, se la diría. Por el momento no sabía nada, y lo poco que tenía que decirle sólo conseguiría alterarla aún más. Odiaba mantenerla en la ignorancia. Se merecía saber la verdad... ambos se lo merecían. Pero ¿y si huía? ¿Y si había estado huyendo aquella noche, cuando su coche se precipitó por el puente?

No podía arriesgarse. Tenía que descubrirlo por sí mismo, y demostrarle después que nada en el mundo conseguiría separarlos. Rezó para que fuera

verdad.

—Ya no tienes por qué preocuparte de él. Está fuera de juego. Se largará de la isla.

—¿Estás seguro?

—Me aseguraré de ello —quería telefonar a sus padres en aquel preciso instante, pero su padre le había mentado apenas el día anterior. No tenía manera de saber si ahora iba a decirle la verdad.

Tenía que hablar con ellos cara a cara. No sabía si Mark les había hablado de Leah o si habían enviado a aquel detective solamente para espíarlo a él. No importaba. Lo único que importaba era poner fin a esa situación.

—Voy a tener que irme a Nueva York. Mañana. Si todo va bien volveré mañana mismo por la noche, o a la mañana siguiente a más tardar.

—¿Por qué?

—Necesito hablar con mi familia. Ya es hora de que entiendan que ellos no tienen nada que ver con lo que está sucediendo aquí, entre nosotros. Y quizá de paso pueda conseguirte algunas respuestas. Tengo que averiguar qué es lo que ese investigador privado les ha dicho acerca de ti. Él a mí no me diría nada, pero mi familia sí. No tendrán más remedio —se esforzó por dominar su furia. No era el momento adecuado para exteriorizarla. Ya lo haría con sus padres, cuando llegara a Nueva York.

—No puedo acompañarte. No estoy preparada... —le tembló la voz.

—Lo sé —no quería dejarla, pero no tenía otra opción. Tenía que descubrir la verdad—. No estaré fuera más que una sola noche, como máximo —le prometió.

Se hizo un denso silencio. Eran tantas las incertidumbres que los acosaban... Su futuro era como un sombrío lago cuyo fondo no se pudiera distinguir. La tensión era visible en los hombros de Leah, y Roman la atrajo de nuevo hacia sí. Rezó para que no descubriera nada en Nueva York que pudiera suponerle algún daño. Su corazón le enviaba un inequívoco mensaje: después de aquel último año y medio, sus sentimientos por ella eran más fuertes que nunca, pero no podía expresarlos con palabras, ni siquiera a sí mismo. No cuando el futuro de su relación todavía seguía perdido en la niebla de los recuerdos de Leah. No podría soportar perderla de nuevo.

—No te asustes, Leah. Enfrentaremos juntos el secreto que guarda tu pasado, sea el que sea...

—No hagas promesas —susurró.

Sus palabras lo desgarraron por dentro. Podía sentir el latido de su corazón. No supo qué decirle. En aquel momento no pudo contenerse de tumbarla en la cama y abrazarla; no habría podido evitarlo, por mucho que lo hubiera intentado. Su ropa aún seguía húmeda, pero ella estaba caliente, dispuesta a entregarse a él. Lo deseaba.

—Te he echado tanto de menos... —susurró contra sus labios. Quería que aquella noche, en aquella cama que antaño había sido la de su luna de miel, no terminara nunca. Empezó a besarla con infinita ternura.

Leah se sentía flotar. El contacto de sus dedos bajo la blusa, sobre su piel desnuda, resultaba absolutamente inefable. Todo en la manera que tenía de abrazarla, de besarla, de acariciarla, era justo, correcto, perfecto. Y ella no quería pensar en nada más que en sus manos, en su boca deslizándose por su cuerpo deseoso...

Le sacó la blusa por la cabeza. Con un rápido movimiento se quitó la camisa para ocuparse inmediatamente de su sostén color crema, casi transparente. Se permitió delineárselo antes con un dedo, interrogándola con la mirada como pidiéndole permiso. Fue ella quien se abrió el broche delantero.

No pudiendo resistir otro segundo, se apoderó de sus senos desnudos y enterró la cara en ellos, besándoselos, lamiéndoselos... Hasta que Leah tampoco pudo más y buscó frenéticamente la hebilla de su cinturón, el botón de sus vaqueros.

Lo deseaba con tanta desesperación... Estaba ardiendo por dentro. Le temblaban los dedos cuando consiguió bajarle por fin la cremallera.

—Te necesito ahora —susurró mientras él le acariciaba un pezón endurecido con la lengua.

—¿Dónde? —le preguntó con voz ronca, alzando la cabeza—. Dime dónde.

—Aquí —se llevó una mano a la braga. Quería librarse lo antes posible de la barrera de la ropa.

Roman se apresuró a quitársela y acto seguido se despojó del pantalón,

hasta que ambos quedaron completamente desnudos.

Leah le acarició el pecho con los ojos cerrados, saboreando la delicia de aquella piel tan suave bajo sus dedos. Era tan cálido, tan fuerte, tan seguro en aquel mundo suyo lleno de incertidumbres... Su universo parecía estrecharse para concentrarse únicamente en Roman, en aquellos mágicos instantes.

Y mientras tanto él no dejaba de besarla, de tocarla, de recorrer todo su cuerpo con las manos. Leah estaba en éxtasis: era todo tan dulce, tan sencillo y natural... En un determinado instante cerró los dedos en torno a su miembro excitado y pudo sentir cómo su propia pasión se desbordaba, fuera de control.

—Tenemos toda la noche —murmuró Roman contra sus labios, y su boca fue bajando cada vez más... hasta que deslizó la lengua en el dulce interior de su sexo. A partir de ese momento se dedicó a atormentarla de deseo, dejándola al rojo vivo.

—Por favor, Roman, ahora... —fue la última vez que pudo articular una frase entera. Si aquello era un tormento, era el más delicioso que había experimentado nunca. Un remolino de emociones la asolaba por dentro.

Roman la desnudaba de toda inhibición. Su boca, sus manos, parecían multiplicarse.

—Sí, sí... —no hizo otra cosa que gemir esa palabra una y otra vez, mientras su lengua seguía trabajando.

Arqueó el cuerpo, desesperada, febril. Con insoportable lentitud, se cernió sobre ella. Leah se aferró a sus nalgas, guiándolo hacia su interior. Los músculos de sus poderosos brazos se tensaron y le brillaron los ojos mientras sostenía su mirada. Pero apenas entró en ella.

Se fue introduciendo lenta, muy lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos. Y le cubrió la boca con la suya, aspirando sus gemidos de placer mientras se sumergía hasta el fondo. Leah empezó a moverse a su ritmo, desesperadamente lánguido, acompañado por sus besos.

Poco a poco fue incrementando la velocidad y Leah dejó de besarlo para echar la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. El sonido que ella misma se oyó pronunciar se le antojó casi inhumano, y no tardó en quedar ahogado por el rumor de la sangre atronando en sus oídos.

Sólo entonces fue consciente del orgasmo de Roman y abrió los ojos.

Seguía mirándola fijamente, con su nombre en los labios... hasta que se derrumbó sobre ella.

Podía sentir su corazón latiendo acompasadamente con el suyo, la caricia de su aliento en la mejilla, sus fuertes brazos rodeándola. Enseguida él se hizo a un lado, haciéndole apoyar la cabeza en el hueco de su hombro. No se oía más que el latido de sus corazones y el tamborileo de la lluvia en el tejado del bungalow.

No fue un buen despertar. Leah abrió los ojos, vio a Roman a su lado, oyó la lluvia cayendo todavía en la terraza y parpadeó varias veces para contener las lágrimas.

Ese día se iría a Nueva York. Descubriría la verdad. Fuera cual fuese. Y tal vez nunca volverían a compartir una noche como aquélla.

Pero Leah sabía que aunque eso no llegase a suceder, jamás en toda su vida se arrepentiría de las dos noches que había pasado en sus brazos. Hacer el amor con Roman había sido la experiencia más maravillosa de su vida. La había hecho sentirse querida, adorada. Ahora sabía que su hogar no solamente estaba en Thunder Key. También estaba en Roman. Él era su hogar, su refugio, su sueño dorado...

Si su mayor temor resultaba finalmente cierto, verdadero, ese mismo día acabaría todo. Y sin embargo, siempre atesoraría aquellos recuerdos con Roman.

Dormía tan plácidamente que detestaba despertarlo. Estaba despeinado, con una sombra de barba en el mentón. El corazón le dio un vuelco al recordar su mirada cuando se vertió en ella. De repente abrió los ojos y la sorprendió mirándolo. Había un brillo de fuego en sus azules profundidades.

Pero se marchaba, y de repente Leah no pudo soportarlo.

—Te llevaré al aeropuerto de Cayo Oeste —le propuso y empezó a volverse, decidida a ducharse. Antes de que pudiera estallar en sollozos en su presencia.

—Todavía no —la atrajo hacia sí—. Todavía tenemos tiempo.

—No tanto.

—Suficiente.

La buscó con la mirada y Leah cerró los ojos, consciente de lo que sentía por ella. Desgraciadamente estaban pisando un terreno muy peligroso, y ambos lo sabían.

¿Y si la justicia la reclamaba por un crimen del que no se acordaba? ¿Volvería Roman con ella o la dejaría en la estacada? Si decidía escaparse... ¿consentiría que la acompañara?

Pensar era demasiado doloroso, así que cuando sintió el roce de sus labios, se lanzó a sus brazos ahogando un sollozo. Esa vez no hicieron el amor con la exquisita lentitud de la noche anterior. No cuando Roman estaba a punto de marcharse. Fue algo implacable, temerario, rápido e intenso.

Cuando terminaron, se aferró a Leah como si nunca más quisiera separarse de ella.

El trayecto hasta Cayo Oeste transcurrió en un completo silencio. Llegaron al pequeño aeropuerto, pero Roman no bajó inmediatamente del coche.

—Hay algo que tengo que decirte. Debí haberlo hecho antes. Tenías derecho a saberlo.

Leah esperó con un nudo en la garganta. Presentía lo peor.

—Cuando encontraron tu coche en el río, había unos papeles de divorcio en el interior de tu maletín. Pensabas dejarme.

Sintió náuseas.

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta que sólo tú puedes contestar, Leah.

El Aleta de Tiburón estaba casi vacío. La tormenta parecía haber disuadido a los parroquianos de acercarse, mientras la televisión daba las últimas noticias. La tormenta tropical, ahora oficialmente un huracán, seguía su imprevisible curso y aún no se sabía si afectaría a los Cayos o no. Mientras tanto, continuaba avanzando y destruyéndolo todo a su paso, en cientos de kilómetros a la redonda.

Leah estaba tensa e inquieta, pero no era la tormenta lo que la preocupaba. Era el hecho de imaginarse a Roman en aquel preciso instante, volando hacia Miami, donde tomaría otro avión para Nueva York. Pese a sus

buenas intenciones, no estaba segura de que pudiera cumplir su promesa de volver aquella misma noche o a la mañana siguiente a más tardar. Si la tormenta seguía avanzando con ese rumbo, el aeropuerto de Cayo Oeste no tardaría en ser cerrado.

Roman le había hecho prometer que si las cosas cambiaban, si el huracán amenazaba directamente Thunder Key, abandonaría la isla. De hecho, antes de abandonar el White Seas, había reservado una habitación en el Hotel Gran Palm, de Miami, para las dos noches siguientes.

—Sólo en caso de que tengas que evacuar la isla —le había dicho—. La habitación está a nombre de los dos. Nos veremos allí.

Había pensado en todo, pero Leah sabía que lo que no podía prever era lo que terminaría averiguando en Nueva York sobre su pasado. En cuanto a lo de los papeles del divorcio, todavía no salía de su asombro. Ahora entendía por qué se había contenido tanto con ella. Había temido que, cuando lo recordara todo, decidiera abandonarlo.

Ansiaba asegurarle que eso no sucedería nunca. Pero el problema era otro: que ninguno de los dos sabía lo que descubriría sobre ella en Nueva York.

Las horas pasaban con una lentitud angustiosa. Hacia el mediodía envió a Shanna a su casa, quedándose con Joey en el bar. Hacia la una de la tarde mandó a Joey a la suya. Antes de marcharse, el joven la ayudó a tapiar con tablas las ventanas.

—Nunca se sabe lo que podría pasar durante la noche —le dijo—. El huracán está girando hacia el sur. Mantén la radio encendida. Tienes pilas, ¿verdad?

—Sí, tranquilo —puso el letrero de «cerrado» y echó el cerrojo. La camioneta de Morrie tenía el depósito lleno. Si se veía obligada a evacuar el edificio antes de la mañana siguiente, estaría preparada. Después de cargar las pilas de la radio se dispuso a subir a su apartamento, donde no había dormido las dos últimas noches.

El viento silbaba fuera y la lluvia azotaba el tejado. Pero a mitad de la escalera se detuvo en seco. El ruido que estaba oyendo nada tenía que ver con la tormenta. Alguien estaba llamando a la puerta del bar.

Capítulo 13

El día se le hizo eterno: el más largo de su vida. Poco faltó para que perdiera el vuelo en Miami. Tras unos arreglos de última hora, tomó el siguiente avión para Nueva York con una escala de media hora en Atlanta: tiempo suficiente para hacer una llamada. Una vez allí no tendría un segundo que perder, sobre todo si quería regresar a Florida aquella misma noche. Una sola noche separado de Lean ya era demasiado.

Aunque no tenía intención alguna de discutir por teléfono el asunto del investigador privado, necesitaba avisar a sus padres de su llegada. Por supuesto, si Robertson ya había contactado antes con ellos, no les sorprendería su repentina aparición.

—El señor Bradshaw no ha venido hoy —le informó Rita, la secretaria de su padre.

Extraño. Walter Bradshaw no se había tomado un solo día de vacaciones en su vida.

—¿Está enfermo? —tenía que estar realmente enfermo, haber sufrido un ataque cardíaco o algo parecido. A pesar de la furia que corría por sus venas, se le encogió el estómago ante la idea de que le hubiera sucedido alguna desgracia.

—No lo sé, señor.

—¿Y Gen? ¿Está Gen por ahí?

—Tampoco, señor.

Telefoneó a la casa. Fue su madre quien respondió.

—¡Roman! ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto de Hartsfield, en Atlanta. De camino a Nueva York.

—Gracias a Dios...

—¿Papá está bien?

—¿Papá? Sí, por supuesto que está bien. Me alegro de que vuelvas a casa. Te necesitamos aquí. Es Roman —oyó que le decía a alguien.

Había mucho ruido en el aeropuerto y Roman no pudo escuchar las siguientes palabras de su madre.

—¿Qué?

—¿Te ha llamado Gen?

—No. ¿Por qué habría de llamarme? —se le aceleró el pulso. Se preguntó si sus padres habrían obligado a su hermana a intervenir en el asunto Robertson. Eso no le habría sorprendido. No podía dejar de pensar en Leah, allá en Thunder Key...

Su madre le dijo algo, pero la voz quedó ahogada por el anuncio de su vuelo en los altavoces.

—Mi avión está a punto de salir. Estaré allí dentro de un par de horas. Necesito hablar contigo y con papá. Necesito que los dos estéis allí. No dispondré de mucho tiempo. Esta misma noche me vuelvo a Thunder Key.

Colgó y corrió hacia la puerta de embarque.

El esbelto rascacielos Bradshaw se levantaba en un elegante barrio residencia] de Upper East Side, con amplias avenidas flanqueadas de frondosos árboles. El vestíbulo de mármol de estilo Entreguerras era tan frío como los numerosos apartamentos que albergaba. Roman se había criado en una especie de suite de cuatro habitaciones, dotada de espectaculares vistas.

En aquel momento echó terriblemente de menos Thunder Key, con su sereno paisaje de mar y de sol. Y a Leah.

Su madre abrió la puerta del apartamento. Ofrecía el aspecto de siempre, de una severa elegancia. Incluso en casa llevaba un vestido de diseño e iba perfectamente maquillada. Siempre parecía estar a punto de salir de compras o de recibir alguna visita.

—¡Roman! Parece como si te hubieras peleado con alguien... —fue su primer comentario después de abrazarlo, al ver el corte que tenía en la mejilla.

—No es nada —atravesó el vestíbulo embaldosado—. Tenemos que hablar.

—Roman...

Su voz lo hizo detenerse. Estaba cargada de emoción, y eso lo sorprendió. Barbara Bradshaw rara vez exteriorizaba emoción alguna. Por ejemplo, jamás había visto discutir a sus padres. El, en cambio, había tenido grandes discusiones con Leah... y en cada una de ellas habían

terminado haciendo el amor. Eso era, en gran medida, lo que lo había asustado de ella: toda aquella carga emocional. Su trabajo le había costado tomar conciencia de ello. Y justo allí, en aquel preciso momento, de vuelta en la casa de sus padres, ese descubrimiento le llegaba con toda su fuerza...

¿Por qué no le había confesado su amor antes de marcharse de Thunder Key? En el fondo conocía la respuesta. Por miedo. Había perdido a Leah una vez, y después de encontrarla, se había acorazado a sí mismo contra el posible dolor de volverla a perder. Había mantenido sus sentimientos a cubierto, sin exponerlos. En suma, había cometido la estupidez de siempre. Porque la vida era un bien demasiado precioso para dejarla gobernar por el miedo.

Pero no podía pensar en eso ahora. La expresión de su madre lo inquietaba. Se dio cuenta de que, debajo del maquillaje, estaba terriblemente pálida.

—Gen te necesita. Me alegro de que hayas vuelto.

Se llevó una mano temblorosa a la boca, sin añadir nada más. Roman se acercó y la tomó suavemente de los brazos.

—¿Qué pasa?

—Gracias a Dios que has recuperado el buen juicio y has vuelto a Nueva York, hijo.

Roman se giró en redondo al escuchar aquella voz. Walter Bradshaw, vestido con su habitual traje de ejecutivo, entró en el vestíbulo que comunicaba con el salón.

—Me voy muy pronto —lo informó, escueto—. Sólo he venido a pedir os que dejéis de una maldita vez de entrometeros en mi vida. Vosotros y vuestro investigador privado.

—¿Qué investigador privado? —inquirió Barbara.

Se volvió hacia ella:

—El que contratasteis para que espicara a Leah e investigara su pasado —se dirigió de nuevo a su padre—. Tú me dijiste que no habías descubierto nada sobre el pasado de Leah, pero te recuerdo que ya antes me habías mentido al faltar a tu promesa de no investigarla. Ahora quiero la verdad. Quiero saber lo que averiguaste sobre Leah.

—Eso ya es historia, hijo... No tiene sentido remover esas cosas.

—Necesito saberlo —insistió, implacable.

—No nos hiciste caso. Te dijimos que no era una mujer buena para ti. Vino a la ciudad como si no tuviera pasado. Y todos tenemos un pasado, hijo. Ella te habría destrozado la vida.

—¿Qué es lo que averiguasteis sobre ella?

—Estuvo implicada en un asesinato cuando sólo tenía dieciocho años —intervino Barbara—. Nunca llegó a ser acusada y condenada formalmente, pero pasó algún tiempo en un reformatorio.

—Es decir que, por lo que sabemos... —añadió su padre— te casaste con una asesina.

Roman se sintió como si acabara de recibir una patada en el estómago. En su cerebro se acumuló una maraña de recuerdos de lo que Leah le había contado sobre su pasado. Recuerdos mezclados con pesadillas.

—¿Sinceramente creéis que Leah pudo matar a alguien? —la expresión de sus padres era suficientemente elocuente—. ¿Sabía ella que vosotros lo sabíais? —¿sería por eso por lo que lo abandonó un año y medio atrás? ¿Habría intentado entonces protegerlo de su propio pasado? ¿La habrían convencido sus padres de ello, evitando así que terminara arruinándole la vida, incluida su posible y futura carrera política? Eran tantas las preguntas que lo acosaban...

¿Y qué pasaba con el hombre de bata blanca que había soñado Leah que la perseguía? ¿Cómo encajaba esa figura en todo aquello? ¿Estaría relacionado de algún modo con su estancia en el reformatorio? Era como si hubiera reunido demasiadas piezas para componer aquel puzzle. O quizá las piezas no fueran las correctas...

—De todas formas, ya no importa —dijo Walter—. Está muerta...

—Sabes perfectamente que no lo está —lo interrumpió Roman en voz baja. Estaba a punto de estallar. Quería que dejaran de mentirle de una vez—. Estoy convencido de que Robertson ya os habrá informado de que está viva. Eso si no lo ha hecho ya Mark...

—¿Qué? —exclamó Barbara, como si fuera a desmayarse de un momento a otro—. ¿Que esa chica está viva?

Roman la fulminó con la mirada.

—«Esa chica» es mi mujer —se volvió hacia su padre—. Tú mandaste a

Robertson y...

—¿A quién, dices? —inquirió Walter.

—Norman Robertson, investigador privado con licencia expedida en Florida —lo ilustró Roman mientras sacaba la licencia de un bolsillo y se la entregaba—. No me mientas más. Tú la hiciste investigar cuando nos casamos, y me lo ocultaste. El otro día me lo reconocías por teléfono. Luego hiciste que me siguieran a Thunder Key. Quiero saber la verdad... ahora mismo.

El rostro de su padre enrojeció visiblemente.

—¡Yo no hice que te siguieran a Thunder Key!

—¿Leah está viva? —repitió Barbara, todavía consternada por la noticia.

—Perdió la memoria después del accidente, y se dirigió al único lugar del que tenía algún recuerdo: Thunder Key, donde pasamos nuestra luna de miel —se dirigió de nuevo a su padre—. Va a resultar algo difícil, pero espero... —se le encogió el corazón— que nuestra relación pueda volver a tener algún futuro —las palabras le brotaron del alma. Sólo quería terminar de una vez con aquella conversación y volver con Leah. Quería confesarle todo eso a ella, no a sus padres—. No me importa lo que, según vosotros, haya hecho en el pasado —añadió—. No me importa nada. Lo único que quiero es reconstruir lo que alguna vez tuvimos, nuestro matrimonio. Y si queréis seguir teniendo algún contacto conmigo en el futuro... será mejor que os mantengáis al margen.

—No tengo ni idea de quién es ese Robertson, pero te puedo asegurar que yo no envié a nadie a Thunder Key —le aseguró Walter, con la licencia del detective en la mano—. Sí que hice investigar a Leah después de vuestra boda, eso es cierto y ya lo he admitido. Pero yo no contraté a ese Norman Robertson. Jamás en mi vida he oído hablar de él. Y te juro por lo más sagrado que no hice que nadie te siguiera hasta Thunder Key. Yo tampoco sabía que esa mujer seguía viva.

Las rotundas palabras de su padre resonaron en el salón. Roman miró a su madre y, ante su persistente expresión de asombro, experimentó un estremecimiento de terror.

—Oh, Dios mío... —la cabeza le daba vueltas— si vosotros no enviasteis a Robertson a Thunder Key...

—Te juro, hijo, que no fuimos ni tu madre ni yo.

—Entonces ¿quién? —Robertson le había confesado que lo contrató su familia. Y el único familiar suyo que sabía lo de Leah era... Mark. ¿Pero por qué habría de contratar Mark a un investigador privado? Nada de todo aquello tenía sentido.

—No lo sé... —murmuró Walter.

—Tengo que llamar a Leah —Roman se dirigió con gesto decidido al salón y se detuvo en seco al ver a Gen hecha un ovillo en uno de los sofás, con el rostro oculto entre las manos.

Alzó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas bañadas en lágrimas.

—Roman... —pronunció con voz temblorosa—. Él sólo quería ayudar a la gente. Por eso decía siempre que se había convertido en médico. La gente le importaba mucho, quizá demasiado, eso es todo. Ayudaba a personas a las que otros médicos no podían ya ayudar...

—¿De que estás hablando? —lo único que quería hacer en aquel momento era agarrar el teléfono y llamar a Leah, pero las palabras de su hermana se le clavaron en el pecho. Maldijo para sus adentros. ¿Qué le estaba pasando a todo el mundo?—. ¿Dónde está Mark? Necesito hablar con él.

—Creía que lo sabías —dijo Walter, apareciendo a su espalda—. Pensábamos que era por eso por lo que habías vuelto.

—¿Que sabía qué? ¿Por qué no me contáis de una maldita vez lo que está pasando?

—Han expulsado a Mark del colegio de médicos —le explicó Gen, aterrada—. Dicen que ha estado distribuyendo de manera ilegal medicación para el dolor.

—¿Qué? —el marido de Gen dirigía uno de los centros médicos de rehabilitación más prestigiosos de toda la ciudad. Entre sus pacientes había desde actores célebres hasta políticos—. ¿Quién lo ha acusado de eso?

—La Fiscalía General del Estado —respondió Walter.

Al volverse, vio que su madre estaba llorando en silencio. Ahora se explicaba su reacción anterior.

—La noticia ha salido en los informativos de la mañana —le explicó Barbara con voz temblorosa—. ¿No la has visto en televisión?

Durante el viaje en avión había estado exclusivamente pendiente del canal meteorológico, a la espera de noticias sobre el huracán.

—No —se sentó al lado de Gen y la abrazó. Su hermana enterró el rostro en su pecho.

—Lo acusan de delitos contra la salud pública y de haber aceptado sobornos —sollozó—. Dicen que, con los medicamentos que prescribía, creaba dependencias a los pacientes mientras aceptaba sobornos de empresas farmacéuticas, y que algunas personas fallecieron por su culpa. Han detenido a más gente de su centro. Incluso al director y a la enfermera jefe.

—¿Dónde está Mark? —en aquel momento estaba tan estupefacto como ellos. Gen llevaba unos diez años casada con Mark. Había sido el perfecto cuñado, Roman siempre había confiado en él para todo... ¿y ahora lo acusaban de haber matado a gente?

—En las noticias dicen que puede ser condenado a muchos años de cárcel... y a pagar indemnizaciones millonadas. Tendrán que embargárselo todo: la clínica, nuestra casa, las cuentas del banco... Llevaban año y medio investigándolo y yo ni siquiera lo sabía.

De repente tuvo un mal presentimiento.

—¿Dónde está Mark? —le preguntó, tomándola de los hombros.

—¡No lo sé! —sollozó—. Se ha ido. Se marchó ayer de casa y no lo he vuelto a ver desde entonces. Anoche llamó, me dijo que se quedaría a trabajar hasta tarde. Pero cuando me desperté esta mañana, no estaba en casa. Llevo todo el día llamándolo al móvil y no contesta. Cuando el FBI registró hoy la clínica, tampoco estaba allí...

—¿Sabía Leah algo de esto? —le espetó Roman con el estómago encogido.

—¿Qué? —Gen lo miraba sin comprender.

—¿Por qué empezaron a investigar a Mark?

—Alguien acudió a la policía por uno de los pacientes que fallecieron —respondió, sollozando de nuevo.

Había un periódico sobre la mesa del café. El titular de portada mencionaba el nombre de Mark. Lo recogió para leerlo.

Especialista neoyorquino en medicina contra el dolor acusado por tribunal federal.

Con el corazón acelerado, se enteró de que la larga lista de cargos contra el doctor Mark Davison incluía las muertes de diez pacientes. Siguió leyendo.

Todo había sido descubierto a partir de una investigación sobre la muerte de una mujer de Chelsea, Nicole Bates. Nikki. La mejor amiga y compañera de trabajo de Leah. Su madrina de boda. Un puño de terror se cerró sobre su pecho.

—¿Dónde diablos está Mark? —exclamó, rezando para que no fuera cierto lo que ya intuía.

—¡Roman! —gritó Barbara al verlo arrojar el periódico y dirigirse como un poseso al teléfono del escritorio.

Marcó el número del Aleta de Tiburón. El servicio telefónico le comunicó que la compañía estaba fuera de servicio por culpa de la tormenta. Maldijo entre dientes. A continuación abrió el armario que disimulaba la enorme pantalla de televisión de sus padres, y sintonizó de inmediato el canal meteorológico.

—El huracán continúa amenazando el sur de la Costa Este. Todavía no se han emitido las órdenes de evacuación, pero se esperan esta tarde para las comunidades comprendidas entre los Cayos y Jacksonville, si es que la tormenta no cambia su curso actual...

Apagó el televisor y agarró de nuevo el teléfono.

—Necesito un número de Miami. Norman Robertson.

—¿Qué pasa, hijo?

Roman ignoró la pregunta de su padre. La operadora se encargó de marcar directamente el número que le había pedido. Se escuchó una voz al otro lado de la línea:

—Robertson.

—Soy Roman Bradshaw. Si has visto las noticias nacionales, sabrás que mi cuñado acaba de ser acusado de un delito federal —le espetó de golpe—. Así que si has estado trabajando para él, te advierto que vas a tener serios problemas. Quiero saber si fue Mark Davison quien te contrató para

que me siguieras a Thunder Key. Y también si tienes alguna idea de dónde puede estar ahora mismo.

Transcurrieron unos segundos de tenso silencio. Cuando volvió a hablar Robertson, a Roman se le cayó el corazón a los pies.

—Estuvo en Miami esta mañana. Eso es todo lo que sé. Lo llamé anoche y concertó un encuentro conmigo en la Royal Cypress Inn. De lo del delito federal no sabía nada, te lo juro.

Fue a decir algo más, pero Roman colgó. ¿Mark estaba en Miami? Oh, Dios... Se volvió hacia su hermana, que seguía mirándolo consternada.

—Sé que no quieres creer que Mark pudo haber hecho algo así. Yo tampoco quiero creerlo... —le dio un fuerte abrazo, estremecido por el presentimiento de que todo aquello estaba de alguna manera relacionado con la desaparición de su esposa—. Pero si esas acusaciones son ciertas, tal vez pudo haberla tomado con Leah. Recuerdo que le hizo un montón de preguntas a raíz de la muerte de su amiga Nikki Bates. Quizá demasiadas.

—Esa chica siempre nos trajo problemas... —empezó Barbara, pero Roman la calló:

—Si realmente acudió a la policía por la muerte de Nikki, lo hizo para salvar otras vidas —los barrió a los tres con la mirada—. Nikki Bates era su mejor amiga. Leah se quedó destrozada cuando murió. Y si sospechó que no se trató de un suicidio, sino que Mark le prescribió la misma medicina que le causó la muerte...

Todo lo que Leah le había contado acerca de sus pesadillas se mezcló en su cerebro con aquellos días finales y con su consternación por la muerte de su amiga. ¿Habría acudido a la policía para solicitar una investigación? ¿Y si Mark se había enterado de algo? ¿El mismo Mark que había estado lealmente a su lado durante las terribles horas que siguieron a la desaparición de Leah? La inmensidad de una traición semejante lo dejaba anonadado.

—Mark sabía que Leah estaba viva —añadió. La culpa era suya, por haberle hablado de ella, cuando le confesó que la había encontrado en Thunder Key—. Fue él quien contrató a Robertson. Mark se encuentra ahora mismo en Florida y podría dirigirse a la isla para... —se interrumpió—. Yo no quiero creerlo, pero...

Alguien tuvo que hacer esas llamadas telefónicas al bar, y ese alguien

bien pudo haber sido Mark. Él era el único que sabía que estaba viva. ¿Sabría acaso también algo del pasado de Lean?

Gen lo miraba con la boca abierta.

—¿Leah está viva?

—Sí —respondió Walter y se volvió hacia Roman—. Mark lo sabía. Yo le pedí que hablara con ella, que le dijera que sabíamos lo que había hecho, que fuera consciente de que iba a arruinarle la vida. Hijo... —se interrumpió como si no supiera qué añadir. Parecía haber envejecido diez años de repente.

La enormidad de aquella traición no podía indignar más a Roman. Pero estaba demasiado asustado para preocuparse de eso en aquel momento. No tenía tiempo. Descolgó de nuevo el teléfono.

—Necesito el número de la Royal Cypress Inn., de Miami —la operadora llamó de inmediato. Contestó un empleado del hotel—. Estoy buscando a un huésped, el señor Mark Davison. Se trata de una emergencia familiar.

—Espere un momento. Creo que podré conseguirle esa información... Sí, el señor Davison. Recuerdo que se marchó esta mañana. Me pidió un mapa de su próximo lugar de destino.

—¿Sabe cuál era?

—Thunder Rey.

Capítulo 14

—Hola, Leah. Soy Mark, el cuñado de Roman. ¿Está Roman?

Mark. Era el nombre que había oído mencionar a Roman por teléfono. El hombre que le había recomendado al psiquiatra de Florida. El marido de Gen.

—No está —de repente se dio cuenta de que lo estaba haciendo esperar en la puerta—. Pasa. Lo siento. Te estás empapando.

De hecho estaba completamente empapado, con la capucha del impermeable chorreando agua. La lluvia resbalaba por su rostro. Leah vio que tenía las botas llenas de barro cuando cerró la puerta a su espalda. Era un hombre alto y fuerte, de aspecto intimidante pero expresión amable.

Durante un rato permanecieron allí los dos, en el vestíbulo a oscuras, en silencio.

—Ya sé que te parecerá un poco raro, pero me entran ganas de saludarte con un abrazo. Al fin y al cabo somos parientes, ¿no?

La miró vacilante, como esperando su permiso. Pero el instinto de supervivencia que había desarrollado desde su llegada a Thunder Key la disuadió de hacerlo. Y algo más difícil de definir. La alergia a los gatos, la fobia al agua... No sabía exactamente por qué, pero no quería abrazar a Mark.

—Me alegro de verte, Leah —le dijo, al ver que no se movía—. Eres tú, de verdad... Cuando Roman me comunicó que estabas viva, no me lo podía creer. Tenía que verlo con mis propios ojos.

No sabía qué decirle. Era una situación muy rara, como él mismo había dicho. Pensó en lo que Roman le había contado sobre la tensión de sus relaciones con su familia. Pero aquel hombre parecía sinceramente contento de verla.

—Roman no está aquí —repitió—. Lo siento. Esta misma mañana se fue para Nueva York —¿qué sabría él de las razones que había tenido Roman para viajar a Nueva York? Tuvo la prudencia de no decirle nada más—. ¿Te apetece beber algo?

—Gracias.

La siguió hasta el bar. Leah dejó sobre el mostrador su inseparable radio y encendió las luces de la barra. El resto de la habitación estaba en

sombras.

—Como comprenderás, hemos cerrado por culpa del tiempo —explicó.

—He visto un montón de coches saliendo de las islas por la Autopista del Mar —se quitó el impermeable empapado. Debajo llevaba una camisa blanca, sin corbata. También estaba húmeda. Y el pelo castaño también lo tenía mojado, pegado a la cabeza.

—Está haciendo frío —comentó mientras conectaba la calefacción—. Así que... —se volvió hacia él— ¿qué te gustaría tomar?

¿Por qué estaría allí? No sabía qué hacer ni qué decir. Suponía que tendría que acostumbrarse a tratar con gente a la que había conocido en el pasado. Tal vez nunca llegara a recuperar la memoria, pero esa gente la reconocería a ella, aunque ella a ellos no. En cualquier caso, deseó que Roman hubiera estado allí.

Se preguntó de nuevo si sabría lo que Roman había ido a averiguar a Nueva York. No podía preguntárselo directamente. Y tampoco quería oírlo de sus labios. Por muy terrible que fuera, necesitaba que se lo dijera Roman.

Rezó para que todavía la quisiera. El nudo que había sentido durante todo el día en el estómago se apretó aún más.

—Una cerveza estaría bien —le dijo la marca que prefería.

Leah destapó una botella y se la puso en la barra. La lluvia y el viento seguían azotando el edificio. Podía escuchar incluso el crujido de las tablas que había claveteado en las ventanas, para proteger los cristales.

—Estaba oyendo la radio —dijo—. Lo último que han dicho es que el huracán continúa avanzando hacia el sur, así que supongo que tendremos que evacuar pronto. Aunque me parece que la gente ha decidido marcharse antes de tiempo.

—A mí me parece lo mismo —sus ojos gris pálido barrieron su figura mientras se llevaba la cerveza a los labios—. Pero tú aún sigues aquí, Leah.

—Ahora mismo acababa de cerrar el bar. El teléfono ya no funciona, y la televisión tampoco. Me estaba enterando de las noticias del huracán por la radio de pilas.

—Veo que no hay nadie más aquí.

—Mandé a todos los trabajadores a su casa, como es lógico. Todo el

mundo tiene que ocuparse de proteger sus casas, clavetear las ventanas... y de hacer las maletas en caso de que tengan que evacuarnos esta noche.

—¿Por qué ha vuelto Roman a Nueva York?

—Necesitaba ver a sus padres.

Mark bebió otro trago de cerveza.

—De modo que te ha dejado sola.

—Volverá mañana, si no lo consigue esta misma noche. Ha reservado una habitación en el Grand Palm en caso de que yo tenga que evacuar la isla. Se supone que nos encontraríamos allí.

—¿De veras? Bueno, Roman siempre ha estado en todo...

Algo, quizá una rama arrancada de un árbol cercano, crujió en el exterior. Leah se sobresaltó. Con mano temblorosa se recogió un mechón de cabello detrás de la oreja. Los ojos claros de Mark parecían seguir hasta el último de sus movimientos.

De repente se sintió terriblemente sola en aquel enorme local medio a oscuras y con un supuesto familiar suyo que en realidad era un desconocido. La lluvia seguía castigando el edificio. Encendió la radio y sintonizó el canal meteorológico.

—Iba a subir a hacer la maleta sólo en caso de que...

La voz del locutor la interrumpió.

—El huracán acababa de alcanzar el grado cinco, con vientos de más de doscientos kilómetros por hora, y continúa con rumbo sur aunque podría desviarse hacia Georgia y las Carolinas. Las actuales condiciones han forzado las órdenes de evacuación inmediata para toda la zona comprendida entre los Cayos de Florida y Jacksonville.

Un escalofrío de alarma le recorrió la espalda. Miró a Mark. Seguía contemplándola, con la cerveza en las manos, mientras escuchaba las noticias.

—Si el huracán sigue ganando velocidad, el centro meteorológico calcula que alcanzará tierra para mañana. Si estaban esperando a que pasara de largo, no sigan esperando más, amigos.

—Eso quiere decir que tenemos que salir de aquí —pronunció Leah—. De hecho, me sorprende que hayas podido llegar. Debiste de pasar antes

de que la policía cerrara la autopista en esta dirección.

Apuró la cerveza de un solo trago.

—Llevo unas cuantas horas aquí. Volé esta misma mañana a Miami para una reunión. Luego alquilé un coche y me vine para la isla.

—No es una buena época para ver los Cayos —señaló ella—. Con el huracán acercándose...

—No he venido a ver los Cayos.

Volvió a recorrerla con la mirada, y Leah se sintió como si la hubiera tocado. Se sentía extraña, rara, incómoda. Asustada. Había un huracán en camino, por supuesto, pero disponía de tiempo suficiente para evacuar la isla. Aun así le entraron ganas de marcharse en aquel mismo momento. Apagó la radio.

—Tenemos que evacuar la isla. El huracán llegará a Thunder Key por la mañana.

—¿Me pones otra cerveza?

—Pero tenemos que marcharnos —repitió, sorprendida de su reacción—. Tal vez no lo entiendas... En los Cayos, cuando se emite una orden oficial de evacuación, hay que cumplirla. No se bromea con los huracanes.

—He visto a todo el mundo abandonar el Aleta de Tiburón, ¿sabes? Todos excepto tú, Leah. Te he estado observando durante horas. Esperando a que te quedaras sola. Preguntándome por qué no estaba Roman contigo. Y preguntándome también si ya habrías recuperado la memoria. ¿Has recuperado la memoria, Leah? ¿Realmente tienes amnesia, o sólo fue una eficaz trampa para escapar a un pasado desagradable? No habrías podido enfrentarte con Roman una vez que la verdad saliera a la luz, ¿eh? Son tantas preguntas... ¿Qué pasa con las respuestas? ¿Y con esa cerveza?

Leah tragó saliva, asaltada por una punzada de pánico. ¿De qué estaba hablando? Parecía haberse vuelto loco de repente. Cuando entró le había parecido tan normal y tan amable... Recordó sus palabras: «Hola, soy Mark, tu cuñado. Me entran ganas de saludarte con un abrazo. Al fin y al cabo somos parientes...».

Pero su rostro de rasgos angulosos ya no parecía amable. Ese día había estado observando el bar a escondidas, acechante. Esperando a que todo el mundo se marchara. ¿Y qué era lo que sabía él sobre su pasado?

—No sé de qué estás hablando —tenía que pensar. Llevaba las llaves de la camioneta de Morrie en el bolsillo. Lo único que tenía que hacer era salir del local y subir al vehículo. Y dejar allí plantado a ese tipo tan extraño. No habría problema—. Realmente padezco amnesia. No puedo recordar nada más allá de este último año y medio, desde que tuve el accidente.

Y si Mark había formado parte de su pasado, antes de eso, tampoco tenía ninguna gana de recordarlo. No mientras continuara sentado allí, ante la barra, mirándola con aquellos ojos de hielo que la hacían sentirse como si fuera una mariposa pinchada en un corcho.

—Mira, sé que la familia de Roman no me tenía mucho aprecio...

—Creía que habías perdido la memoria, Leah.

—Me lo dijo Roman —el pulso se le aceleró en las venas—. Sé que probablemente no me crees. No te preocupes. Lo comprendo —intentó adoptar un tono ligero—. ¡Yo tampoco me creería a mí misma! Pero no quiero nada de la familia de Roman, sinceramente. No voy buscando dinero, ni nada parecido. Si Roman quiere el divorcio, se lo daré. No tengo nada que reclamarle ni que pedirle, y jamás haría nada que pudiera perjudicarlo. Si hay algo terrible en mi pasado, entonces Roman tendrá que decidir si quiere y puede aceptarlo. La decisión será enteramente suya.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras pronunciaba esas palabras. La aterraba que Roman decidiera no vivir con ella por culpa de su «desagradable» pasado, según expresión de Mark. Todos sus temores se habían visto confirmados. Su pasado encerraba un horrible secreto.

—Sé que estás preocupado por Roman, pero ahora mismo está en Nueva York, y si sus padres le dicen lo que aparentemente saben ya, quizá nunca regrese... —se encogió de hombros, como si no le importara. Como si no se le estuviera rompiendo el corazón—. Pero, ahora mismo, necesitamos salir de aquí. Así que si no te importa...

Quería que se marchara. Pero si no lo hacía él, lo haría ella...

Si pretendía quedarse sentado en el bar con un huracán acercándose por momentos, el problema era suyo. A ella no le importaba, porque estaba decidida a marcharse ya. Ni siquiera subiría a su apartamento a recoger las cosas. Tenía las llaves de la camioneta de Morrie en el bolsillo: eso era todo lo que necesitaba. Eso y... Roman. Esperaba de todo corazón que, cuando

llegara al Grand Palm, él estuviera ya allí... Y que todavía la deseara, a pesar de todo lo que hubiera descubierto sobre su pasado.

—Yo me voy.

Pero Mark se llevó una mano a su impermeable, sacó un objeto oscuro y la apuntó con él directamente al pecho.

—No lo creo.

Thunder Key estaba a dos horas de Miami en coche, en un día bueno. Aquél no lo era.

Roman marcó el número del Grand Palm mientras conducía por la Autopista del Mar. Había comprado el móvil en una tienda del aeropuerto, minutos después de aterrizar en Miami. Le habían dicho que era uno de los últimos vuelos de la noche. El aeropuerto ya estaba cerrando debido al empeoramiento de las condiciones meteorológicas.

—¿Se ha registrado una mujer llamada Leah Wells o Leah Bradshaw? — preguntó por tercera vez desde que dejó Miami.

—No, señor.

Cortó la conexión y lanzó el móvil sobre el asiento del pasajero, para agarrar de nuevo el volante con las dos manos. Leah seguía sin aparecer por el Grand Palm. Y, en algún momento de ese mismo día, Mark había tomado rumbo hacia Thunder Key.

Había llamado también un par de veces a Nueva York, para hablar con su padre. Walter había contactado con la oficina del fiscal general para avisarlo de que Mark se encontraba en Florida, pero con un huracán acercándose a toda velocidad a la costa, no había muchas esperanzas de que las autoridades se pusieran en movimiento aquella noche. La policía de Miami y de los Cayos debía de estar desbordada por los preparativos de emergencia.

Roman había cifrado su última esperanza en tomar un avión hacia uno de los pequeños aeropuertos de los Cayos. Pero todos estaban cerrados. Y aquella carretera lo estaba matando... Quería estar allí ahora. Quería tener a Leah en sus brazos en ese mismo momento...

Todo su cuerpo reverberaba de tensión mientras se esforzaba por controlar el coche en medio del viento y de la lluvia. Gracias a Dios que

aquel lado de la autopista, el que llevaba a Thunder Key, estaba vacío. El otro, en cambio, estaba lleno de vehículos de residentes y turistas evacuados por las autoridades. Nada le impediría llegar a Thunder Key y reunirse con Leah. Sólo esperaba que para entonces no fuera demasiado tarde.

Leah contemplaba estupefacta el arma del Mark. Aquello era irreal. ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Por qué quería dispararle el cuñado de Roman? Era absurdo.

—Mira, no sé lo que piensas hacer con eso, pero si estás pidiendo una cerveza de esa manera... —intentó bromear. Tenía que ganar tiempo. Todo lo que tenía que hacer era salir del local y subirse a la camioneta de Morrie.

Ni por un momento consideró la posibilidad de no salir con vida de aquella situación. Tenía una posibilidad, por mínima que fuera, de empezar una nueva vida con Roman. La posibilidad de que pudiera seguir amándola, pese a lo que ella hubiera hecho en el pasado. La posibilidad de confesarle cuánto lo amaba.

Pero nada de eso sucedería si no conseguía escapar cuanto antes del bar. Se dispuso a servirle otra cerveza.

—Cuidado —le advirtió Mark—. No cometas ninguna estupidez.

Abrió lentamente la nevera y sacó una cerveza. La abrió y se la dejó en la barra. Debajo había un cajón con cuchillos de cocina y otros utensilios. Cocteleras de metal, exprimidores de frutas, botellas de licor.. Cualquier cosa serviría para defenderse.

Mark recogió su cerveza. Por primera vez Leah se dio cuenta de que le estaba temblando la mano. Parecía... asustado! Sí, lo estaba. No sabía si eso era bueno o malo para ella, pero tenía que convencerlo de que continuara hablando hasta averiguarlo.

—Sé que no le caigo bien a la familia de Roman, pero esto es un poquito exagerado, ¿no te parece? —procuró conservar un tono firme, tranquilo.

Dio un trago largo de cerveza. Pero en ningún momento dejó de mirarla.

—Esto no tiene nada que ver con los Bradshaw, sino contigo y conmigo, Leah.

«Contigo y conmigo», se repitió Leah. Ahora, además de asustado, parecía loco de remate.

—Me temo que vas a tener que ilustrarme un poco más. Tengo amnesia, ¿recuerdas? Así que si hay algo que quieres que haga...

Su carcajada la obligó a interrumpirse. Una carcajada fantasmal, que resonó lúgubre en el bar vacío.

—Así que estás dispuesta a hacer todo lo que te diga, ¿eh? No lo estabas tanto hace un año y medio —bajó el arma para apoyarla en la barra, sin soltarla.

Leah intentó calcular el tiempo que tardaría en agarrar una de aquellas pesadas cocteleras de metal y estampársela en la cabeza. ¿Podría hacerlo antes de que volviera a levantar el arma y disparara?

—Quizá hace año y medio no sabía que ibas tan en serio.

—Cometiste un error.

—Desde luego —se preguntó cuál habría sido.

—No pudiste haberte marchado en paz, con viento fresco.

—Podría hacerlo ahora —repuso ella. No tenía ningún problema en hacerlo.

—Ahora es demasiado tarde.

—¿Por qué? —forzó un tono de curiosidad al tiempo que disimulaba un escalofrío de terror.

—Tú empezaste todo esto. Todo fue culpa tuya. Cuando tu coche se cayó por aquel puente, pensé que todo había terminado. Pero no. Parece ser que durante todo el tiempo me han estado investigando. Y todo por culpa tuya y de esa estúpida de Nikki Bates...

Leah tragó saliva. ¿Nikki Bates? Fue como si un resorte se activara en su mente. Roman le había dicho que Nikki Bates había sido su madrina de boda. ¿Qué tendría que ver su madrina de boda con Mark?

—Y mientras tanto —continuó él— tú desapareciste. Muy bonito. Me destrozaste la vida, y cuando a la tuya empieza a pasarle lo mismo, vas y desapareces. Qué bien. Pero yo sé quién eres. Y sé lo que has hecho.

Leah se quedó helada. Eran las mismas palabras de la voz que tanto la había asustado por teléfono.

—Tengo que admitirlo: me amargaste la vida, Leah.

—Yo no quería... —oh, Dios, ¿qué había hecho? ¿Cómo podía haberse relacionado con un lunático como aquél?

«Sé quién eres. Y sé lo que has hecho», se repitió. Sintió una náusea.

—Ojalá hubieras muerto. Pero quizá así sea mejor. Ahora tendré que matarte por segunda vez —volvió a levantar la pistola y la apuntó. Todavía le temblaba la mano—. Yo me hundiré, desde luego, pero no solo. No creas que vas a salirte con la tuya. No me arruinarás la vida.

Las pesadillas se agitaban en su mente, como pedazos de películas rotas. Estaba en una acera, rodeada por altos edificios, corriendo, corriendo... El hombre de la bata blanca la perseguía...

¡Mark!

No creas que vas a salirte con la tuya. No me arruinarás la vida.

El pánico la embargó. Iba a vomitar. No podía pensar, ni respirar. Se estaba ahogando.

—¿Qué diablos te pasa?

Oía la voz de Mark desde muy lejos.

—Tengo un... —se esforzó por pronunciar las palabras— un ataque de pánico —se llevó una mano a la boca.

De pronto, en un remoto rincón de su mente se dio cuenta de que aquel hombre que ya estaba asustado y a punto de perder la cabeza estaba aún más asustado por su ataque de pánico. Era su oportunidad. Parpadeó varias veces, tomó aire profundamente, lo soltó. No pensó: no podía. Sólo agarró la coctelera rápidamente.

Tomó impulso y lo golpeó con ella en la cabeza. El arma rebotó en el suelo. Con un gruñido, Mark cayó de espaldas.

No esperó ni un segundo, sino que agarró las llaves, casi cegada por la náusea y la sensación de terror. No sintió la lluvia azotando su cabeza, resbalando por su cuerpo. Ni siquiera oyó el rumor del motor. Lo siguiente que supo fue que estaba conduciendo la camioneta de Morrie por la embarrada carretera. «Respira, respira», se ordenó. Estaba viendo manchas negras. Se desmayaría si no respiraba.

Frenó de golpe. Un ataque de pánico y conduciendo un coche... No. No era una buena combinación.

Seguía agarrando el volante con manos temblorosas. «Respira, respira». Tenía que continuar conduciendo. Tenía que salir de Thunder Key, antes de que Mark...

De repente vio unas luces por el espejo retrovisor. Se volvió, escrutando la oscuridad. Los faros de un coche. ¡Un coche había salido del bar!

Desesperada, aceleró de nuevo. Pero el otro coche era más rápido. El pequeño puente que cruzaba la laguna estaba justo delante, y detrás la Autopista del Mar, donde encontraría seguramente a alguien, quizá la policía o algún servicio de emergencia movilizado por la alerta del huracán.

Puso la camioneta a la velocidad máxima, pero el antiguo y renqueante motor y el viento en contra le impedían ir más rápido. Un nudo de terror le atenazó la garganta al ver cómo las luces se acercaban en el espejo.

Otra noche de tormenta, otro puente, explotó de pronto en su cerebro, en su memoria. Iba a sacarla de la carretera. Iba a matarla... ¡otra vez!

Tuvo la sensación de que la cabeza le reventaba. Pensamientos e imágenes se sucedían unos tras otros. Nueva York. El despacho de Mark. El apartamento de Nikki. Frascos y frascos de pastillas. Muchas más de las que Nikki necesitaba, en dosis altísimas y peligrosas combinaciones. Leah había desencadenado la investigación. Había llevado las pastillas a su médico de cabecera y había acudido luego a la policía. Había empezado a hacer preguntas. Y Mark se había enterado.

«Sé quién eres. Y sé lo que has hecho. ¡Deja de llamar a la policía! Le contaré a Roman todo sobre tu pasado. Divórciate de él y nunca se enterará».

Estaba consternada, aturdida de asombro. Al instante comprendió que Mark le estaba hablando del tutor de su familia de acogida. El mismo que le había pegado, golpeándole la cabeza contra la puerta de la nevera, sólo por haberse maquillado. Sangre por todas partes, gritos... Pero ella no lo hizo. Ella no mató a su tutor. Se esforzó desesperadamente por recordar, pero no podía...

«¿Quieres arruinarle la vida a Roman?». Mark ya tenía listos los papeles del divorcio. Walter Bradshaw había hecho que su abogado se los preparara. Lo único que tenía que hacer era llevárselos a Roman.

Pero ella no quería. No estaba dispuesta a renunciar a su matrimonio. Y tampoco podía dejar de contarle a la policía lo de Nikki. Amaba a Roman. Dios, ¡cuánto lo amaba! Pero no quería destrozarle la vida.

El otro coche se colocó a su altura justo cuando estaba llegando al puente, golpeándola en la puerta del conductor. Delante aparecieron más luces... ¡acercándose por la Autopista del Mar! Se esforzó por mantener la camioneta en la carretera mientras Mark volvía a la carga.

El volante giró entre sus dedos y el vehículo rompió la barandilla, cayendo a la laguna.

Roman conducía a toda velocidad por la pequeña carretera que llevaba al Aleta de Tiburón, derecho hacia el puente. Poco faltó para que tuviera un accidente cuando el viento derribó un árbol... destrozando el parabrisas del vehículo que circulaba en dirección contraria.

Leah... Dios, ¿sería Leah?

Frenó en seco, deteniéndose a la entrada del puente justo cuando una figura salía tambaleándose del coche accidentado. Actuando por un instinto, marcó el número de emergencias en el móvil y se apresuró a bajar. Se empapó de inmediato. No pudo oír la respuesta del operador debido a la tormenta, pero soltó telegráficamente la información y rezó esperando un milagro. La figura se acercaba cada vez más. Se estremeció de terror.

—¿Mark? —una ráfaga de viento se llevó la palabra.

La sangre y la lluvia resbalaban por su rostro, mezclándose. Parecía aturdido, desorientado. Roman se dio cuenta de que ni siquiera lo estaba mirando. Estaba absolutamente concentrado en el otro lado de la carretera. En la laguna.

Roman se giró en redondo. Sólo entonces la vio. La camioneta de Morrie. Leah.

Preso de una violenta furia, con el móvil todavía en la mano, echó a correr. No podía ser. Aquello no podía estar ocurriendo otra vez. Había perdido a Leah de esa misma manera... no podía volver a perderla así. Esa vez tenía que ser diferente. Esa vez él estaba allí.

Se abalanzó sobre Mark, derribándolo de un empujón, y siguió corriendo. Corriendo contra la poderosa fuerza del viento. Lo dejó a su espalda, tendido en el asfalto. No le importaba que estuviera herido. Si

había matado a Leah... otra vez... volvería para estrangularlo.

Pero primero tenía que encontrar a Leah. Tenía que abrazarla. Decirle que la amaba.

En la ribera vio el vehículo con el morro clavado en el barro del fondo. Rezó para que estuviera viva. Con el corazón en la garganta, soltó el móvil y entró en el agua, que le llegaba hasta la rodilla. Caminó hacia la camioneta, escrutando desesperadamente la cabina destrozada. La lluvia y el viento obstaculizaban su visión, pero la vio. Empapada, con el rostro ensangrentado. Y quieta. Tan quieta que...

Creyó morir a pesar de la ira que lo embargaba. No sintió los dedos entumecidos de frío mientras abría la puerta en medio de la furia del huracán.

—¡Leah!

Vio que levantaba la cabeza. El corazón por poco le estalló en el pecho.

—Roman...

Le acunó delicadamente el rostro entre las manos. Estaba empapada y aterida de frío, pero viva. En medio de la tormenta, lo invadió una irracional sensación de paz y serenidad absolutas. Tenía que sacarla allí.

La examinó cuidadosamente. Estaba sangrando de un corte encima de una ceja. Le dolía.

—¿Estás bien? —gritó para hacerse oír. Vio que asentía con la cabeza y se dispuso a sacarla de la cabina. Pero ella se resistía.

—¡Tiene un arma! ¡Mark tiene un arma!

Estaba asombrado. Jamás había sospechado que Mark pudiera poseer una pistola. Se apartó de ella, decidido a todo para protegerla. El gozo de haberla encontrado viva se trocó en verdadero terror.

A través de la cortina de lluvia, vio a Mark bajando hasta la laguna. Tenía la mirada fija, vidriosa. Sangraba por la boca y la nariz. Roman no era médico, pero no necesitaba serlo para saber que estaba gravemente herido.

—Mark, estás herido, no empeores más las cosas —gritó, colocándose delante de Leah.

—¡No pueden empeorar más! —siguió avanzando por los bajíos de la laguna—. Me ha arruinado la vida. Todo ha sido culpa suya. Fue a la policía.

Es una maldita asesina —masculló con voz ronca—. ¡Me denunció a la policía cuando yo sólo estaba intentando ayudar a la gente!

—Te estabas ayudando a ti mismo —replicó Roman—. Medicación ilegal. Delitos contra la salud pública. Fraude. Sobornos. Leah no te hizo nada de eso: te lo hiciste a ti mismo.

Con la mirada clavada en Mark, su cerebro trabajaba a toda velocidad buscando una salida. Tenía que seguir haciéndolo hablar hasta que se desmayara o él consiguiera desarmarlo.

Una vez delante de Roman, cayó de rodillas en el barro. Bajo la sangre que le corría por el rostro, tenía una palidez de cadáver. Pero no había soltado el arma.

—¡Es una asesina y una mentirosa! Apártate, Roman. Si tengo que matarte a ti para matarla a ella, lo haré. No me hundiré solo. Me la llevaré por delante.

—Estás acabado, Mark. Matándonos a nosotros no arreglarás nada. Sólo conseguirás empeorar las cosas... para ti y para Gen. Tú amas a Gen, Mark. Yo lo sé. No le compliques aún más la vida haciendo una locura semejante.

—¡Ya no puedo hacer nada por Gen! —exclamó mientras se incorporaba pesadamente—. Todo ha terminado. Lo saben todo. No hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Sí que lo hay —insistió Roman. ¿Podría reducirlo? Podía ver que estaba terriblemente pálido. Había empezado a sangrar de los oídos. Merecía la pena el riesgo. Haría cualquier cosa con tal de proteger a Leah—. No consentiré que vuelvas a hacerle daño, ¿te enteras?

Lo miró, esperando el momento adecuado para lanzarse sobre él. Podía ver que le temblaba la mano con que empuñaba la pistola. Y parecía incapaz de enfocar la mirada.

—No le hagas esto a Gen... —lo intentó por última vez.

De repente vio que Leah salía de la cabina del vehículo.

—Es a mí a quien quiere...

Mark se tambaleó, y el terror se apoderó de Roman cuando lo vio levantar el arma.

Capítulo 15

Leah se sentía entumecida, débil, mientras el auxiliar sanitario terminaba de coserle la herida que tenía encima de una ceja. Refugiado en una antigua iglesia de Orchid Key, un retén de emergencia continuaba en las islas. Afuera podía oírse el fragor de la tormenta.

Todo había terminado. La desesperada llamada que había hecho Roman al número de urgencias había tenido sus frutos. Pero habían llegado demasiado tarde para evitar las consecuencias de lo sucedido.

Mark había muerto, por su propia mano. Y la pesadilla apenas acababa de empezar para la familia de Roman. Incluso en medio del huracán, los equipos de informativos nacionales parecían haber prestado mayor atención al caso del prestigioso médico perseguido por el FBI. Acusado de delitos contra la salud pública, tráfico de medicamentos ilegales y homicidio frustrado, la historia de Mark había monopolizado los titulares de todas las cadenas.

—Se pondrá bien —le aseguró el auxiliar—. El corte casi ha coincidido con la ceja. Ni siquiera se le notará.

Como si la preocupara la cicatriz... Porque la pesadilla también acababa de empezar para ella.

¿Se pondría bien? Lo dudaba. Roman había hablado con sus padres y ya debía de haberse enterado del vergonzoso pasado que ella había querido ocultarle. Habría descubierto que le había mentado sobre la clase de persona que realmente era. Ya no habría más secretos entre los dos, excepto uno: que había recuperado la memoria por culpa del trauma provocado por Mark al empujar su vehículo a la laguna. Eso todavía no se lo había dicho. En aquel preciso instante, todas las piezas de aquel terrorífico puzzle parecieron encajar repentinamente en su lugar.

Roman se había quedado destrozado por el suicidio de Mark, y en aquellos últimos momentos en que había hecho todo lo posible por salvarle la vida, antes de que llegara la policía y el equipo sanitario de emergencias, no habían tenido ocasión de hablar.

Ni siquiera sabía dónde estaba Roman ahora. Se habían separado en medio del caos reinante, mientras la policía le tomaba declaración y los médicos le diagnosticaban a Leah el origen del intenso dolor que sentía en el pecho, debido a la fractura de múltiples costillas. Para cuando la metieron

en la ambulancia estaba a punto de desmayarse.

En aquel instante, a salvo en el interior de la antigua iglesia, habilitada como improvisado hospital, familias enteras dormían en sacos de dormir a su lado. A eso de las doce el huracán había aumentado su velocidad. No era probable un impacto directo en los Cayos, pero se avecinaba una noche muy larga. Eso era seguro.

—A estas alturas han cerrado todos los puentes —le informó el auxiliar sanitario—. El viento y las condiciones del mar son demasiado peligrosas. Tendremos que alojarla aquí por esta noche.

Le habían rasgado la blusa para vendarle las costillas e inmovilizarle el brazo izquierdo al pecho. Unos de los médicos le había proporcionado una camisa especial que le protegía el vendaje al tiempo que le permitía mover el otro brazo. Ayudada por el auxiliar, bajó lentamente de la camilla.

—Hay una sala común al final del pasillo a la derecha. Allí hay mantas, almohadas, comida y agua.

No tenía hambre, pero se dirigió de todas formas hacia el pasillo, caminando lentamente. Había varias furgonetas de cadenas de televisión en el exterior de la iglesia, expuestas a los fortísimos vientos: los periodistas estaban dentro, entrevistando a los refugiados. Estaba segura de que si se enteraban de quién era, insistirían en preguntarle sobre Mark. Y ella no quería hablar con ellos. Afortunadamente los médicos y auxiliares habían protegido su intimidad. Por lo que se refería a los periodistas, sólo era una víctima más del huracán.

Se le encogió el corazón cuando entró en la sala común. Miró por todas partes, esperando, rezando... pero no vio a Roman en la habitación atestada de gente. ¿Qué sentiría por ella ahora? Tanto si había querido que aquello terminara así como si no, su insistencia a la hora de pedir una investigación profunda sobre la muerte de Nikki había tenido su recompensa. Jamás imaginó que sus sospechas iniciales acerca de la medicación contra el dolor que encontró en el apartamento de su amiga tendrían unas consecuencias de tanto alcance. Le dolía la muerte innecesaria de su amiga.

En realidad, tenía el corazón desgarrado de dolor. Ahora recordaba perfectamente su matrimonio, hasta el último detalle. El acelerado noviazgo y los problemas provocados por sus respectivos estilos de vida, tan diferentes. Roman pensaba que se había comportado como un canalla con ella, pero era ella quien le había ocultado secretos. Nunca le había dado

una oportunidad. ¿Se la daría él ahora? ¿Podría Roman perdonarla por los secretos de su pasado que le había ocultado durante su matrimonio?

No sabía cómo encontrarlo, y peor aún, no sabía si él quería localizarla a ella. Aquella noche se le estaba haciendo interminable, eterna.

La sala común estaba llena de familias. Niños sentados en sillas plegables ante largas mesas, jugando o comiendo galletas, o acurrucados en las esquinas con libros o juegos electrónicos, mientras sus padres charlaban o intentaban dormir. Los asistentes del equipo de emergencias repartían comida, bebidas y mantas de la cocina de la iglesia. Estaba rodeada de desconocidos. Y completamente sola.

Mientras paseaba por la sala, un periodista estaba informando en directo:

—Davison escapó a Miami después de que la policía federal irrumpiera en su clínica de Manhattan. Al menos diez muertes de pacientes están relacionadas con medicinas ilegales recetadas y distribuidas por la clínica. El médico se enfrentaba a largos años de prisión e indemnizaciones millonarias ya antes de su huida a los Cayos arrasándolo todo a su paso, disparando a diestro y siniestro, lo cual ha complicado aún más la labor de las autoridades ocupadas con el huracán...

¿Arrasándolo todo a su paso? ¿Disparando a diestro y siniestro? Leah siguió andando, deseosa de alejarse todo lo posible del periodista y de su sensacionalista reportaje, que sólo conseguiría causar aún más daño a Roman y a su familia.

Fue entonces cuando la pesada puerta de la iglesia se abrió de golpe.

Allí estaba Roman, en la puerta de la iglesia de Orchid Key, empapado y exhausto. Desesperado. Hasta que la vio.

Durante un instante no pudo respirar, no pudo moverse. Había por los menos cien desconocidos en la sala, pero no los veía. Sólo la veía a ella. Avanzó directamente. Parecía cansada y dolorida, pero también más hermosa que nunca.

Un periodista se acercó a él, seguido de un cámara cargando con un pesado equipo. Roman ya había tenido que lidiar con varios periodistas a la entrada, y no estaba de humor para soportar más. Desgraciadamente, los miembros de la familia Bradshaw habían aparecido tantas veces en los

periódicos que los profesionales de la información lo reconocieron de inmediato.

—No tengo comentarios que hacer —la frase fue seguida de una mirada tan feroz que el periodista lo dejó en paz—. Creía que te había perdido —le dijo a Leah, plantándose ante ella—. Te busqué por todas partes.

Vio que tenía un brazo inmovilizado al pecho. Maldijo para sus adentros. ¿Por qué no se había enterado de que estaba herida?

—Me fracturé algunas costillas cuando caí con el coche. No me daba cuenta de que era eso lo que me dolía. Me metieron tan rápidamente en la ambulancia que cuando me quise dar cuenta ya no estabas... —explicó, tímida.

—¿Estás bien? —fue a abrazarla pero al instante dejó caer las manos, como temiendo tocarla. O temiendo que a ella no le gustara que la tocara.

—Sí —respondió con voz ronca.

Estaba intentando ser fuerte otra vez. Estaba intentando no llorar.

—Es culpa mía. Nunca debí haberte dejado sola en Thunder Key, esta mañana. Nunca debí...

—No, Roman —susurró—. Tú no tenías ninguna manera de saberlo. Tú creías que yo estaba a salvo. Y yo también.

—Te hirió. Pudo haberte matado y... —parecía destrozado.

—Pero no lo conseguí —fue ella quien se decidió a tocarlo, con su mano libre, acariciándole suavemente una mejilla—. Y tú no lo sabías. No podías haberlo sabido. Lo siento tanto... Lo de Mark, lo de Gen...

—Todo esto está siendo muy doloroso para ella, y para mis padres —le tomó la mano, apretándosela—. Pero ya no te culpan de nada. Eso se ha terminado. Acabo de hablar por teléfono con mi padre. Me llamó al móvil cuando estaba de camino hacia aquí, en el coche patrulla. Los federales entraron en su apartamento esta tarde. Ya no hay duda de que Mark sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Mi familia está consternada. Creo que están experimentando algo parecido a lo que yo experimenté hace año y medio, cuando te perdí. Están tomando conciencia de que las cosas que hasta ahora consideraban importantes no lo son tanto, ni mucho menos. El dinero, el poder... todo eso no importa cuando te enfrentas con la muerte. Dios mío, Leah, me entró tanto miedo cuando no te veía por ninguna parte

Y...

Una sombra de angustia cruzó por los ojos de Leah.

—Hay otra cosa —se detuvo, retirando la mano—. Supongo que ya debes de estar enterado de mi pasado...

Roman empezó a hablar, pero ella lo interrumpió:

—Ahora lo recuerdo todo. Justo antes del accidente, cuando Mark me empujó a la laguna... lo recordé todo. Todavía no he tenido la oportunidad de reflexionar sobre ello. Me siento... —sacudió la cabeza— como fuera de lugar, ¿sabes? No sé cómo explicarlo. Es como si me hubiera despertado en un planeta diferente, y aun así fuera el mismo. Soy la misma persona, pero a la vez una desconocida.

Roman se preguntó adonde querría ir a parar. Estaba aterrado.

—Leah... —fue a tomarla en sus brazos.

—No —musitó con voz quebrada—. Sólo quiero que sepas que yo no quería divorciarme de ti. Esos papeles no los había firmado. Nunca habría renunciado a nuestro matrimonio. Mark me entregó esos documentos y me dijo que tus padres habían investigado y descubierto mi pasado. Insistió en que eso te arruinaría a ti la vida, tu brillante futuro. Quería que dejara de hablar con la policía por lo de Nikki, y cuando me negué, montó en cólera y a mí me entró miedo. Aquella noche tú te habías quedado trabajando hasta tarde y quise ir a buscarte a la oficina, pero allí estaba Mark. Me había seguido y no dejaba de amenazarme. Así que no pude entrar en el edificio y corrí de regreso al coche. Arranqué y huí, pero me perdí al poco rato. No tengo ni idea de cómo terminé en aquella carretera. No estaba huyendo de ti, sino de Mark, que no había dejado de perseguirme. Estaba intentando escapar cuando me dio un golpe con el coche y me tiró puente abajo. Y luego... —se interrumpió.

Y luego la pesadilla empezó. Para los dos. A Roman se le encogió el corazón.

—Leah...

—Tienes que saber que te mentí —continuó, sin darle oportunidad a hablar. Parecía decidido a contárselo todo, de golpe—. Yo nunca fui la mujer que tú creías que era.

—Eres mucho más de lo que yo creía que eras.

—No. Te mentí. Te escondí mi pasado.

—¿Te refieres a lo del tutor de tu casa de acogida?

—Yo no lo maté —le tembló la voz y aspiró profundamente—. No sólo me maltrataba a mí. También maltrataba a su esposa. Pero yo no testifiqué contra ella. Me trasladaron a un reformatorio. La verdad es que había pasado antes por un montón de casas de acogida. Perdí a mis padres cuando sólo tenía cinco años, y durante mucho tiempo ni siquiera fui capaz de hablar. Los padres de las casas de acogida no sabían qué hacer conmigo, y yo me portaba muy mal. No puedo culparlos. Pasé por un buen número de hogares hasta que terminé en el de los Henderson —se interrumpió, desviando la mirada con expresión avergonzada—. Sabía que ella, la señora Henderson... iba a hacerlo. Pude haber avisado a alguien, haber hecho algo. No lo sé. El caso es que yo lo odiaba tanto...

Roman la escuchaba, atento a cada una de sus palabras.

—Cuando llegó la policía, mentí para encubrirla. Les dije que alguien había entrado en la casa. Ni la creyeron a ella ni a mí. Pero nunca pudieron demostrar nada. Creo que realmente no sabían cuál de las dos lo había hecho. Me enviaron a un reformatorio hasta que alcancé la mayoría de edad. Luego me fui a Nueva York y fingí ser otra persona. Me inventé una identidad. La de alguien despreocupada y feliz, sin un pasado detrás. Cuando tu familia lo descubrió...

—Tenías diecisiete años, Leah —quiso abrazarla, pero tenía miedo de hacerle daño—. Y yo nunca sospeché que fueras una asesina. Siempre supe que no podías ser tú. En cuanto a lo de las intenciones de la señora Henderson... ¿Cómo habrías podido detenerla? Os había hecho tanto daño a las dos...

—No tenía derecho a casarme con alguien como tú —murmuró—. Tu familia tenía razón.

—¡No es verdad!

—Debí haberte contado la verdad. Debí haber confiado en ti... —se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No podías confiar en mí! Ni siquiera yo confiaba en mí mismo —repuso al tiempo que le acunaba el rostro entre las manos. Su mirada brillante le desgarraba el corazón—. No confiaba en lo que me hacías sentir. Tú eras todo lo que quería y yo no me daba cuenta de ello. Me hacías sentir

cosas que jamás antes había experimentado.

—Tú pensabas que yo era perfecta —sollozó—. Y no lo era en absoluto...

—Claro que lo eras —objetó, furioso no con ella, sino consigo mismo—. Pensaba que eras perfecta para mí. Y eso me asustaba. No sabía que podías amar tanto a alguien, y estaba seguro de que acabaría perdiéndote. Trabajaba demasiado y te ignoraba. Si me comportaba así, como un canalla, en cierto modo era para asegurarme de que al final te acabaría perdiendo... —le enjugó delicadamente las lágrimas—. Te amo —susurró con voz ronca—. Y te necesito. Cuando creí que habías muerto, todo mi mundo se oscureció de repente. Fue un milagro encontrarte en Thunder Key. Y en el preciso instante en que te vi en la isla, en el bar, supe que era allí donde tenía que estar: contigo, a tu lado. Sueño con vivir aquí contigo. Sueño con tener nietos que jueguen en la playa, haciendo castillos de arena... dentro de treinta años. Y que tú y yo lo veamos. Adoro ese sueño.

Leah soltó una carcajada que a medias fue un sollozo.

—Yo también...

El corazón de Roman se inflamó de esperanza, pero antes tenía que estar seguro de que sabía en lo que se estaba metiendo. Era un hombre diferente, cambiado, pero seguía siendo un Bradshaw.

—No será fácil vivir conmigo. Sigo siendo el mismo canalla egoísta de antes, y seguro que a veces volveré a olvidarme de las cosas verdaderamente importantes. Compraré el Aleta de Tiburón, y un día me despertaré y concebiré la estúpida idea de crear una cadena de restaurantes con ese nombre por toda Florida. Y tú tendrás que arrastrarme de nuevo a la cama y hacerme el amor hasta que me tengas a tu merced...

Leah soltó una carcajada. Esa vez de verdad.

—Ay, me duele —se llevó una mano al pecho—. No me puedo reír.

—Pues quiero que te rías todos los días. Quiero reírme contigo. Y si lloras, también quiero llorar contigo. Tengo tantas ganas de abrazarte... pero tengo miedo de hacerte daño.

—Por favor, abrázame. Y no me sueltes jamás. Te amo.

Le brillaban los ojos, y Roman volvió a ver en ellos a la Leah que tan bien recordaba: libre, feliz y llena de esperanza. Se habían acabado las

pesadillas.

Y había llegado la hora de los más dulces sueños.

Epílogo

A medianoche, el hospital de Miami estaba sumido en un completo silencio.

Roman se asomó a la habitación 502. Leah alzó la vista, en la cama iluminada por la luna. En el regazo tenía un bebé dormido. Y esbozaba la sonrisa más bella y gozosa del mundo.

—Hola —susurró, entrando sigilosamente.

—Ya la han lavado. Me dijeron que tenía que descansar, pero yo prefería estar con ella. Y contigo. Tú también tienes que estar cansado, ¿no? No te preocupes, si quieres volver a Thunder Key y dormir...

—Ni hablar —Roman no estaba dispuesto a irse a ninguna parte. Se sentó en el borde de la cama, contemplando a su esposa y a su bebé de apenas dos horas de vida. Habían transcurrido diez largos meses desde la noche en que se refugiaron en la iglesia de Orchid Key. El Aleta de Tiburón había sufrido algunos daños por el huracán y habían tenido que trasladarse a una de las casas del pueblo.

A esas alturas ya habían reconstruido el Aleta de Tiburón. Al igual que habían reconstruido su matrimonio.

—Acabo de hablar por teléfono con mis padres. Llevan toda la noche llamando al hospital.

—¿Cómo están?

Roman sabía que, después de todos aquellos meses, todavía seguía afectada por la tragedia que se había abatido sobre su familia. Leah sentía el dolor de los demás como si fuese el suyo propio.

En cuanto a la familia Bradshaw, ya habían empezado a aceptarla como una más del clan. Y la llegada de aquel nuevo miembro contribuiría a facilitar las cosas. Por teléfono, su madre había estado encantada, ilusionada: como si hubiera vuelto a ser la de antes. Sospechaba que, para el día siguiente, las tiendas de ropa infantil de la Avenida Madison estarían vacías.

—Creo que vamos a recibir muchas cosas de Nueva York. Ah, y mi padre me ha encargado que te diga que no te detengas. Que quiere un montón de nietos.

—Ya, porque está esperando que uno de ellos se haga cargo de la

empresa...

Roman se encogió de hombros.

—La decisión será de ellos, no nuestra ni de mis padres —se inclinó para besarla—. Nuestros hijos tendrán una infancia muy distinta a la mía, o a la tuya. Crecerán en Thunder Key. Y escogerán su propio futuro.

Él había escogido el suyo. Con Leah. Y era todavía más maravilloso de lo que lo había sido antes. Con el transcurso de los meses, Leah había salido de su caparazón. Volvía a ser la Leah de antes, feliz, risueña y divertida, pero gracias a Dios él no era el de antes.

—¿Los has invitado a que vengan a ver al bebé? —le preguntó ella.

Roman asintió. Ellos ya habían estado en Nueva York, juntos. Y había sido un viaje difícil. Pero lentamente los miembros de su familia estaban empezando a reconstruir sus vidas y a aceptar a Leah como uno más. También habían visto lo feliz que era él y eso había sido un comienzo.

—Estarán aquí dentro de unas semanas.

—¿Y Gen? ¿Cómo se encuentra?

Roman acarició la cabecita de su hija, enternecido.

—Se pondrá bien. Desde que dio a luz ha estado viviendo con mis padres —Gen estaba embarazada de unas pocas semanas cuando murió Mark. Ninguno de los dos lo había sabido entonces—. El bebé está muy bien. Ella no quiere volver a trabajar en la empresa. Está pensando en trasladarse a otro estado, construirse una casa y dedicarse a la cría de caballos.

—¿Caballos? —Leah arqueó las cejas.

—Sí. ¿Quién lo habría imaginado? Gen dice que siempre le han encantado, pero que mi padre quería que se metiese en el negocio. Ahora ya no le importa.

—Bien por Gen —sonrió—. Y pobre de tu padre...

—¿Pobre, dices? Tiene un montón de sobrinos y sobrinas que están locos de alegría de que Gen y yo hayamos dejado la empresa, ofreciéndoles al mismo tiempo la oportunidad de dirigirla —repuso Roman, inclinándose para besarla de nuevo—. Pero ¿qué saben ellos de la suerte o de la felicidad? —susurró contra sus labios. Amaba a su esposa, amaba a su hija, amaba la vida que llevaba—. Nosotros somos los más afortunados.

Fin

Notes

[←1]

Conchas semicirculares de dos valvas